

CULTIVAR VALORES CON EL PADRENUESTRO

Por: Antonio Pérez Esclarín

Texto del libro editado por Distribuidora Estudios, 2010

*Al P. Ángel Martínez Munárriz,
compañero, amigo, hermano,
testigo de mis inquietudes y búsquedas,
que desde hace años viene alimentando
con dedicación y esmero
mi vida espiritual*

PRESENTACIÓN

Muchos rechazan la oración por pensar que no sirve para nada, que es perder el tiempo. Posiblemente, para los que miden la eficacia de la vida por la capacidad de producir y consumir, y rechazan todo lo que no les es útil y provechoso, tal vez orar sea pura pérdida. Como lo es disfrutar de una bella puesta de sol, conversar con un amigo, jugar con los hijos, o entregarse al amor. De hecho, las cosas que más sensibilizan y llenan nuestro corazón no sirven para nada y ciertamente no nos traen ningún beneficio económico.

Es lo que afirma con claridad José Antonio Pagola¹: *“Vives ya totalmente modelado por esta sociedad que sólo piensa en lo útil y rentable...La oración, la meditación, Dios... todo eso pertenece al mundo de lo inútil. Tienes razón. Hablar con Dios, desahogarse ante él, escuchar su llamada es algo ‘inútil’ y no te va a servir para lograr tantas cosas por las que te esfuerzas día a día.*

Pero hay muchas cosas que te pueden parecer inútiles y no lo son. ¿Para qué sirve conversar con los amigos, enamorarte de una persona o disfrutar del cariño y la sonrisa de tus hijos. ¿Para qué sirve desahogarte con una persona de confianza, descansar con tu esposo o tu esposa en la intimidad, disfrutar de una fiesta o gozar de la paz del atardecer?

¿Cómo podríamos medir la ‘eficacia’ de todas esas experiencias que, aparentemente, no sirven para gran cosa, y que son precisamente las que alientan tu vida y te hacen vivir de manera más digna, más humana y más dichosa? Así te puede pasar con la oración. Te parece algo inútil, pero quiero decirte para qué necesitas orar y hablar con Dios.

Necesitas orar para encontrar más silencio, serenidad y descanso en tu vida; para que puedas vivir las cosas desde dentro, sin empobrecerte, dispersarte y gastarte tanto en tu quehacer diario.

Necesitas orar para hacerte más humano; para vivir en actitud más lúcida y vigilante en medio de una sociedad a veces tan superficial y poco humana; para limpiar tus criterios, tus esquemas y tu mente de todo aquello que te puede deshumanizar.

Necesitas orar para encontrarte valientemente con tu propia verdad y ser capaz de criticarte a ti mismo con sinceridad; para abrir mejor los oídos

¹José Antonio Pagola, **Creer, ¿ para qué? Conversaciones con alejados**.PPC, Madrid, 2008, especialmente págs. 83-98

de tu corazón y escuchar honestamente a Dios; para estar más atento a quienes pueden necesitar tu cercanía, tu ayuda o amistad.

Necesitas orar para no desalentarte ante los problemas y conflictos de la vida; para renovar día a día tu aliento, para reavivar tu esperanza, para fortalecer tu debilidad y aliviar tu descanso.

Necesitas orar para no vivir tan solo por dentro; para caminar por la vida acompañado de un Padre; para iniciar el día cada mañana de manera más confiada, agradecida y creadora.

Necesitas orar para enfrentarte a tu culpabilidad, para liberarte de tus errores, para sentirte comprendido y perdonado, para levantarte de nuevo a una vida más digna y responsable”.

Muchos otros dicen que viven tan ajetreados y atareados que no tienen tiempo para orar. Incluso algunos sacerdotes y personas religiosas han abandonado la oración. Pero todos encontramos siempre tiempo para lo que realmente nos interesa. De hecho, gastamos la mayor parte de nuestro tiempo en lo que nos interesa: hacer dinero, atender compromisos, pasarlo bien, ver televisión, estudiar para perfeccionar lo que hacemos, ascender en el trabajo, triunfar en la vida.

Un enamorado no concibe que alguien pueda decir que no tiene tiempo para amar. Incluso, si estamos enamorados o amamos de verdad, reconocemos que el tiempo dedicado a amar o a construir el amor es el tiempo mejor invertido.

Si no oramos, estamos afirmando que Dios no nos interesa, que no necesitamos su Amor.

Este librito sólo busca ayudarte a orar, es decir, a que vivas de un modo más auténtico y feliz. Para ello, tienes que tener el valor de sacudir miedos, rutinas y acomodos, para adentrarte en ti mismo, e ir a lo profundo de tu existencia y de tu vida. Para orar es imprescindible que seas capaz de estar a solas y en silencio. Sólo así podrás encontrarte contigo mismo y podrás escuchar la voz de Dios que te habla en todo: en las alegrías y dolores de los seres humanos, en las dudas, preguntas y temores, en el llanto y en la risa, en los destellos del amor, en el perfume de las flores, en la suave caricia de la brisa, en la fuerza de las tormentas y de los océanos, en el canto de los pájaros, en el murmullo del agua, en el milagro de la luz, en la aspereza de las piedras, en el frío, en el calor...y sobre todo, en el silencio del corazón.

El Padrenuestro no es meramente “la oración que nos enseñó Jesús”, como solemos repetir, sino que es un excelente resumen de su propia vida, y una invitación a que vivas la tuya de un modo semejante. En consecuencia, es un excelente camino para cultivar los valores esenciales, y “salvar la vida” de la superficialidad, de la banalidad, del sinsentido.

El libro está concebido no sólo como material de lectura, sino que pretende ayudar a la reflexión, el cuestionamiento profundo y la oración. Puede ser utilizado para cursos, talleres e incluso convivencias y retiros espirituales. Por ello, después de cada capítulo, se sugieren algunas actividades que pueden trabajarse individualmente, o si se prefiere, en grupos, con la idea de que ayuden a cultivar y alimentar los valores esenciales desde la perspectiva cristiana.

Al final, les ofrezco un pequeño ramillete de doce padrenuestros muy hermosos, espigados de distintas lecturas y también encontrados en la red. Ojalá que cultiven la creatividad y espiritualidad de cada lector para que se anime a construir también su propio Padrenuestro.

1.-JESÚS, HOMBRE DE ORACIÓN Y DE SERVICIO

Los amigos más cercanos veían que se levantaba con frecuencia en las noches, antes de que comenzaran a cantar los pájaros más madrugadores y ellos seguían atolondrados de sueño. Era como si necesitara ardientemente buscar la proximidad de Dios. Algunas veces, pasaba toda la noche en oración. No terminaban de entender cómo podía dormir tan pocas horas y luego soportar con tanta alegría y tanta ternura una vida tan agitada, con las multitudes acosando sus pasos para colgarse de sus palabras de vida y dejar a sus pies sus dolores, sus cansancios y sus heridas. Era como si la oración alimentara su espíritu y le proporcionara una fuerza y una alegría insospechadas. El encuentro con Dios en la oración le llevaba luego a derramarse en servicio a los demás.

Volvió cuando ya había estallado la mañana y traía en sus ojos los destellos más dulces del amanecer.

También lo veían levantar los ojos al cielo y musitar algunas palabras antes de curar a los enfermos o liberar a los atormentados por algún espíritu inmundo. Hasta en la barca, cuando cruzaban el lago, solía orar de un modo especial, como si estuviera enamorando a alguien o reviviendo en la mente alguna escena de amor. Todo su rostro se iluminaba con una sonrisa muy ancha que lo llenaba de una paz y una energía muy especiales.

Sabían bien que su modo de orar era muy distinto al suyo. Ellos, como buenos judíos, rezaban varias veces al día y recitaban los salmos y plegarias que prescribía la Ley. Sería maravilloso si ellos aprendieran a orar como él para llenarse de su energía y de su paz.

Y un día, después que lo estuvieron conversando entre ellos, se decidieron y le pidieron que les enseñara a orar.

Entonces, Jesús les enseñó el Padrenuestro.

El Padrenuestro no es un rezo. Es una oración. Cuando Jesús la enseñó a sus discípulos, no era para que la memorizaran y repitieran mecánicamente muchas veces, tal vez sin fijarse en lo que decían, distraídos o pensando en otras cosas. Les dejó bien claro que cuando oraran² no repitieran muchas frases pensando como los paganos que van a ser escuchados por su palabrería. Tampoco debían hacerlo como los hipócritas, para que todo el mundo los viera y quedaran impresionados por

² Ver Mateo, 6, 5-8

lo muy religiosos que eran. Debían hacerlo en el silencio, que es el más dulce y profundo de los sonidos.

Para comunicarse con Dios, para poder escucharle, necesitamos más silencio y soledad. Soledad para encontrarse, para ir a la raíz de la vida, y para encontrar a Dios. El que no es capaz de quedarse consigo mismo a solas, difícilmente madurará como persona, y vivirá en la superficialidad y la banalidad, aburrido y solo, incomunicado y triste, manejado por propagandas y por idolillos que acaparan su corazón y no le dejan lugar para el encuentro amoroso con el Dios de la Vida.

El silencio es el fruto de la soledad. El silencio es la última palabra –la mejor palabra- del encuentro. Sólo el que es capaz de entrar en lo profundo de su propia intimidad podrá encontrarse con Dios. Sólo el que es capaz de sumergirse en el silencio podrá escuchar la voz de Dios.

El silencio es el diálogo del enamorado, es el clima de la unión. Los que se aman de verdad no necesitan de palabras para expresar su profundo amor. Están ahí, al lado del otro, sintiendo sus latidos, dejándose amar con la mirada. Las mamás pasan horas embelleciendo a sus hijitos con su mirada amorosa y los enamorados conocen bien que los ojos acarician mucho mejor que las manos y que hay miradas silenciosas que valen mucho más que largas declaraciones o discursos.

El silencio crea hombres y mujeres para la escucha. La persona silenciosa es una persona que crece hacia adentro, que se adentra en lo profundo. El silencio es la canción del alma y sólo en él se pueden escuchar las voces de Dios y sentir las caricias de su amor. La persona que ora es un ser que se sumerge en el silencio y se abre a la escucha de Dios que le comunica su Palabra, su voluntad, su ser³.

Pero aturdidos de ruidos y de gritos, nos cuesta mucho abrirnos al silencio. Silencio del cuerpo y de la mente para buscar a Dios en nuestro interior. Nos cuesta mucho acallar los ruidos externos y sobre todo los ruidos internos, los ruidos de esa mente agobiada de ideas, pensamientos, proyectos, y de ese corazón que vive siempre agitado, ansioso, preocupado, distraído, incapaz de centrarse en sí mismo. Porque tenemos miedo a zambullirnos en lo profundo de nuestra existencia, miedo a soltar amarras y llegar a la raíz de nuestra verdad, sustituimos la meditación y la oración por la televisión y las computadoras, el diálogo con Dios por el chateo. Llenos de ruidos y de prisas, nos estamos volviendo incapaces de orar, de abrirnos

³ Ver Emilio L. Mazariegos, **La aventura apasionante de orar**. San Pablo, Bogotá, 2004, pág. 71

al Otro y a los otros con paz, bondad, gozo y esperanza. Y, por ello, el mundo es tan superficial, tan hueco y tan inhumano.

En consecuencia, necesitamos todos con urgencia aprender a callarnos, a estar con nosotros mismos en silencio. Necesitamos fortalecernos en el silencio y en la oración para regresar con más fuerza a servir a los hermanos.

Jesús pretendía que con el Padrenuestro sus amigos hablaran con Dios como lo hacía él, que se arrojaba por completo en sus brazos amorosos para comunicarle sus anhelos más profundos, las dudas, miedos, angustias que atribulaban su corazón, la pasión que había incendiado su vida. No quería enseñarles fórmulas, sino comunicarles su experiencia, abrirles a los deseos más ardientes del corazón. En la oración, Jesús alimentaba su fe, su fidelidad y sobre todo su amor al Padre. Si Dios es Amor, sólo se puede llegar a Él por el corazón. El amor busca la fidelidad, la permanencia en el amor. Por ello, hay que alimentarlo continuamente. La oración es el alimento del amor, es un encuentro de amistad con Dios. Por ello, no consiste en pensar mucho, sino en amar mucho.

Posiblemente aprendiste de memoria el Padrenuestro desde niño y lo has rezado innumerables veces: en rosarios, en la misa, cuando te has sentido en algún problema grave o cuando has querido pedirle a Dios algún favor. Hasta tal vez te lo pusieron como penitencia después de haberte confesado. Es cierto que has rezado muchas veces pero posiblemente has orado pocas, o tal vez nunca.

¿Pero hay alguna diferencia entre rezar y orar? Esa misma pregunta se la hace Rodrigo Osset, en un bello libro titulado “Orar: Las dimensiones de la vida y del amor”⁴. Según este autor, entre rezar y orar hay la misma diferencia que entre un pintor, que por falta de talento, imaginación y creatividad se especializa en copiar las obras maestras de auténticos pintores –y en esto puede alcanzar la excelencia- y otro, el auténtico artista, que por un impulso interior irrefrenable, plasma su manera de sentir, su modo de ver la realidad, sus vivencias. El primero copia, repite fríamente cada rasgo, cada detalle, la forma y el color, lo más literalmente que le es posible, despliega una habilidad técnica para reproducir exactamente lo que tiene delante y otro ha creado. El segundo “habla” con el lienzo en blanco, se “comunica” con él, expresándole a través de sus imágenes y colores sus confidencias más íntimas, sus juicios sobre su realidad personal y social, sus valores, con “sus propias palabras”. Es decir, pone en el lienzo el

⁴ Rodrigo Osset, **Orar: las dimensiones de la vida y del amor**. Ed. Visión Libros, 2008.

mundo de su corazón y el mundo de su inteligencia. Es la expresión de sí mismo.

Ignacio Huarte, un jesuita de una profunda espiritualidad, un hombre que dedicó su vida a servir a los demás y que fue mi amigo y compadre, nos explica también y de un modo muy sencillo las diferencias entre orar y rezar:

“Orar no es lo mismo que rezar, o decir muchas palabras (y con esto, no queremos decir que rezar sea malo; pero orar tiene otro valor, es otra cosa).

*Orar es como **conversar con una persona a la que le tengo mucha confianza** (con esa persona no sólo converso de los demás, sino que le llego a contar mis asuntos, lo que sufro y lo que me alegra y sé que no va a ir con el chisme a otra persona).*

*Orar es **conversar con un amigo.***

*Orar es **dejar a Dios que nos haga descubrir la necesidad que tenemos de Él.***

*Orar es **dejar que Dios, nos haga sentir el amor que Él nos tiene.***

*Orar es **sentirse hijo de Dios, sentirse cómo uno es tan pequeño ante un Dios que es tan bueno y misericordioso.***

*Orar es **dejarse llenar de los mismos sentimientos de Jesús:***

*para **pensar** como pensaba Jesús,
para **sentir** como sentía Jesús,
para **querer** lo que quería Jesús,
para **amar** como amaba Jesús,
para **hablar** de lo que hablaba Jesús y como Él,
para **actuar** como actuaba Jesús.*

Orar es vivir, no es “soñar”, sino salir del “sueño” que vivimos. Orar es despertar, es vivir la vida, la que vivimos...la que Dios quiere que vivamos...La oración que nos saca y hace huir de la vida, la que nos hace dormir y estar tranquilos... no es oración. ¡Eso no es vivir!, sino que es dormir y soñar.

La oración tampoco es “pensar” en Dios. Sólo eso no basta. ¡”Pensar en Dios” y no hacer nada por los demás, no basta...!”⁵

La oración no es para huir de la vida, sino para vivirla de un modo más profundo y pleno, para hacer de ella una semilla de vida para todos los demás. La oración debe fortalecer el coraje y la decisión de vivir combatiendo todo lo que asfixia, daña o mata la vida. Si la oración no lleva al compromiso, si no alimenta las ganas de vivir de otro modo y dedicar la vida a hacer un mundo mejor, no tiene mucho sentido. La gente que supuestamente reza mucho, pero vive encerrada en sí misma, ajena a los problemas de los demás, está muy lejos de practicar lo que Jesús entendía como oración. Porque Jesús alimentaba en la oración su firme decisión de cumplir la voluntad del Padre y vivir entregado por completo a la construcción del reino, un mundo fraternal, donde todos, especialmente los más pobres y abandonados, experimentarían la misericordia y bondad de un Dios Padre-Madre que los amaba con especial predilección.

“La oración es un desafío a entrar en una experiencia de gratuidad. La oración es un encuentro de gratuidad. A la oración vamos porque Alguien nos llama, porque Alguien nos quiere y nos busca para hacer encuentro de amistad...A la oración vamos a amar... a empaparnos de Dios, a que Dios nos llueva. A la oración vamos a dejar que Dios nos inunde como la ola a la playa. A la oración vamos a estarnos a gusto con Dios. Vamos a escucharle. Vamos a decirle nuestra vida. Vamos a decirle los dolores de los hombres. Vamos porque le queremos. Quien ora es porque ama. Quien no ha descubierto el amor de Dios no puede ir a orar...

A la oración voy porque quiero tener el estilo de vida de Jesús de Nazaret, hombre que cultivaba en silencio y soledad el encuentro de amor gratuito con Dios su Padre. A la oración voy porque es allí donde Dios me enseña a amar, donde me enseña fidelidad en el amor, donde me abre el corazón a los hermanos. En la oración entro en armonía, en unidad con todo y con todos... En la oración aprendo sabiduría de Dios. En la oración aprendo la verdad del amor...

La oración nos cambia la vida...La oración nos mete en un mundo nuevo, el de Dios, y nos sitúa con más fuerza en el corazón de los hombres...En la oración aprendemos gratuidad. Aprendemos a no usar a Dios, a no servirnos de Él. Y en la oración aprendemos a ir a los hermanos en gratuidad, a no usarlos como trampolín para nuestro lucimiento y aprovechamiento. En la oración aprendemos a recibir y dar en gratuidad.

⁵ Ignacio Huarte, *Despertar a la vida diferente*. S.A. de Educación y Cultura Religiosa, Caracas, 2009, pág. 27-29-

En la oración aprendemos el ir a estar con el que llora, o sufre, o está solo, o no tiene apoyo. Aprendemos a no dar consejos sino a darnos”⁶

Por ello, toda oración, pero especialmente orar el Padrenuestro no puede ser un acto rutinario, una repetición de palabras huecas, que no lleven la decisión de cambiar de vida, de hacerse hermano de todos los demás y vivir entregado a la construcción de un mundo mejor. Orar el Padrenuestro es decidirse a salir del egoísmo y vivir en función de los demás: Recordemos el poema del Maestro Eckhart:

*No existe eso que llaman “mi” pan.
Todo el pan es nuestro,
se me ha dado a mí,
y a los demás a través de mí
y a mí a través de los demás.
Y no sólo el pan,
sino todas las otras cosas necesarias
para sustentar esta vida
se nos han dado en depósito
para compartirlas con los demás,
por causa de los demás,
para los demás y a los demás,
a través de nosotros.*

En consecuencia, debemos esforzarnos por ser cada día más coherentes, y decirle a Dios que, a pesar de nuestras debilidades y flaquezas, queremos vivir en serio el Padrenuestro, que estamos dispuestos a no seguir mintiéndonos ni engañando a los demás, y que, a pesar de que es cierto lo que dice el siguiente poema, nosotros seguiremos orando el Padrenuestro hasta que nuestras vidas lo reflejen:

*No digas PADRE,
si cada día no te portas como su hijo.*

*No digas Nuestro,
si vives aislado en tu egoísmo y no te importan los demás.*

*No digas Que estás en los cielos,
si sólo piensas en las cosas terrenas y vives para acaparar y consumir.*

No digas Santificado sea tu nombre,

⁶ Emilio L. Mazariegos, **op.cit.**, págs. 21-24

si no lo honras con tu palabra y con tu vida.

*No digas Venga a nosotros tu reino,
si en tu corazón reina el egoísmo y la violencia.*

*No digas Hágase tu voluntad,
si no la aceptas siempre, especialmente cuando te es dolorosa,
y no luchas por un mundo mejor..*

*No digas Danos hoy nuestro pan,
si no te preocupas por la gente con hambre,
sin cultura y sin vivienda.*

*No digas Perdona nuestras ofensas,
si guardas rencor a algún hermano y deseas vengarte.*

*No digas No nos dejes caer en la tentación,
si tienes intención de seguir pecando
y no estás dispuesto a romper tus ataduras.*

*No digas Líbranos del mal,
si no combates el mal y eres sembrador de bienestar.*

*No digas Amen,
si no has tomado en serio las palabras del
PADRE NUESTRO y estás dispuesto a vivirlas.*

Aceptamos que orar el Padrenuestro es un compromiso muy serio y aspiramos a que un día nuestras vidas reflejen el mismo poema escrito de un modo positivo:

Di Padre si cada día te esfuerzas por vivir como hijo y tratas a todos como hermanos.

Di Nuestro si no te aíslas en tu egoísmo, y trabajas para que todos tengan vida en abundancia.

Di Que estás en los cielos, si te preocupas por cultivar tu espíritu y no te dedicas sólo a los placeres materiales.

Di Santificado sea tu nombre, si vives como Dios quiere y lo amas con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas.

Di Venga a nosotros tu reino, si de verdad Dios reina en tu corazón y trabajas para que reine en todas las personas.

Di Hágase tu voluntad, si aceptas lo que Dios te envía y no buscas que Dios haga la tuya.

Di Danos hoy nuestro pan, si sabes compartirlo con los pobres y con los que sufren y trabajas para que todos tengan pan, cultura, vida digna, alimento para el cuerpo y para el espíritu.

Di Perdona nuestras ofensas si perdonas de corazón y cancelas la venganza y el rencor.

Di No nos dejes caer en la tentación, si de verdad estás decidido a alejarte del mal y de todo lo que te esclaviza y no te permite vivir como hijo y hermano.

Dí Líbranos del mal si en verdad estás comprometido a trabajar por todo aquello que traiga vida para los demás.

Di Amén, si estás dispuesto a cambiar de vida para empezar a vivir todo esto.

Todos somos hijos indignos, pecadores. Conocemos bien nuestras debilidades e incoherencias. Con frecuencia hacemos el mal que no queremos y somos inconstantes y traicionamos nuestras promesas. Pero Dios nos perdona siempre porque nos ama y no puede dejar de amarnos. Él no mira nuestros méritos, sino nuestras debilidades. Y nos quiere más cuando más pecadores y débiles nos sentimos. Por ello, recuéstate en su pecho, siente cómo se acelera su corazón de amor por ti, y escucha cómo responde a tu oración en las palabras de Martín Descalzo:

Hijo mío que estás en la tierra y te sientes preocupado, confundido, desorientado, solitario, triste y angustiado.

Yo conozco perfectamente tu nombre y lo pronuncio bendiciéndolo porque te amo, es decir, te acepto como has venido siendo.

No, no estás solo, sino habitado por Mí y juntos construiremos mi reino, del cual tú vas a ser el heredero.

Deseo que siempre hagas mi voluntad, porque mi voluntad es que tú seas feliz, ya que la gloria de Dios es el hombre viviente.

Cuenta siempre conmigo y tendrás el pan para hoy. No te preocupes. Pero recuerda, no es sólo tuyo, te pido que siempre lo compartas con tus hermanos, pues te lo doy a ti, porque sé que sabes que es para ti y para todos los demás.

Sabes que perdono todas tus ofensas antes incluso de que las cometas, Por eso te pido que hagas lo mismo con los que a ti te ofenden.

Sé que tendrás tentaciones y estoy seguro de que saldrás adelante.

Y toma fuerte mi mano, aférrate siempre a mí, y yo te daré el discernimiento para que te des cuenta que, desde hace mucho te di y te seguiré dando la fuerza para que te libres del mal.

Nunca olvides que te amo desde antes del comienzo de tus días, y que te amaré hasta después del fin de ellos, porque yo soy en ti como tú eres en mí.

Que mi bendición quede contigo y que mi paz y amor eterno te cubran siempre.

*Sólo de mí podrías haberlos obtenido y sólo Yo podría dártelos porque
¡YO SOY EL AMOR Y LA PAZ!*

Actividades sugeridas

Reflexionar y conversar sobre qué es la oración y para qué sirve.

Leer, analizar y comentar la siguiente parábola:

Un obispo recientemente nombrado quería visitar cada rincón de su inmensa diócesis. Hacia el final de la gira, divisó una isla muy pequeña y preguntó si estaba habitada.

-Sí, pero solamente por tres viejos pescadores –le respondieron-. No vale la pena que su Excelencia pierda tiempo visitándolos. Viven aislados de todos, de un modo muy primitivo, casi salvaje.

-De todas formas, quiero visitarlos –insistió el Obispo.

Cambiaron la ruta y se dirigieron a la isla. Al desembarcar, los tres extraños ancianos recibieron al obispo con gran amabilidad, y le brindaron sus mejores frutos con gran gentileza.

-Hijos míos –les preguntó el obispo- ¿me podrían decir a qué dedican su tiempo en esta isla?

-Yo estoy muy ocupado –dijo el primero-. Desde muy temprano salgo a pescar para que mis hermanos tengan que comer. Además, las redes están ya muy viejas y gasto mucho tiempo remendándolas.

-También yo me la paso muy ocupado –dijo el segundo-. Desde temprano salgo a cazar a la montaña. Con la piel de los animales salvajes hago zapatos y vestidos para cubrirnos el cuerpo. Las plumas las usamos para colchones y almohadas. Si cazo algún animal comestible, nos comemos su carne.

-En cuanto a mí –dijo el tercero-, yo construí esta humilde cabaña y la mantengo arreglada y limpia, y procuro que, cuando regresen mis dos hermanos, tengan la comida lista –procuro prepararle a cada uno lo que más le gusta- y el agua para tomar, lavarse y refrescarse. En estas tareas, se me pasa el tiempo volando.

El obispo asentía con su cabeza y, cuando terminaron, les preguntó:

-Pero, ¿cuándo rezan?

Los tres ancianos se miraron perplejos. “Rezar? ¿Qué cosa es esa”? Nosotros somos ignorantes, nunca estudiamos, no sabemos cómo se hace para rezar.

Entonces el obispo, con una gran paciencia, les estuvo explicando lo que era rezar. “Hay que rezar para que Dios nos ayude. Él es el Padre de todos nosotros y tenemos que pedirle fuerza para vivir todos los días como hermanos. Debemos rezar para no ser egoístas, para no caer en la tentación, para que aprendamos a ayudarnos y perdonarnos”.

Los tres ancianos asentían en silencio, apesadumbrados y perplejos.

-Les dejaría estos libros de oraciones, pero me imagino que no saben leer.

-No, no sabemos –dijeron los ancianos un tanto entristecidos.

El obispo intentó en vano que memorizaran algunas oraciones sencillas. Por mucho que se esforzaban, los ancianos no lograban aprenderlas.

Sintiéndose fracasado, el obispo no tuvo más remedio que despedirse de ellos. Se notaba decepcionado y los ancianos quedaron muy tristes.

En la tranquilidad de su alcoba, el obispo daba vueltas en su cama sin poder dormir. Por fin, escuchó en su corazón una voz vigorosa que le decía:

-¿Por qué te metiste con mis ancianitos predilectos? ¿Cómo pretendiste enseñarles a orar si ellos se pasan orando todo el día? Levántate y vuelve a la isla. Devuélveles la alegría diciéndoles que su oración me agrada mucho.

Según esta historia, ¿qué es lo más importante de la oración? ¿Por qué dice Dios que los ancianos pasan todo el día orando? ¿Qué les dirías tú a los ancianos?

2.- ¿QUIÉN DICEN USTEDES QUE SOY?

Hace casi dos mil años, un obrero de la construcción llamado Jesús de Nazaret, empezó a recorrer los caminos y aldeas de Palestina con un mensaje de esperanza y de amor: Dios es un padre maternal que nos ama entrañablemente a todos y quiere que seamos felices y vivamos como hermanos. Es un pastor amoroso, buscador incansable de la oveja perdida que, cuando la encuentra, la carga feliz en sus hombros para llevarla a la seguridad y alegría del redil. Es un médico ansioso siempre de curar enfermedades, sufrimientos, tristezas. No es un juez lejano y frío, castigador implacable de las faltas que cometemos, sino una madre cariñosa, que ama y perdona siempre y sin condiciones.

La plenitud y la felicidad no se encuentran en el poder, en las riquezas, en el prestigio, sino en el amor. Perdemos o malgastamos la vida si nos dedicamos a vivir egoístamente, de espaldas a las necesidades, problemas y sufrimientos de los demás. Ganamos la vida si nos dedicamos a servir y a trabajar por un mundo mejor, donde nadie sea explotado, maltratado o despreciado, y donde todos podamos vivir con dignidad.

Pobres, enfermos, excluidos y despreciados, se colgaban de sus labios, bebían con avidez sus palabras en las que encontraban una respuesta a sus esperanzas y ansias de vida. Jesús era como una fuente de agua viva en la que podían lavar sus cansancios, limpiar sus suciedades y saciar su sed más profunda. Era una luz que guiaba los pasos para no perderse y encontrar el camino de la vida verdadera. Era sal que daba sabor a la existencia para superar la insipidez de una vida tan llena de problemas. Era pan que alimentaba y daba fuerzas, vino que alegraba los corazones.

Para nosotros, los que nos consideramos cristianos, Jesús no es sólo un gran maestro que vivió hace muchos años, pero que ya no está porque murió, o mejor dicho, lo mataron, pero cuyas enseñanzas como las de los grandes maestros o filósofos siguen inspirando formas novedosas de vida. Nosotros nos atrevemos a afirmar que Jesús está vivo, porque el Padre lo resucitó, y sigue con nosotros invitándonos a cambiar de valores para que podamos ser plenamente felices y hacer un mundo mejor.

Pero tal vez estoy afirmando cosas demasiado gruesas que no compartes. Por eso, sería bueno que, antes de continuar con la lectura de ese libro, te preguntaras con sinceridad “¿quién es Jesús para ti”? Esta misma pregunta

se la hizo Jesús a sus seguidores más cercanos y sólo Pedro se arriesgó a una respuesta comprometida, que le salió de lo profundo de sus entrañas⁷.

Tal vez te parecen interesantes las ideas de Jesús y hasta opinas que si las siguiéramos el mundo estaría mejor. Pero ¿crees en verdad que sigue realmente vivo, que es alguien con el que puedes conversar, ser su amigo, seguirlo? En realidad, sólo es posible ser realmente amigo de alguien o seguirlo, si está vivo, si camina, si continúa empeñado en hacer realidad su proyecto. Por todo esto, y respóndete con sinceridad, ¿tiene algo que ver Jesús en tu vida o no es más que un hombre admirable que vivió hace ya demasiados años? ¿Te esfuerzas de verdad en seguirle, es decir, en hacer tuyo su modo de vida y en compartir su misión, sus esfuerzos, sus inquietudes y valores?⁸

Tomar en serio el seguimiento de Jesús va a suponer un cambio de vida radical, un ir contracorriente a lo que nos propone el mundo que nos invita a sobresalir, a triunfar individualmente, a consumir sin límites, a pasarlo bien, a tener cada vez más para sentirnos superiores a los demás.

Jesús es la Palabra definitiva de Dios a los seres humanos. Palabra de vida que libera, crea, alegra. Palabra que lleva a la acción, al compromiso. En Jesús, Dios nos comunica su proyecto para la humanidad. Y Jesús es el proyecto de Dios ya realizado. Por ello, según las enseñanzas, mensaje y obrar de Jesús, la vida se nos ha dado para darla, para vivir como un regalo para los demás, para combatir todos los ídolos de la muerte: egoísmo, corrupción, violencia, explotación... Nos toca a los seres humanos construir la historia según el plan de Dios que quiere que todos tengamos vida en abundancia. Seguir a Jesús es portarse con todos como Él se portó y proseguir su misión que nos convoca al encuentro, la justicia y la fraternidad.

Por ello, los seguidores de Jesús, decimos que Él, como Palabra de Dios, nos hizo una doble revelación, es decir, nos enseñó dos cosas esenciales. Nos enseñó cómo es Dios y nos enseñó la esencia del ser humano. En Jesús encontramos todo lo que tenemos que saber sobre Dios y todo lo que tenemos que saber sobre el hombre. Según Jesús, Dios es Amor. Los seres humanos somos imagen e hijos de Dios, es decir, somos seres creados por amor y para el amor, pues el amor nos constituye, nos realiza, posibilita nuestro desarrollo pleno. Jesús vivió fielmente su condición de hijo, por ello es el Hombre Nuevo, el hombre que alcanzó la plenitud de lo humano.

⁷ Ver Mateo 16, 13-17.; Marcos 8, 27- 29; Lucas 9, 18 -21.

⁸ Ver J. A. Pagola, **op. cit.**, pág. 116 y ss.

Seguir a Jesús, hacer nuestro su estilo de vida es camino a la realización plena, camino a la felicidad.

El problema es que no creemos que esto sea cierto. Decimos que creemos en Dios, pero no le creemos a Dios. Por eso, nuestra fe es escasa y débil pues no nos decidimos a hacer nuestros los criterios y valores de Jesús. La fe, si verdadera, y como venimos repitiendo, supone un cambio de vida. No es cuestión de decir, de afirmar, sino de comprometerse. Una supuesta fe que no se convierte en servicio y entrega no sirve de nada. Creer en Jesús es aceptarlo como modo de vida, como revelación de cómo Dios quiere que nos portemos y vivamos. El evangelio es una tarea urgente que hay que llevar a cabo. No se trata de aprendérselo de memoria y andar recitándolo por todas partes, sino de hacer de él una forma de vida.

Jesús y su proyecto siguen vivos y necesitan de valientes que lo impulsen. Proyecto además como camino para vivir la vida a plenitud, para encontrar la auténtica felicidad, tanto personal como colectiva, que mana de adentro, que surge de una vida entregada a defender la vida, a amar siempre y a todos, a amar hasta los enemigos, amar hasta dar la vida, como hizo Jesús.

Lo que pasa es que estamos tan condicionados por los tipos de felicidad que nos ofrece el mundo, que no terminamos de creer ni aceptar el camino a la felicidad que nos propone Jesús. Más bien pensamos que su invitación es a fregarnos, a privarnos de cosas maravillosas, a dejar de hacer todo lo que nos gusta. Por ello, en el fondo, estamos convencidos de que seguir a Jesús es un camino para amargarnos la vida, para vivir tristes, privándonos de todo lo que trae alegría y felicidad. Porque el evangelio no es Buena Noticia para nosotros, no somos capaces de contagiarlo.

Necesitamos, en consecuencia, una nueva evangelización que nos ayude a optar por una fe responsable que se traduzca en cambio de valores y de estilo de vida. Tenemos que superar esa religión sociológica, heredada de nuestros padres, que se limita al cumplimiento de una serie de prácticas religiosas, con frecuencia huecas, para hacer de la fe una decisión valiente por elegir el amor sobre todo a los más pobres, carentes y necesitados, como proyecto de vida. Tenemos que pasar de la religión que produce alergia, a la religión que produce alegría. Como plantea Pagola, no basta ser religioso, sino ver a qué nos conduce la religión. No basta creer en Dios, sino saber en qué Dios creemos. El Dios compasivo en el que creyó Jesús no conduce nunca a actitudes excluyentes de desprecio, intolerancia o rechazo, sino que atrae hacia una vida de acogida y hospitalidad, de respeto y de perdón.

Una de las mayores dificultades para esta nueva evangelización es pensar que ya somos cristianos, cuando ser cristiano exige una opción sostenida por unos valores radicalmente opuestos a los que nos propone la sociedad: elegir la austeridad en vez del consumismo, el perdón y la mansedumbre en lugar de la violencia y la agresión, la solidaridad en lugar del individualismo, el amor en lugar del odio. Por ello, tras 20 siglos de cristianismo, Jesús no es conocido, amado y seguidos ni por los que se confiesan sus seguidores. ¿Qué ofrecemos hoy los cristianos a la sociedad? ¿En qué nos distinguimos de los demás. ¿Ofrecemos una alternativa de vida? ¿No parecemos más bien, y como nos lo plantea J. A. Pagola, “ateos de corazón”, que vivimos como si Dios no existiera, pues nuestra fe no se traduce en sed de justicia, en pasión por el reino?

Jesús no necesita de admiradores, sino de seguidores. En palabras de Soren Kierkegaard, *“Señor Jesús, tú no viniste para ser servido, ni tampoco para ser admirado o, simplemente, adorado. Tú has deseado solamente, imitadores. Por eso, despiértanos si estamos adormecidos en este engaño de querer admirarte o adorarte en vez de imitarte y parecernos a ti”*.

Lo que pasa es que estamos tan condicionados por los tipos de felicidad que nos ofrece el mundo, que no terminamos de creer ni aceptar el camino a la felicidad que nos propone Jesús. Más bien pensamos que su invitación es a fregarnos, a privarnos de cosas maravillosas, a dejar de hacer todo lo que nos gusta. Por ello, en el fondo, estamos convencidos de que seguir a Jesús es un camino para amargarnos la vida, para vivir tristes, privándonos de todo lo que trae alegría y felicidad. Porque el evangelio no es Buena Noticia para nosotros, no somos capaces de contagiarlo.

Necesitamos, en consecuencia, una nueva evangelización que nos ayude a optar por una fe responsable que se traduzca en cambio de valores y de estilo de vida. Tenemos que superar esa religión sociológica, heredada de nuestros padres, que se limita al cumplimiento de una serie de prácticas religiosas, con frecuencia huecas, para hacer de la fe una decisión valiente por elegir el amor sobre todo a los más pobres, carentes y necesitados, como proyecto de vida. Tenemos que pasar de la religión que produce alergia, a la religión que produce alegría.

Actividades sugeridas

Reflexionar y conversar sobre quién es Jesús para cada uno de nosotros. Si decimos que creemos en Dios ¿en qué Dios creemos? ¿Es el Dios que nos mostró Jesús con su palabra y con su vida?

¿La fe da sentido a nuestras vidas? ¿Nuestra manera de vivir muestra que realmente somos cristianos, que nos esforzamos por vivir al estilo de Jesús, habitados por su espíritu?

¿Le creemos a Dios? ¿Creemos realmente que la felicidad se encuentra en el estilo de vida que nos propone Jesús?

Leer y comentar la siguiente parábola:

La cumbre de la montaña

Nació al pie de la montaña, en un valle fecundo y muy bello. Desde pequeño lo educaron para que alcanzara la felicidad. Para ello, tenía que encontrar la sabiduría perfecta, el amor pleno, la paz profunda que se encontraban en la cumbre de la montaña. Sólo los necios pretendían ser sabios y permanecían allí, en la aparente seguridad del valle. Muy pocos se arriesgaban a subir a la montaña. A algunos se lo prohibía la familia, a otros sus ocupaciones o su vida mediocre... Cada uno se buscaba el pretexto indicado. Pero a él nadie lo detendría: había nacido para llegar a la cumbre y alcanzar la felicidad.

Cuando sintió en su cuerpo el vigor de la juventud, adivinó que había llegado la hora. Y se dispuso a emprender el largo viaje hacia la cumbre. Llevaba consigo mapas, cartas de viajes, los libros de los principales pensadores.

El camino culebreaba entre pastizales y sabanas. El sol pesaba sobre su cabeza como una espina de fuego. Se detuvo un momento a calmar su sed. De pronto, sin saber de dónde, apareció un niño:

-Estoy perdido, me muero de sed, dame un poco de agua –suplicó el niño.

-No puedo. Llevo muy poca agua y la necesito para alcanzar la cumbre.

Siguió con decisión. Nada ni nadie lo detendría. El camino empezó a empinarse y allá abajo, a sus pies, brillaba el valle de su infancia. Pero él no tenía tiempo para detenerse a observar su belleza. A medida que subía, el camino se tornaba más difícil y peligroso. Paredes abruptas y escarpadas le obligaban a dar rodeos y a detenerse con frecuencia. Algunas cascadas susurraban canciones que él no oía. Los días se sucedían a una velocidad vertiginosa y la cima seguía lejana, inalcanzable.

Una tarde, escuchó unos gritos de dolor que rompían el profundo silencio de la montaña:

-¡Auxilio! ¡Auxilio!. Por favor, ayúdame.

Se acercó, y vio a un hombre ensangrentado, muy mal herido, que había caído de la montaña. Pensó ayudarlo, pero desistió:

-Lo siento, no puedo detenerme. Voy a la cumbre, en busca de la felicidad.

Fueron pasando presurosos los días. El otoño metió un amarillo profundo en el paisaje y luego desnudó los árboles. Detrás de él llegó el invierno con su carga de frío y nieve. Pero el joven seguía firme en su propósito de llegar a la cumbre, sin ojos para admirar los milagros de una naturaleza siempre cambiante. Un día, encontró a una anciana temblando de frío en la entrada de una cueva.

-Ten piedad de mí. Me estoy muriendo de frío. Préstame alguna de tus ropas.

-Lo siento, no puedo, la necesito para alcanzar la cumbre.

Se sucedieron los meses y los años. Numerosas primaveras le ofrecieron susurros de flores y poemas de verdor, pero él nunca se detuvo a escucharlos. Tampoco tuvo oídos para el fragor de las tormentas veraniegas, los gritos del viento en otoño, el silencio profundo de las nevadas en invierno. Numerosas personas le solicitaron su ayuda, pero él nunca detuvo sus pasos.

Un día, ya adulto, llegó por fin a la cumbre. Pero no encontró lo que buscaba. En vano removiò piedras y buscó la sabiduría, el amor y la paz entre las grietas de los glaciares. ¿En qué habría fallado? Desesperado invocó a Dios en busca de una explicación. Enseguida le llegó la respuesta:

-Si te hubieras detenido a socorrer a los que te lo pidieron, si hubieses compartido lo que tenías, si te hubieras parado a ver mi rostro en la ternura de las flores y a escuchar mi voz en los labios de la lluvia, en el canto de los pájaros, o en el fragor de la tormenta, me hubieras encontrado. Porque yo soy la paz, el amor, la verdadera sabiduría que traen una felicidad inapagable. A la cima, no podías llegar solo. Quise acompañarte, pero nunca me lo permitiste. Si quieres encontrar la

felicidad, desciende en busca de tus hermanos. (Construido a partir de un texto de Anci V. de Miller⁹)

¿Qué me ha dicho la parábola? ¿A qué estoy dedicando mi vida? ¿Qué es lo que busco, cuáles son mis metas? ¿Cómo me concibo una persona realizada, feliz? ¿Qué debo cambiar en mi vida, a la luz de ella, para ser más auténticamente cristiano, es decir, seguidor de Jesús?

Después de la reflexión personal, pueden comentarlas y compartir entre todos ¿Quién es Jesús para nosotros y cómo debe expresarse o manifestarse esa fe?

⁹ En Antonio Pérez Esclarín, **Parábolas para vivir en plenitud**. San Pablo, Caracas, 2006, pág. 121.

3.- PADRE

Cuando Él dijo “Padre”..., el mundo se preguntó por qué aquel día amanecía dos veces...La palabra estalló en el aire como una bengala..., y todos los árboles quisieron ser frutales y los pájaros decidieron enamorarse antes de que llegara la noche...

Hacía siglos que el mundo no había estado tan de fiesta: los lirios empezaron a parecerse a las trompetas y aquella palabra comenzó a circular de mano en mano, bella como una muchacha enamorada...

Los hombres husmeaban un universo recién descubierto y a todos les parecía imposible pero pensaban que, aun como sueño, era ya suficientemente hermoso...

Hasta entonces los hombres se habían inventado dioses tan aburridos como ellos..., serios y solemnes faraones..., atrapamoscas con sus tridentes de opereta...; dioses que enarbolan el relámpago cuando los hombres encendían una cerilla en sábado..., o que reñían como colegiales por un quítame allá ese incienso...; dioses egoístas que imponían mandamientos de amar sin molestarse en cumplirlos...vanidosos como cantantes de ópera..., pavos reales de su propia gloria a quienes había que engatusar con becerros cebados...

Y he aquí que, de pronto, el fabricante de tormentas bajaba (¿bajaba?) a ser Padre..., se unía al carro del amor..., y se sentaba sobre la pradera a comer con nosotros el pan...Era un nuevo Dios bastante poco excelentísimo..., que no desentonaba en las tabernas..., y ante quien sólo era necesario descalzar el alma...

Aquel día los hombres empezaron a ser felices porque dejaron de buscar la felicidad como quien excava una mina...No eran felices porque fueran felices..., sino porque amaban y eran amados..., porque su corazón tenía una casa..., y su Dios las manos calientes. (José Luis Martín Descalzo)

Ciertamente, la noticia que comunicaba Jesús era una Maravillosa Noticia, una Excelente Noticia: Dios es una Madre cercana y compasiva, es un novio enamorado. Dios nos quiere sin condiciones y quiere vida y felicidad para todos. El Dios lejano se vuelve tan cercano como el corazón de una madre. Para Jesús, Dios es Abbá, la palabra aramea que primero aprenden a balbucear los niños y que podríamos traducir como nuestro “papi” o “mami”. Abbá expresa una confianza sin límites, refleja esa seguridad y ternura que experimentan los bebés en los brazos de su madre. Ellos saben

que su mamá está pendiente de ellos, que los quiere sin límites ni condiciones, y ese amor les da seguridad y les confiere una alegría sin horizontes. Pero Abba expresa también dignidad: cada uno de nosotros valemos, sin importar nuestras miserias, problemas, deficiencias... porque Dios nos creó por amor y nos ama como somos.

El Innombrable, el Señor de los Ejércitos que destruye a los enemigos, el Todopoderoso, el Juez impasible e imparcial que premia a los buenos y castiga a los malos, resultó ser Puro Amor, que ama entrañablemente a cada uno, que sólo tiene el poder que tiene el amor, es decir, poder para sanar, para dar vida, para liberar, para ayudar, para perdonar. Dios no tiene poder para destruir, para humillar, para vengarse, porque el Amor sólo es fuerza de vida.

Con su propuesta de que Dios es una mamá o un novio enamorado de cada persona, Jesús nos vino a liberar del miedo ancestral a esos dioses violentos y castigadores, ávidos de sangre, o a esos jueces duros, sin corazón, dispuestos a castigar la menor desviación, pecado o falta. ¿Quién teme a un juicio si el Juez es la mamá? El capítulo ocho del evangelio de Juan es una magnífica descripción del tipo de juez que es Dios: Una mujer ha sido sorprendida en adulterio. La ley ordena que sea asesinada a pedradas. La gente, ávida de sangre, con sus corazones endurecidos por una ley que ha olvidado la misericordia y el perdón, lleva la mujer a Jesús para comprobar si realmente está de acuerdo o no con el cumplimiento de la ley. Si no lo hace, no puede ser una persona de Dios, porque Dios exige que se cumpla su ley. De hecho, para los fariseos y personas piadosas, la perfección o santidad consistía precisamente en el cumplimiento estricto de la ley. Pero Jesús piensa de otro modo, sabe que Dios no mira nuestros pecados sino nuestras necesidades, y se juega la vida por esta pobre mujer. Sus ojos no ven su pecado sino su dignidad. Es una hija que, en su debilidad, necesita ser amada más que nunca. La perdona y nos muestra con este hecho el tipo de Juez que es Dios. Dios nos quiere a cada uno de nosotros como somos. Como la mamá ama a un hijo enfermo.

Jesús lleva a su extremo la idea insinuada ya por algunos profetas de un Dios cercano, cariñoso, enamorado de cada uno de nosotros. Oseas dice:

“Por eso, ahora la voy a conquistar, la llevaré al desierto y allí le hablaré a su corazón...Aquel día, dice Yavé, ya no me llamarás más ‘Señor mío’, sino que me dirás ‘Marido mío’. .. Yo te desposaré para siempre. Justicia y rectitud nos unirán, junto con el amor y la ternura. Yo te desposaré con mutua fidelidad, y conocerás quién es Yavé” (Oseas 2, 16, 18, 21).

Posiblemente sea Isaías el que nos presenta una visión de Dios más cercana a la de Jesús: Si en el capítulo 43, Dios afirma “que tú vales mucho a mis ojos...porque te amo y eres importante para mí” y en el capítulo 46 nos presenta a un Dios preocupado de cada persona desde el seno materno hasta la vejez, es el texto del capítulo 49 el que nos presenta sin titubeos un Dios sorprendente por su capacidad de amarnos a cada uno: “ *Pero, ¿puede una mujer olvidarse del niño que cría, o dejar de querer al hijo de sus entrañas? Pues bien, aunque alguna lo olvidase, yo nunca me olvidaría de ti. Mira cómo te tengo grabada en la palma de mis manos*” (Isaías, 49, 15-16).

También en numerosos salmos, aparece ya la figura de un Dios cercano, bondadoso:

*El Señor es mi pastor: nada me falta;
en verdes pastos él me hace reposar.
A las aguas de descanso me conduce,
y reconforta mi alma.
Por el camino del bueno me dirige,
por amor de su nombre.
Aunque pase por quebradas oscuras,
no temo ningún mal,
porque tú estás conmigo
con tu vara y tu bastón
y al verlas voy sin miedo.
La mesa has preparado para mí
frente a mis adversarios,
con aceite perfumas mi cabeza
y rellenas mi copa.
Irán conmigo la dicha y tu favor
mientras dure mi vida,
mi mansión será la casa del Señor
por largos, largos días.*

(Salmo 23)

*El Señor es compasivo y clemente,
paciente y misericordioso;
no está siempre acusando,
ni guarda rencor perpetuo,
no nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas;
como se levanta el cielo sobre la tierra,*

*se levanta su bondad sobre sus fieles,
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos;
como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por sus fieles;
porque él conoce de qué estamos hechos,
se acuerda de que somos barro.*

(Salmo 102)

*El Señor es ternura y compasión,
paciente y lleno de amor.
El Señor es bondad para con todos,
sus ternuras están en todas sus obras.
Que todas tus criaturas te den gracias, Señor;
que te bendigan tus fieles.*

(Salmo 144)

El evangelista Juan insiste en su evangelio y en sus cartas en que Dios es Amor y que si bien a Dios no lo podemos ver ni comprender, podemos conocer cómo es viendo cómo actúa Jesús. Por eso, “el que me ve a mí, ve al Padre” (Juan 14, 9). Y al mirar a Jesús, vemos que Dios es sólo fuente de amor y servicio a los demás.

Según Pablo, Dios envió a su Hijo para hacernos hijos, para que, inundados de su Espíritu, podamos invocarle como Padre: “envió Dios a su Hijo...para que recibiéramos la condición de hijos. Y como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ‘¡Abbá, Padre!’” (Gal. 4,6).

A su vez, Lucas nos ofrece en el capítulo 15 de su evangelio tres maravillosas descripciones del Dios de Jesús. Nos presenta en primer lugar a Dios como un Pastor preocupado porque una de sus ovejas anda perdida, en peligro de ser atacada por los lobos o de despeñarse en algún precipicio. Su inquietud le lleva a dejar en lugar seguro el resto de sus ovejas y a salir solícito en su busca. Cuando la encuentra, no la regaña por haberse alejado de las otras y haber emprendido su propia aventura, sino que la carga feliz en sus hombros para devolverla al redil. Lucas no habla de la alegría de la oveja, sino de la alegría del Pastor. Dios es un activo buscador de los que estamos perdidos y se alegra cuando puede recuperarnos a la seguridad y los buenos pastos, a una vida de alegría y abundancia.

En la segunda parábola, Lucas compara a Dios con una mujer muy sencilla que ha perdido una moneda y empieza a barrer la casa hasta que la encuentra y su enorme alegría al encontrarla le lleva a gritar la noticia a todo el vecindario. ¡Qué atrevido aparece Jesús en esta parábola cuando no vacila en comparar a Dios con una mujer, que en la cultura machista en que vivió, no tenían derecho alguno: no podían salir solas ni conversar con desconocidos, hasta el punto en que todos los días los varones daban gracias a Dios en una de sus oraciones por “no haberme hecho ni publicano ni mujer”! ¡Qué maravilloso es ese Dios de Jesús, capaz de poner la casa patas arriba para encontrar una monedita de muy escaso valor! No es que Dios esté dispuesto a recibir al pecador “si se convierte”, sino que es un activo buscador de algo suyo que se ha perdido.

La tercera parábola del capítulo 15 de Lucas es la más conocida, pues no sólo nos ofrece en su contenido una conmovedora imagen de un Dios como una mamá de entrañas misericordiosas, sino que es también una auténtica joya literaria. Es la parábola que comúnmente se conoce como del Hijo Pródigo, aunque sería más apropiado llamarla la parábola del Padre Bondadoso: Un Padre tiene dos hijos y el menor le pide la parte de la herencia que le corresponde. Con la bolsa bien llena de dinero se aleja de la casa paterna y sale en busca de esa felicidad que supuestamente se encuentra en el placer, la vida descomprometida y fácil, el tener y el consumir. Ya aquí aparece una concepción muy especial de un tipo de padre, que no tiene nada que ver con esa figura patriarcal, por lo general autoritaria y fría, tan típica en los tiempos de Jesús. ¿Qué padre acepta repartir la herencia antes de morir, sabiendo además, que el hijo va a dedicarse a malgastarla? Es un padre que, en lugar de reprimirla, respeta por completo la libertad del hijo, un padre que no interfiere en sus decisiones, aunque está seguro que le van a llevar a una vida de sufrimiento y soledad.

Pronto, el hijo se queda sin dinero y solo, y para poder comer, no tiene más remedio que dedicarse al más indigno y despreciable de todos los trabajos: cuidar cerdos, un animal impuro para los judíos, con lo que nos está expresando Lucas que el joven ha caído en la degradación más absoluta. Entonces, empieza a añorar la abundancia del hogar paterno y por interés, por hambre, no porque recuerde el cariño de su padre, decide volver a la casa y rogarle al padre que lo reciba como un trabajador más. Sabe que se ha portado mal y, como el padre es justo, debe castigarlo. Ni se le pasa por la cabeza que el padre está esperándolo con ansiedad y cuando lo ve venir, corre hacia él lleno de alegría y lo abraza emocionado feliz de recuperarlo como hijo. De ahí el significado de los símbolos con que ordena que lo vistan: El anillo expresa filiación; el traje nuevo: cambio,

renovación, dejar atrás la miseria; las sandalias: libertad, pues los esclavos andaban descalzos. Y lo más importante de todo, la fiesta: abundancia, alegría, celebración, plenitud.

Es digno de subrayar que en toda esta parábola no aparece en ningún momento la madre. Es que es un padre muy distinto a los padres fríos y distantes de la época de Jesús: es un Padre Misericordioso, un Padre Maternal. Eso es lo que pretende subrayar, con el lenguaje sublime del arte, el pintor Rembrandt en su muy famoso cuadro “El regreso del hijo pródigo”: El centro del cuadro son las manos que expresan amor, acogida, perdón. La mano izquierda, rugosa y firme, es la del Padre; la derecha, elegante y fina, la de la madre.

La parábola nos sigue contando que, cuando están en plena celebración, llega el hijo mayor y al enterarse de que su padre ha ordenado una fiesta porque ha regresado su hermano, no quiere entrar en la casa. El hijo mayor no puede aceptar un padre tan bondadoso, piensa que debería ser más justo y castigar al hermano que dilapidó la herencia. No entiende ni comparte tanta bondad y tanta misericordia. Encerrado en su supuesta perfección porque siempre ha cumplido con su deber de hijo, no es capaz de alegrarse de la vuelta del hermano, y por ello se niega a entrar. Es un fiel cumplidor de la ley, pero no sabe amar. No entiende que para entrar en la casa paterna, la puerta es siempre el hermano.

En la imagen del hermano mayor de la parábola aparece una magnífica descripción de los fariseos, que, fieles cumplidores de la ley, no pueden aceptar al Dios de Jesús, y por ello decidirán matarlo. En él estamos también reflejados nosotros, que no terminamos de aceptar que Dios sea tan bueno, pues preferiríamos que fuera más justo. Lo más duro de la fe cristiana es renunciar a las falsas imágenes que nos hemos hecho de Dios y abrirnos a la profunda sencillez de un Dios Amor. El Dios de Jesús no sabe castigar, sólo saber amar. Y nos pide que nos atrevamos a vivir como hijos, amándonos los unos a los otros, como Él nos amó, es decir, con un amor desinteresado, dispuesto a servir siempre, hasta dar si es preciso, la vida por los demás.

Por ello, la fe no consiste en creer en Dios, sino en afirmar y experimentar que Dios nos ama. Sentirse querido por Dios cambia la vida, cambia el corazón. Dios nos quiere no porque seamos buenos o justos, nos quiere sin más, como las Madres quieren a sus hijos no porque sean inteligentes o bonitos, sino porque son hijos. Por ello, cuando se portan mal, no dejan de quererlos, sino que sufren ellas porque saben que están adoptando una

conducta o emprendiendo un camino que los aleja de la verdadera felicidad.

Dios te quiere siempre, no puede dejar de quererte, te quiere sobre todo cuando te sientes perdido, cuando te encuentras triste, angustiado (a), deprimido (a). Cuando ya nadie te escucha, es cuando Dios te anda buscando solícito para que le cuentes tus tristezas y problemas. Cuando ya no importas a nadie, es cuando más le importas a Dios que quiere cargarte en sus brazos y recostarte sobre tu corazón.

Aceptar a Dios como Padre es raíz para cultivar la **autoestima y la confianza**, dos valores esenciales para que nuestras vidas tengan sentido y podamos alcanzar la plenitud y la felicidad. Si crees de verdad que Dios te ama incondicionalmente, no te podrás sentir nunca insignificante y solo. Para Dios vales mucho, te quiere como eres. El amor de Dios es la roca firme donde podemos afianzar nuestras vidas. De un Dios que nos ama más que nuestra madre, nos fiamos plenamente y podemos dejar en sus manos nuestras inquietudes, angustias y problemas con entera seguridad y esperanza. Por ello, clamamos felices con San Pablo: “Sé de quién me he fiado”.

Esta confianza da fuerzas para enfrentar las dificultades de la vida e incluso la misma muerte. Dios es un Dios de vivos. El Dios Todopoderoso es mi mamá. Nuestra vida, creada por amor, no se pierde en la muerte. Si el Padre resucitó a Jesús, la muerte no tiene la última palabra. Si Jesús es la Resurrección y la Vida, la fe nos lleva a afirmar que los que nosotros enterramos y abandonamos en la muerte, siguen vivos, más vivos que nunca, pues disfrutan de una vida más plena. La vida es camino a la Vida. La muerte es llegar a casa. Cuando lleguemos, nos espera nuestra Madre con la mesa puesta. Morir no es perderse en el vacío, lejos del Creador. Es entrar en la salvación de Dios, compartir su vida eterna, vivir transformado por su amor insondable. Por ello, la vida no termina en la nada, sino en unos brazos amorosos que nos esperan para adentrarnos en la dimensión profunda del amor¹⁰.

Ciertamente, todos necesitamos de un Dios como el de Jesús, un Dios enamorado de cada persona, amante, servidor, humilde, que impulsa a la vida, libera de miedos, despierta la responsabilidad y quiere la paz y la felicidad para todos, un Dios que no busca ser servido, sino servir a

¹⁰ Varias de estas ideas las he tomado, incluso textualmente, de los comentarios a las celebraciones dominicales de José Enrique Ruiz de Galarreta y José Antonio Pagola, que fielmente me envía mi amigo Ángel Martínez para alimentar mi espiritualidad.

hombres y mujeres, un Dios que ama a buenos y malos, y hace salir el sol para todos (Mateo 5, 45). Un Dios así es capaz de atraer y enamorar.

Actividades sugeridas:

Leer el capítulo 15 de Lucas y comentar la imagen de Dios que aparece reflejada en cada una de las tres parábolas. También podría ser muy conveniente escenificar alguna de ellas, en especial la del Hijo Pródigo, y sugerir otros nombres más adecuados que reflejen su contenido.

La imagen que aparece reflejada en las parábolas, ¿es nuestra imagen de Dios? ¿Es esa la imagen más común entre las personas que se consideran creyentes? Cuando oímos la palabra Dios, ¿qué pensamientos y sentimientos nos vienen a la mente y al corazón? ¿De verdad creemos que Dios nos ama sin condiciones? Si Dios es nuestro Padre, ¿nos estamos portando como hijos? ¿Hemos hecho nuestro el proyecto del Padre? ¿Cuál es ese proyecto? ¿Qué pensamos de la muerte?

Leer y comentar la siguiente parábola:

Huellas en la arena

Anoche soñé que andaba caminando con Jesús a la orilla de la playa bajo una luna plateada. Aparecían en el cielo escenas de mi pasado que yo contemplaba atónito. En cada escena, yo veía dos hileras de pisadas firmes que quedaban grabadas en la arena. Eran mis huellas y las huellas del Señor. Pero noté que en algunos trozos del camino de mi vida, sobre todo en los momentos de mayores problemas y dificultades, cuando mi corazón sangraba de angustia y de tristeza, sólo aparecía una hilera de huellas.

Entonces, volví mis ojos al Señor y le reclamé un tanto airadamente:

-No comprendo, Señor. Tú me dijiste que si yo me decidía a seguirte, tú siempre caminarías a mi lado, pero ahora veo que durante las partes más difíciles de mi vida sólo hay una hilera de pisadas, lo que me indica que me dejaste solo cuando más necesitaba de tu ayuda.

Entonces, el Señor me acarició con la más dulce de sus miradas y me dijo:

-Comprendo tu confusión y desconcierto. Pero nunca te dejé solo. Si te fijas bien, verás que en esos momentos difíciles de tu vida, cuando sólo aparece una hilera de pisadas, las huellas se hunden más profundas en la arena. Es que, en esas ocasiones, yo te llevaba cargado en mis brazos.

Después de los comentarios, pueden concluir orando este credo de José Enrique Ruiz de Galarreta¹¹:

*Yo creo sólo en un Dios,
en Abbá, como creía Jesús.
Yo creo que el Todopoderoso
creador del cielo y de la tierra
es como mi madre
y puedo fiarme de él.
Lo creo porque así lo he visto
en Jesús, que se sentía Hijo.*

*Yo creo que Abbá no está lejos
sino cerca, al lado, dentro de mí,
creo sentir su Aliento
como una Brisa suave que me anima
y me hace más fácil caminar.*

*Creo que Jesús, más aún que un hombre
es Enviado, Mensajero.
Creo que sus palabras son Palabras de Abbá,
creo que sus acciones son mensajes de Abbá,
creo que puedo llamar a Jesús
la Palabra presente entre nosotros.*

*Yo sólo creo en Un Dios,
que es Padre, Palabra y Viento
porque creo en Jesús, el Hijo,
el hombre lleno del Espíritu de Abbá.*

¹¹ Comentarios de J.E. Ruiz de Galarreta a la celebración litúrgica de la Santísima Trinidad, Domingo 30 de mayo de 2010, enviados por correo electrónico por Ángel Martínez.

4.- NUESTRO

Jesús no nos revela a un Dios Padre “mío”, sino Padre nuestro. Aceptar esto y orar el padrenuestro supone aceptar que todos somos hermanos y que, en consecuencia, debemos vivir como tales. Dios, Padre-Madre universal, nos convierte en familia. Sentirse hijo es intentar que todos vivan con la dignidad de hijos de Dios. Todo otro, sin importar su raza, condición social, pensamiento político, sin importar incluso cómo se porte, si es bueno o no lo es, si me cae bien o me cae mal, es mi hermano.

Jesús experimentó a Dios como Padre y por ello se hizo hermano de todos, incluso de los que lo odiaban. Por ello, se atrevió a proponernos un Mandamiento Nuevo: “Que se amen los unos a los otros como yo les he amado” (Juan 13, 34-35), es decir, con un amor servicial, desinteresado, constante, dispuesto incluso a dar la vida para que todos tengan vida y puedan vivir con la dignidad de hijos. Jesús no dice que ama: ayuda, cura, incluye, consuela, alimenta, da vida. No es posible, en consecuencia, sentirse hermano y no trabajar por un mundo donde nadie pase hambre, o sea despreciado y maltratado. Y ese amor debe abarcar a todos, incluso a los enemigos, a los que no merecen nuestro amor, pues todos son hijos de Dios, y en consecuencia, hermanos nuestros.

Seguir a Jesús es portarse con los demás como Él se portó, portarse como hijo y proseguir su misión que nos convoca al encuentro y la fraternidad, a combatir todo lo que amenaza e impide la vida para que todos puedan alcanzar su plenitud de hijos. La fe no consiste en recitar o aceptar una doctrina, o cumplir con unos ritos religiosos, sino en dedicar la vida a servir a los demás.

El amor práctico, de obras, el amor que nos enseñó Jesús, es lo que distingue a sus genuinos seguidores y se convierte en la “verdadera señal del cristiano”: “En eso conocerán que son mis discípulos: si se aman los unos a los otros”. En definitiva, Jesús más que una religión nos propone un modo de vida. O si lo prefieren, la religión que defiende Jesús es la del Buen Samaritano que se “compadeció” del herido y golpeado que encontró en el camino y acudió en su ayuda, cosa que no hicieron los supuestamente buenos y fieles cumplidores de la ley, el sacerdote y el doctor¹². Es también la religión del “conmigo lo hicieron”: el amor hecho servicio de Mateo 25: *“Tuve hambre y me dieron de comer; tuve sed y me dieron de beber; Fui forastero y ustedes me recibieron en su casa. Anduve sin ropas y me*

¹² Ver Lucas, 10, 25-37.

*vistieron. Estuve enfermo y fueron a visitarme. Estuve en la cárcel y me fueron a ver”.*¹³

El teólogo José María Castillo plantea que, si pretendemos en verdad ser fieles a Jesús, necesitamos plantearnos un “Modelo alternativo de religiosidad”: “Nuestra Iglesia -plantea Castillo- padece una hipertrofia de prácticas religiosas y una atrofia de convicciones evangélicas”. El teólogo comienza recordando que el cristianismo creció vertiginosamente en los siglos III y IV porque en esos años de fuerte crisis económica y social que se han conocido como “época de angustia”, los cristianos se organizaron en “comunidades de acogida” que ofrecían ayuda y alivio a los más necesitados. La iglesia en aquellos años llegó a ofrecer una especie de “seguridad social” a los enfermos, las viudas, los ancianos, los incapacitados, las víctimas de las epidemias, el maltrato o las guerras. Castillo insiste en que debemos recuperar ese espíritu servicial y se atreve a proponer que hoy *“el centro de interés y desvelo en cada diócesis, en cada parroquia, en cada convento debería ser la atención, la acogida, el cuidado de las personas que más sufren, que se ven más desamparadas, más desprotegidas, con un futuro más oscuro”*. Según Castillo, el volver al evangelio y a la religión de Jesús, daría a la iglesia credibilidad y verdadero sentido.

Jesús dejó bien claro que sólo es posible llegar a Dios mediante el servicio al hermano. Aunque, como expresa en el texto de Mateo que citamos más arriba, lo hagamos ignorando o incluso rechazando al propio Dios. Los que son declarados “benditos” no lo son por haber hecho el bien en su nombre, por motivos religiosos o de fe, sino simplemente por compasión con los que sufren; los “malditos” lo son a causa de su falta de corazón. La fe sin obras no sirve de nada. Los pobres, explotados y desvalidos no son sólo los bienaventurados, sino los que nos salvan a los demás, los que nos hacen benditos si dedicamos la vida a su servicio.

Para Jesús, Dios y prójimo son inseparables. No es posible amar a Dios y desentenderse del hermano. Servir a Dios es servir a los hombres. Amar al estilo de Jesús es hacer un lugar en el corazón a los que son despreciados, ignorados, maltratados: interesarse por todos, pero especialmente por los que no interesan a nadie. Saber “acercarse” a los heridos por la miseria o la violencia, pero también a los heridos por la soledad, la depresión, el sinsentido, la droga. “Acercarse” a ese joven que se siente solo, tener paciencia con el anciano que busca ser escuchado, estar junto a esos padres abandonados por sus hijos o que están en la cárcel, poner alegría en ese

¹³ Ver Mateo 25, 31 y ss.

niño solitario marcado por la separación de los padres, aliviar el hambre de los que no tienen qué comer, atender especialmente a ese alumno que todos desechan, abrazar al mendigo, al enfermo de sida, al niño de la calle...

Jesús nos enseña también que la vida no se nos ha dado para hacer dinero, para acumular títulos, para tener éxito y lograr un bienestar personal, sino para hacernos hermanos. Lo único importante es crear fraternidad. En palabras de Pagola, “el hombre más realizado no es, como se piensa, aquél que consigue acumular mayor cantidad de dinero, sino quien sabe convivir mejor y de manera más fraternal”. Para el mundo en que vivimos, es primero el que más tiene. Para Jesús, es primero el que más sirve con lo que tiene. Todo lo que tenemos (salud, dinero, inteligencia...) se nos ha dado para que lo pongamos al servicio de la vida, al servicio de los demás. Si nos dedicamos a utilizarlo exclusivamente para nuestro propio provecho, sin pensar en los demás, perdemos la vida, nos deshumanizamos. Y como nos lo recuerda la parábola de los talentos, a los que se nos ha dado mucho, se nos exigirá mucho. Los talentos, más que un privilegio, son una responsabilidad y un compromiso.

La espiritualidad cristiana es, en definitiva, encontrar a Dios en el hermano, sobre todo el más desvalido y miserable. Se trata de hacerse prójimo (próximo, acercarse) del golpeado, del débil, del enfermo, del despreciado, del que sentimos lejos. Ayudar a bajar de la cruz a los que hoy están siendo crucificados por la injusticia, la opresión, la violencia, la miseria. Ellos son los bienaventurados, los preferidos de un Dios amor, que los prefiere no porque tengan más méritos o sean mejores, sino precisamente por su debilidad y su carencia.

Aceptar que Dios es Padre NUESTRO, debe llevarnos a cultivar el valor **de la fraternidad que implica respeto, amabilidad, honestidad, servicio...** Se trata, nada más y nada menos, de ver a Dios en cada persona, en especial en los despreciados, maltratados, humillados...y actuar en su ayuda para que puedan vivir con la dignidad de hijos de Dios. Esto implica una transformación profunda de nuestra fe y nuestra religión para que expresen un modo de vida a lo Jesús.

Actividades sugeridas:

Leer y comentar (puede ser en pequeños grupos y luego en plenaria) la Parábola del Buen Samaritano y el texto citado de Mateo 25, que suele conocerse como “El Juicio Final” (También podrían ser representados).

¿Qué lecciones sacamos de esas lecturas? ¿Coincide nuestra visión de la religión con la visión que Jesús expresa en estos textos? ¿Nuestra vida refleja que somos personas de fe, seguidores de Jesús? ¿Qué debemos cambiar en nuestras vidas para seguir a Jesús con mayor coherencia y radicalidad?

A continuación leer el siguiente poema y compararlo con la historia del Mendigo que aparece después.

*Se consumieron mis velas
al pie del crucifijo.
En la calle había un pobre
con sus botas destrozadas.
Y volví para rezar al Cristo de madera.
¡No supe rezar, Señor,
a tu Amor en carne y hueso!*

(Caryll Houselander)

El mendigo

La noche era extraordinariamente fría y el pobre mendigo se estaba congelando. Sus ropas estaban empapadas de la nieve del camino, y nadie a esa hora y con esas pintas le iba a dar abrigo. Si no conseguía un lugar caliente, se moriría de frío. Buscó y buscó en vano por todas partes. Llegó a la iglesia y, para su sorpresa, estaba abierta. Entró, pero parecía una nevera de lo fría que estaba. Si no prendía una hoguera, secaba sus ropas y calentaba su cuerpo, moriría esa noche. No tenía fósforos, pero pronto vio una lamparita frente al sagrario. Haría una fogata con alguno de esos viejos bancos y así podría calentarse. Para prenderla necesitaba algún material de más fácil combustión. Buscó y buscó en vano, hasta que vio, junto al sagrario, un pequeño crucifijo hecho de tablitas y de paja bien tejida. Dudó, pero como ya no iba a poder soportar más el frío, lo agarró y prendió con él la hoguera.

-Ha cometido un crimen horrendo, un sacrilegio espantoso –vociferaba el sacerdote cuando a la mañana siguiente encontró al mendigo dormido junto al fuego-. Pido para él la pena de muerte.

Casi todos estuvieron de acuerdo. La noche anterior a la ejecución del mendigo, el sacerdote tuvo una horrible pesadilla. El Cristo grande de la iglesia empezó a sudar sangre y a estremecerse de dolor sobre sus clavos.

-¿Qué te pasa, mi Jesús? –le preguntó el sacerdote.

-Que mañana me van a matar de nuevo simplemente porque quemé un retrato mío.

¿Qué es lo que más nos ha impresionado de esta historia? ¿Qué lección sacamos de ella? ¿Tiene algo que ver con el poema de Caryl? ¿A qué cambios nos mueven ambos textos?

Para concluir, orar, con humildad pero con sincera determinación, la oración de San Francisco de Asís:

Señor, haz de mí un instrumento de tu paz.

*Que donde haya odio, ponga yo amor.
Que donde haya ofensa, ponga yo perdón.*

*Que donde haya discordia, ponga yo unión.
Que donde haya error, yo ponga verdad.*

*Que donde haya duda, yo ponga la fe.
Que donde haya desesperación
yo ponga un poco de esperanza.
Que donde haya tristeza, ponga yo alegría.*

*Haz que no busque tanto
ser consolado como consolar,
ser comprendido como comprender
ser amado como amar.*

*Porque dando es como se recibe,
es olvidando como se encuentra,
perdonando se consigue el perdón,
y es muriendo
como se resucita a la Vida Eterna.*

(Francisco de Asís)

Guardar unos minutos de silencio y que cada uno piense en alguna situación (puede ser en la familia, el centro educativo, la comunidad, el

país...) que, a la luz de la primera parte de la oración, debe ser mejorada. Después, el que quiera puede comentar a los compañeros la situación que va a tratar de mejorar y lo que se compromete a hacer para ello.

También, si lo prefieren, podrían orar con la Madre Teresa de Calcuta esta bellísima oración de la entrega total al prójimo:

*Señor, cuando tenga hambre, mándame alguien que necesite comida.
Cuando tenga sed, mándame alguien que necesite una bebida.
Cuando tenga frío, mándame alguien que necesite calor.
Cuando esté disgustado, preséntame alguien que necesite un consuelo.
Cuando mi cruz se haga pesada, hazme compartir la cruz del otro.
Cuando esté pobre, ponme cerca de alguien necesitado.
Cuando me falte tiempo, mándame alguien que necesite algunos minutos míos.
Cuando sufra una humillación, dame la oportunidad de alabar a alguien.
Cuando esté desanimado, envíame alguien que necesite ser animado.
Cuando tenga la necesidad de ser comprendido, mándame alguien a quien comprender.
Cuando tenga necesidad de que me cuiden, mándame alguien a quien cuidar.
Cuando piense en mí mismo, atrae mi atención hacia otra persona.
Hazme digno, Señor, de servir a nuestros hermanos, que viven y mueren pobres y hambrientos en este mundo de hoy.
Dales, a través de mis manos, el pan de cada día; y dales paz y alegría, gracias a mi amor comprensivo.*

5.- QUE ESTÁS EN LOS CIELOS

Yuri Gagarin fue un cosmonauta soviético que inició la era de las misiones espaciales tripuladas. Y cuentan que, cuando regresó de su viaje al espacio dijo con cierta ironía que “había estado en el cielo y no había visto a Dios”. La concepción infantil sobre el cielo que tenía Gagarin parece ser todavía muy común en muchas personas. Pero el cielo no es un lugar allá arriba, encima de las nubes, sino el encuentro con una Persona. Ir al cielo no es llegar a un lugar, sino entrar para siempre en el misterio del amor del Padre.

Neil Amstrong fue el primer astronauta en pisar la luna. A diferencia de Gagarin, sobrecogido por el misterio del orden cósmico, exclamó lleno de asombro: “Es imposible que este sistema se pueda sostener así, sin chocar uno con otro, sin que haya una mano superior que lo sostenga”. De hecho, el cosmos ha sido siempre un lugar privilegiado para llegar a Dios que manifiesta su esplendor y majestad en las obras de sus manos. Cuando Dios crea, no sólo regala a las creaturas el ser, sino que manifiesta en ellas su poder y su gloria. Dios crea amando y su amor las mantiene en la existencia. Por eso, la creación no es algo que sucedió hace millones de años, sino que sigue sucediendo porque Dios es aliento de existencia y vida. Dios sigue creando y actuando en el mundo y en la historia para llevarlos a su plenitud.

El salmo 104 es un cántico esplendoroso a la majestad de Dios Creador. El salmista invita a alabar a Dios al encontrarlo en todas las creaturas que son obra de sus manos y que El cuida, protege y mantiene en la existencia:

*¡Bendice al Señor, alma mía!
Eres grande, oh Señor, mi Dios,
vestido de honor y de gloria
envuelto de luz como un manto.*

*Tú despliegas los cielos como un toldo,
sobre las aguas pones tu aposento;
utilizas las nubes como carro
y caminas en alas de los vientos.*

*Tomas de mensajeros a los vientos
y como servidores a los rayos.*

*Construiste la tierra sobre bases
tan firmes que jamás se moverán.*

*Tú la vestiste del mar como de un manto
y sus aguas cubrían las montañas.*

*Se retiraron ante tu amenaza
y escaparon al ruido de tu trueno;
por los cerros subían,
bajaban a los valles
hasta el lugar que tú les señalaste;
opusiste a su avance una barrera
y así no inundarán la tierra entera.*

*Haces brotar vertientes en los cerros
que corren por el valle;
allí bajan las bestias de los campos
para calmar su sed;
cerca habitan las aves voladoras
que, entre el ramaje, lanzan sus gorjeos.*

*Desde lo alto riegas las montañas
y se llena la tierra
de frutos, obra tuya.
Tú haces brotar el pasto del ganado
y las plantas que sirven a los hombres,
para que de la tierra
obtengan su alimento,
vino que da contento al corazón,
aceite para darle brillo al rostro
y pan que da vigor al cuerpo.*

*Dios cuida bien los árboles,
los cedros que en el Líbano plantó;
allí anidan los pájaros
y habitan en su copa las cigüeñas;
las cabras se pasean por las cumbres
y en las rocas se esconden los conejos.*

*Tú creaste la luna para marcar el tiempo
y el sol que sabe a qué hora ha de ponerse.
Tú traes las tinieblas y es de noche,
cuando rondan las fieras de la selva.
Rugen los leoncitos por su presa
y al señor le reclaman su alimento.*

*Cuando el sol aparece, se retiran
y vuelven a acostarse en sus guaridas.
El hombre sale entonces al trabajo,
a su labor, que dura hasta la tarde.*

*Señor, ¡qué numerosas son tus obras!
Tú las hiciste a todas sabiamente,
tus criaturas se ven en todas partes.*

*Mira ese mar inmenso y espacioso,
allí bullen en número incontable
animales enormes y pequeños;
por allí pasean los navíos
y monstruos que creaste
para tu distracción.*

*Todas esas criaturas de ti esperan
que les des a su tiempo el alimento;
apenas se lo das, ellos lo toman,
tú abres la mano y sacian su apetito.*

*Si tú escondes tu cara, ellos se aterroran,
recoges tu Espíritu y se mueren
y retornan al polvo.
Si envías tu espíritu son creados
y así renuevas la faz de la tierra.*

*¡Que la gloria de Dios dure por siempre
y se alegre en sus obras el Señor!
Si él mira a la tierra, hay terremotos,
o si la toca, humean los volcanes.*

*Quiero cantar a Dios toda mi vida
y tocar para él mientras exista.
¡Ojalá que le agraden mis palabras!
Yo encuentro mi alegría sólo en él.
Que no haya más malvados en la tierra
y que no existan más los pecadores.*

¡Alma mía, bendice al Señor!

El salmo nos invita a encontrar a Dios en todas las criaturas. Todo lo que existe nos habla de Dios. Lo que pasa es que, llenos de ruidos y de prisas,

no somos capaces de escuchar su voz. En palabras de Tony de Mello “*Yo no sabía que el sol, la luna y las estrellas eran las palabras con que Dios me hablaba. Por eso, nunca había oído su canto*”.

A su vez, San Juan de la Cruz, nos dice en este excelente poema que Dios ha pasado y ha dejado sus huellas en la naturaleza:

*¡Oh bosques y espesuras
plantadas por la mano del amado!,
¡oh prado de verduras
de flores esmaltado!,
decid si por vosotros ha pasado.*

*Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con premura
y, yéndolos mirando,
vestidos los dejó de su hermosura.*

Sí, ciertamente, Dios “ha pasado” y ha dejado sus huellas en la naturaleza.

“La montaña habla de su grandeza. Y el agua de su transparencia. El fuego y el viento de su fuerza. Y la flor, de su belleza. La noche de su silencio y el día de su vida. Todo, en armonía increíble delata la presencia de Dios. Como si el corazón de Dios estuviera derramado en todas las cosas. Hacer la lectura del cosmos es situarse desde la contemplación, desde el asombro, desde la sorpresa, desde la admiración. Saliendo se sí se entra en las maravillas de Dios”¹⁴.

Los místicos son capaces de pasar horas y horas sobrecogidos de admiración y agradecimiento contemplando cualquier detalle del universo, o escuchando las voces de las piedras, del viento, de la lluvia. Para ellos, el cosmos es fuente de revelación de Dios porque es Dios quien llama a las cosas del no-ser para que sean. Dicen que Ignacio de Loyola, cuando paseaba por el jardín de su residencia, acariciaba con su bastón las flores y les decía “callad, callad que ya os entiendo”, pues era capaz de escuchar sus vocécitas que le hablaban de las maravillas y bondades de Dios. Algo semejante pensaba Anthony de Mello que escribió en su obra “Oración de la Rana”:

“Escucha, oye el canto del pájaro, el viento entre los árboles, el estruendo del océano; mira un árbol, una hoja que cae o una flor, como si fuera la primera vez. Puede que, de pronto, entres en contacto con la Realidad, con

¹⁴ Emilio L. Mazariegos: **La aventura apasionante de orar**”. San Pablo, Bogotá, 2004, pág. 145.

ese Paraíso del que nos ha arrojado nuestro saber por haber caído desde la infancia”.

Francisco de Asís fue capaz de sentir tan profundamente la presencia de Dios en todo lo creado que se hizo hermano del sol, del agua, del viento... y solía orar esta bellísima oración:

*Buen Señor;
tuyos son la gloria, el honor y toda bendición.*

*Alabado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el hermano Sol,
el cual hace el día y nos da la luz.
Y es bello y radiante con grande esplendor;
de ti, Dios nuestro, lleva significación.*

*Alabado seas, mi señor, por el hermano Viento
y por el aire, nublado, sereno, y en todo tiempo,
por el cual a tus criaturas les das sustentamiento.*

*Alabado seas, mi Señor, por la hermana Agua,
la cual es muy útil, humilde, preciosa y casta.*

*Alabado seas, mi Señor, por el hermano Fuego,
con el cual alumbras la noche,
y es bello, jocundo, robusto y fuerte.*

*Alabado seas, mi Señor, por nuestra madre Tierra,
la cual nos sustenta, gobierna,
y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.*

Necesitamos recuperar una mirada contemplativa, extasiada, para ver en todo la mano de Dios. Necesitamos, para ello, místicos, pero también artistas y poetas que nos ayuden a descubrir la belleza y abrirnos a la sorpresa de la existencia y de la vida. Somos un misterio entre misterios, en un mundo inexplicable de prodigios. Todo, desde la célula y el átomo más pequeños, que escapan a la penetración de nuestra mirada, hasta ese océano de galaxias y de estrellas, más numerosas que las arenas de los mares, es un misterio inexplicable. Einstein escribió que lo más incomprensible de la naturaleza es que sea comprensible. Por ello, afirmaba que podemos vivir como si no existiera el misterio, o vivir como si todo fuera misterio, y él, que fue uno de los científicos más admirables del mundo, vivió su vida con asombro humilde y agradecido, sobrecogido de

admiración ante el misterio de la existencia y de la vida. La mayoría, sin embargo, hoy vive la vida sin hacerse demasiadas preguntas, aceptando como normal y evidente lo que, puestos a pensar, es puro misterio inexplicable.

La naturaleza se nos ofrece como un libro abierto que nos revela las características de un Dios-Padre que envía la lluvia y el sol sin discriminación, igual para todos, y nos invita a seguir recreando el mundo, haciendo que lo creado para todos sirva a la vida de todos. Necesitamos sentir el amor del árbol que nos regala su sombra, sus flores y sus frutos; el amor de la brisa que nos acaricia el rostro; el amor del sol que nos brinda su luz y su calor y hace posible la vida, nuestra vida; el amor del agua que se nos ofrece humilde para calmar la sed, aliviar la fatiga y renovar la vida; el amor de las estrellas que cada noche nos regalan sus guiños de sonrisas...Dios nos ama y se nos regala en cada objeto de la creación. Respondamos a tanto amor con amor, y amemos también al árbol, al sol, a la brisa, al agua, a las estrellas...

La ciencia se esfuerza por explicarnos, por ejemplo, la evolución de la vida, pero jamás podrá explicarnos por qué existe la vida y una vida tan variada cuando lo más lógico sería que no existiera nada. Hay tres milagros imposibles que nunca podrá explicarnos la ciencia: la existencia del mundo, la aparición de la vida y el surgimiento de la vida humana inteligente, mediante la cual el resto del mundo puede ser comprendido y admirado. Desde que existe el ser humano, el universo es, por primera vez, un universo pensado, investigado, cuestionado. .. ¿Y cómo explicar el ingenio, la creatividad, el amor? Por todo esto, como dice un proverbio oriental “Si miras un árbol y sólo ves un árbol, no sabes observar. Si miras un árbol y ves un misterio, eres buen observador”.

Karl Barth llegó a decir de Mozart que supo de la creación más que muchos teólogos y la cantó como nadie. A su vez, el máximo escritor alemán de todos los tiempos, Johann Wolfgang Goethe, autor de la monumental obra **El Fausto**, admiraba tanto a Mozart que consideraba su ingenio una excelente prueba de la existencia de Dios. “Dios se manifiesta –escribió– en los milagros que se producen en algunos hombres que nos asombran y desconciertan”. En los milagros de la inteligencia, en los milagros de la belleza, en los milagros de la generosidad y de la bondad. ¿Cómo no ver a Dios en la vida de tantas personas generosas, en los destellos de sus rostros llenos de ternura, en su capacidad de entrega desinteresada y de amor inquebrantable?

Pocos saben quizás que la famosa “Oda a la alegría” que Schiller compuso y Beethoven inmortalizó en su Novena Sinfonía termina casi todas sus estrofas hablando del “Padre amante que habita más allá de las estrellas”. En un momento pregunta: “Mundo, ¿no presientes al creador?”

Nuestra actual cultura que promueve el tener y el consumir como valores esenciales, nos lleva a admirar y ponernos de rodillas ante las baratijas y objetos que continuamente crea y recrea el mercado para atrapar nuestro corazón, y somos incapaces de contemplar asombrados el profundo misterio que se esconde en todo: en la mera existencia de una piedra, de una gota de agua, en el inexplicable prodigio de la vida, tan variada y sorprendente.

Por todo esto, cuando oramos en el Padrenuestro que “estás en los cielos” queremos expresar que Dios está presente en todo lo que existe, dándole el ser, haciendo posible su existencia. Por ello, Dios está en el cielo, en la tierra, en el agua, en las flores, en la brisa, en las estrellas, en el átomo y en las galaxias... El Dios Padre-Madre tan cercano a nosotros como lo puede ser un niño al corazón de su madre, es también el Dios creador, cuya gloria resplandece en todo lo que existe.

Dios está en el centro de nuestra vida aun estando más allá de ella. De ahí la necesidad de buscarlo y encontrarlo en nuestras tristezas, en nuestras alegrías, en la fragilidad de nuestro amor, en nuestras debilidades y en nuestros anhelos por hacer un mundo mejor. El cielo comienza en la tierra. Creer en el cielo es querer ser fiel a la tierra hasta el final. Quien no hace nada por cambiar este mundo, no cree en el cielo. Los cristianos hemos sido acusados numerosas veces de habernos olvidado de la tierra y sus problemas, por haber puesto excesivamente nuestros ojos en el cielo. De hecho, no podemos ignorar que muchos recurrieron a una teología salvacionista para justificar la pobreza, la injusticia e incluso la explotación más despiadada. No están tan lejanos los días en que se le pedía a los oprimidos paciencia y resignación como camino para ir al cielo, pues así lo quería Dios. Invocar al Padre que está en los cielos es trabajar en esta tierra para que todos podamos vivir como hijos y como hermanos. Los cristianos no podemos tolerar ni mucho menos justificar un mundo como el actual tan lleno de odios, sangre, violencia e injusticias. Es hora de que asumamos que creer en el cielo es amar profundamente a la tierra y apoyar los anhelos humanizadores de todos los que trabajan por un mundo mejor

Al comentar en el capítulo anterior la palabra NUESTRO, subrayamos el valor de la **fraternidad** e invitamos a trabajar por hacernos hermanos de todas las personas, sin importar raza, nacionalidad, condición social... Aquí podemos trabajar el valor de la **contemplación** y también el de la **fraternidad ecológica** para que nos sintamos hermanos del agua, del árbol, de la brisa, de los animales, y nos propongamos cuidar y respetar la naturaleza.

Actividades sugeridas

Podría ser conveniente que los participantes conversen y comenten sobre lo que conocen sobre los problemas ambientales, la contaminación del agua y del aire, el hueco en la capa de ozono, la desaparición de los glaciares y el calentamiento de la tierra, la destrucción de los bosques, la posible muerte del planeta. Sería conveniente que, después, cada uno hiciera un propósito concreto de mejorar algo en su conducta consumista o contaminadora y que se propusieran entre todos una campaña para mejorar algún ambiente contaminado o sucio.

A continuación, pueden recitar y orar las **Alabanzas Venezolanas a Dios**, admirando la belleza de nuestro país y sintiendo el amor privilegiado de Dios que se muestra tan generoso y bueno con nosotros y con nuestra tierra:

Bendigamos a Dios que creó la tierra que habitamos y nos la da como tarea y como gozo.

Bendigamos a Dios, que conserva nuestra fauna y nuestra flora y nos regala el venado y el turpial, el apamate y el araguaney.

Bendigamos a Dios, que nos sorprende con el Catatumbo luminoso del Zulia y nos acuna con los crepúsculos sonoros de Lara.

Bendigamos a Dios, que da sombra a los cafetos del Táchira y fecunda las piñas y las flores de Trujillo.

Bendigamos a Dios, que hace crecer las orquídeas en Monagas y llena de peces los mares de Sucre.

Bendigamos a Dios, que posibilita la industria en Carabobo y Aragua y conserva intacta la Gran Sabana, como horizonte inmenso para nuestros ojos.

Bendigamos a Dios, que dirige el cauce del Orinoco y alimenta las garzas y mece las palmeras de Apure.

Bendigamos a Dios, que riega nuestros llanos por el día y siembra su cielo de estrellas y canciones por las noches.

Bendigamos a Dios que asienta sobre las aguas las islas de Nueva Esparta y llena su tierra de playas y su mar de perlas y manglares.

Bendigamos a Dios que cubre los Andes con nieve que cruje al ser pisada y hace florecer el frailejón en los páramos.

Bendigamos a Dios, que produce pastos que alimentan las reses de Perijá, Santa Bárbara y Carora, y las tornan fecundas en carne y leche para nuestros hijos.

Bendigamos a Dios que envía lluvia y sol sobre los pinos de Uverito y conserva las selvas de Amazonas que facilitan la vida.

Bendigamos a Dios, que propaga el petróleo en nuestro suelo y esparce la caña dulce y el ajonjolí en nuestros valles.

Bendigamos a Dios, que esconde el hierro en los montes de Guayana y multiplica el maní en la Mesa de Guanipa.

Bendigamos a Dios, que abre a nosotros el mar ancho del litoral, y facilita la navegación de barcos con alimentos y máquinas que ayudan nuestro progreso.

Bendigamos a Dios, que nos da escuelas, liceos y universidades, abre caminos de esperanza para la educación de nuestros niños, adolescentes y jóvenes.

Bendigamos a Dios, que diariamente alimenta Canaima, el Salto Ángel, la Llovizna y sostiene con sus manos el cerro el Ávila, el estero de Camaguán y la laguna de Tacarigua.

Bendigamos a Dios, por las obras buenas de los hombres y por los deseos de hacer una patria mejor.

Bendigamos a Dios, que nos congrega de razas distintas y forma con nosotros un pueblo de hermanos.

Bendigamos a Dios, que nos une en Iglesia para escuchar su palabra y para realizarla en nuestro trabajo diario.

Bendigamos a Dios, que nos ofrece una Madre en nuestra Señora de Coromoto, en la Virgen del Valle y en la Chiquinquirá.

Bendigamos a Dios Padre, que nos hace hermanos, al Hijo que nos libera y al Espíritu Santo que nos santifica.

Bendigamos a Dios con nuestras obras y con nuestras palabras ahora y por todos los siglos.

Amen.

(P. Hermógenes Castaño)

Por supuesto que un texto como el de las “Alabanzas Venezolanas a Dios” se presta a múltiples actividades geográficas, económicas, de ubicación, investigación... Un docente creativo tiene aquí un riquísimo filón para nutrir su creatividad y realizar diversas actividades pedagógicas muy ricas.

También se les puede sugerir a los participantes que complementen estas Alabanzas Venezolanas a Dios añadiendo otros elementos de la riqueza o belleza de Venezuela.

Otra actividad podría ser que cada participante elabore su listado personal de alabanzas a Dios por todo lo que ha recibido de Él. Si lo desean, pueden compartir sus alabanzas con los compañeros.

También podrían leer y analizar la historia siguiente y comentar por qué el espía responde que el rabino subió más arriba del cielo. ¿Cuál es, en consecuencia, la idea de cielo que aparece en la historia?

El rabino santo

Había una vez un rabino que tenía fama de santo. La gente vivía intrigada porque todos los viernes desaparecía sin que nadie supiera a dónde iba. Dada su bondad y su fervor, comenzó a correr el rumor de que, en esas ausencias de los viernes, el hombre subía al cielo y se entrevistaba directamente con el Todopoderoso.

Para salir de dudas, encargaron a un empleado de la sinagoga que siguiera en secreto al rabino y averiguara a dónde iba. El viernes, el espía siguió al rabino a las afueras de la ciudad y hora y media después, cuando sus piernas ya flaqueaban de cansancio porque los pasos del rabino eran muy vigorosos, descubrió que éste se quitaba sus ropas y se ponía otras muy pobres, como si fuera un campesino. Así vestido, entró en un rancho miserable donde se dedicó a atender a una mujer no judía que estaba enferma.

En las horas siguientes, el rabino lavó y planchó la ropa de la enferma, le preparó comida para ese día y para el sábado, limpió la casa, hizo algunos arreglos y cortó leña para alimentar el fuego de la semana.

Cuando el espía regresó a la congregación, todos los miembros de la comunidad le rodearon ansiosos.

-¿A dónde fue el rabino? –le preguntaron-, ¿le viste subir al cielo?

-No –respondió el espía-, le vi subir mucho más arriba.¹⁵

¹⁵ Tomado de Armando José Sequera, **Cuentos de Humor, Ingenio y Sabiduría**. San Pablo, Caracas.

6.- SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

“Santificado sea tu nombre” es la primera de las siete peticiones que aparecen en el Padrenuestro. Las tres primeras se dirigen al Padre y utilizan el pronombre Tu que demuestra cercanía, amistad (“tu nombre”, “tu reino”, “tu voluntad”). Expresan deseos y compromisos de los hijos que desean que el Padre a quien aman sea reconocido y alabado por todos. Las otras cuatro peticiones tienen que ver con nosotros, los hijos, y cambian el tu por nosotros (“danos el pan”, “perdónanos”, “no nos dejes caer” “líbranos”). Expresan necesidades y ruegos para poder vivir como hijos.

Santificar significa alabar, bendecir, glorificar. A su vez, el nombre expresa lo esencial de una persona, su identidad. Según Jesús, el nombre de Dios es Abbá, Amor, Padre Maternal. Cuando se ama de verdad a una persona, se busca que todos la conozcan, la valoren, la respeten, la bendigan, es decir, hablen bien de ella (bene-dicere: hablar bien). Al decir “santificado sea tu nombre”, estamos diciendo que amamos y respetamos a Dios, y estamos expresando también nuestros deseos de que todas las personas puedan reconocer y alabar a Dios como su Mamá, un ser que nos ama infinitamente a todos y a cada uno y que no puede dejar de amarnos. Que todos, en respuesta a ese amor, puedan quererlo y confiar en Él.

Si Dios es Amor, debemos abandonar de una vez todas esas imágenes de dioses falsos, celosos de la gloria y el poder del hombre, de esos ídolos que esclavizan los corazones y los llenan de temor. El Dios tirano y dominador es un fantasma que no existe. Jesús nos trajo la excelente noticia de que Dios no es un ser que exige sacrificios, cuya cólera hay que aplacar con inciensos, grasas de animales, sangre u ofrendas, amante de la violencia y de las guerras, ni es tampoco un juez frío e insensible que hay que rogarle para que se apiade de nosotros, sino que es, como lo venimos repitiendo, un ser tan cercano a nosotros como lo es un niño al corazón de su madre.

Si todo el mundo aceptara a un Dios así, se acabarían las guerras, la violencia, la injusticia y la explotación. Si Dios es Padre-Madre, no puede haber guerra santa. Toda guerra es una calamidad, una renuncia a la humanidad, una depravación de la fe, un negocio asqueroso. Durante miles de años se viene explotando, matando, abusando en nombre de Dios. Basta ya de utilizar el nombre de Dios en vano, basta ya de blasfemar y de cubrir nuestras ambiciones y egoísmos bajo el manto de la religión y de Dios. Dejemos de creer y opongámonos con decisión a los que cultivan una fe en esos dioses amigos de la muerte, que no curan, que no atienden a los desamparados, que no dan paz, que llenan el corazón de resentimiento e ira.

San Ireneo escribió que “la gloria de Dios es que el hombre viva”, recogiendo las enseñanzas de Jesús que dijo que había venido para que todos tengamos vida y la tengamos en abundancia¹⁶. Santificar el nombre de Dios va a exigirnos esforzarnos por vivir de tal modo que nuestra vida pueda expresar la gloria y santidad de Dios, es decir, trabajar para que todos nuestros hermanos puedan vivir con la dignidad de hijos del Padre. En definitiva, Dios es santificado cuando nuestra vida es santa, cuando las personas puedan asomarse a la bondad de Dios al ver cómo actuamos nosotros. Alabar a Dios es hacer el bien, vivir para los demás, trabajar por el proyecto de Jesús, por el Reino, como lo va a expresar la siguiente petición del Padrenuestro.

En definitiva, ser cristiano, seguir a Jesús, es aceptar la misión de anunciar con nuestra palabra y con nuestra vida la Buena Noticia de que Dios es Padre y quiere que vivamos como hermanos, lo que implica combatir toda actitud o conducta que siembra división, exclusión, injusticia, violencia, muerte. Donde se libera a las personas, allí se santifica a Dios.

No basta alabar a Dios con los labios si la vida no respalda la alabanza. Es necesario unir oración y conducta. Convertir la oración en vida y hacer de la vida una oración.

Ignacio de Loyola inicia sus Ejercicios Espirituales planteando de este modo el Principio y Fundamento de nuestras vidas, es decir, nuestra razón de ser, los cimientos sobre los que debemos edificar nuestra existencia si queremos alcanzar la plenitud:

1. El hombre es creado por Dios para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor; consistiendo en esto la realización de las personas.

2.-Y las otras cosas que están sobre la tierra, son creadas para el hombre, para que le ayuden a conseguir el fin para el que es creado. De donde se sigue que el hombre tanto ha de usar de ellas cuanto le ayuden para su fin, y tanto las ha de dejar cuanto para ese fin le impiden.

3.-Por lo tanto, es necesario hacernos libres (indiferentes) ante todo, de tal manera que no queramos, de nuestra parte, más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y así en todo lo demás.

¹⁶ Ver Juan 10,10.

4.-Solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce para el fin que somos creados.

Dios nos creó por amor y, en consecuencia, para la felicidad. La vida se nos ha dado para dar vida. Alabar a Dios, como hemos dicho, es servir a los hermanos, trabajar para que todos puedan vivir como hijos. Todas las cosas que tenemos son dones que debemos poner al servicio de la vida, al servicio de los demás. Nuestra pasión, como seguidores de Jesús, debe ser la suya: “En todo amar y servir a todos”. De ahí que respetamos por completo lo que Dios quiere de nosotros y nuestro deseo de alabar a Dios y de servir a los hermanos, lleva a hacernos indiferentes a lo que nos pasa porque, arrojados en los brazos amorosos del Padre, aceptamos por igual la salud o la enfermedad, los éxitos o los fracasos, pues en todo lo que nos sucede vemos la mano amorosa de Dios.

Orar “santificado sea tu nombre” implica cultivar los valores del **respeto, alabanza, responsabilidad y coherencia entre palabra y vida**. Sería bueno revisar si nuestras palabras y nuestras vidas bendicen a Dios y a sus hijos, nuestros hermanos. Como ya lo señalamos, bendecir viene del latín, bene-dicere, es decir, hablar bien, no murmurar, no chismear, no decir palabras que ofendan o insulten.

Actividades sugeridas

Para profundizar en estas ideas y revisar si nuestras vidas alaban realmente a Dios, puede ayudar leer la siguiente historia y analizarla a la luz de lo que entendemos ahora por alabar y santificar a Dios.

Cuentan que, en cierta ocasión, Francisco de Asís invitó a un fraile joven a que le acompañara a la ciudad a orar y alabar a Dios. Se pusieron en camino y cuando llegaron estuvieron un buen rato saludando con cariño a las personas que encontraban. De vez en cuando, se detenían para acariciar a un niño, consolar a un anciano, ayudar a una señora que volvía del mercado cargada de bolsas.

Al cabo de un par de horas, Francisco le dijo al compañero que ya era hora de regresar al convento.

-Pero ¿acaso no vinimos a orar y alabar a Dios? ¿Cómo vamos a irnos ya si ni siquiera nos hemos acercado a la Iglesia?

Francisco le dijo con una sonrisa muy dulce:

-Hemos estado orando y alabando a Dios desde que salimos del convento. Alabamos a Dios cuando tratamos con cariño a los hermanos. ¿Acaso no viste cómo la gente observaba nuestra alegría y se sentía consolada con nuestros saludos, nuestra ayuda y nuestras sonrisas?

Para la conversación, el análisis y el intercambio, pueden ayudar las siguientes preguntas:

-¿La conducta de Francisco de Asís y su compañero ¿santificaban el nombre de Dios? ¿Podríamos considerar este modo de actuar como un modo de alabar a Dios? ¿Cuál es la oración que realmente agrada a Dios?

-¿Nuestras vidas santifican el nombre de Dios? ¿Qué nos proponemos cambiar para que podamos orar con mayor sentido y coherencia esta primera petición del Padrenuestro?

También, si lo desean, pueden analizar y comentar la siguiente historia:

Cuentan que, en cierta ocasión, llegó un misionero a un pueblo indígena. Los habitantes del pueblo recibieron al misionero con mucha amabilidad y se dispusieron a escucharle.

-Vengo a traerles la noticia de un Dios Padre, que nos quiere a todos y desea que vivamos como hermanos, sirviéndonos y ayudándonos unos a otros. ¿Van a aceptar la noticia que les traigo y a recibir en sus corazones a ese Dios Padre que nos ama a todos como verdaderos hijos?

Calló el misionero y los indígenas permanecían en silencio.

-¿Lo aceptan o no lo aceptan? –insistía desconcertado el misionero.

Al rato, se alzó serena la voz del cacique que dijo:

-Quédate a vivir con nosotros unos días y si en verdad vives lo que quieres enseñarnos, entonces volveremos a escucharte.

Concluir orando juntos la siguiente oración:

*Padre,
hoy queremos darte gracias
por todo lo que hemos recibido de Ti.
Gracias por la vida y por el amor,
por los niños y por las madres,
por las flores, por el aire y por el sol,
por la alegría y por el dolor,
por lo que fue posible y por lo que no lo fue.*

*Padre,
te ofrecemos todo lo que somos y hacemos,
nuestro trabajo y nuestros sueños,
nuestras ansias de seguirte*

y también nuestros desánimos, cobardías y miedos.

Padre,

haz que nuestros ojos vean lo que Tú ves.

*Haz que nuestros oídos oigan el estruendo de tu voz
en las ondas de lo creado.*

*Haz que nuestro hablar sea un baño de palabras de néctar
que se viertan sobre las personas presas de amargura.*

*Haz que nuestros labios sólo canten
los cantos de tu amor y tu alegría.*

Padre,

realiza por medio de nosotros la obra de tu verdad.

Ten nuestras manos ocupadas en servir a todos.

*Haz que nuestra voz esparza de continuo semillas
de amor para Ti,*

en el terreno de los hombres que te buscan.

*Haz que nuestros pies avancen siempre
por el camino de la justicia.*

Guíanos de la ignorancia a tu luz.

Padre,

*mueve nuestro corazón y haznos sentir simpatía
por todas las criaturas vivientes.*

*Que nuestra vida sea tu fuerza para hacer justicia
entre los seres vivos.*

Que tu palabra sea maestra de la nuestra.

*Haz que pensemos con tus pensamientos,
que nuestra mano sea tu mano, nuestros pies tus pies,
para que podamos testimoniar con nuestra vida
tu amor y tu perdón.*

Padre,

llénanos de bondad y de alegría

para que todas las personas

que encontremos en nuestro camino

puedan descubrir en nosotros

un poquito de Ti

de modo que todos

puedan bendecir y glorificar tu nombre.

7.-VENGA A NOSOTROS TU REINO

El reino de Dios constituye el centro de la predicación y pasión de Jesús. A anunciarlo y construirlo va a dedicar toda su vida, desde que, arrastrado por el Espíritu, abandona su hogar de Nazaret y se dedica a proclamar la Buena Noticia de que: “El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca” (Mc. 1, 14-15). Los destinatarios primarios son los pobres, los excluidos, las víctimas de cualquier tipo de discriminación o explotación. Los que no interesan a nadie, son los que más interesan a Dios. En el reino de Dios, los últimos, los que no tienen cabida ni importancia en los reinos temporales, son los primeros, y no porque sean mejores, sino porque son los más necesitados. El corazón de Dios, como es el corazón de las madres, siempre prefiere a los que tienen más carencias y problemas.

Según Jesús, Dios tiene un proyecto para la humanidad: quiere una nueva sociedad en la que reine la fraternidad, la solidaridad, y la igualdad entre todos los hombres. Como Padre-Madre de todos, no quiere que siga reinando la injusticia, la violencia, la explotación; que haya hijos que pasen hambre, no tengan techo, educación, acceso a la salud, sean maltratados por su raza, condición social, o por haber nacido en países o pueblos empobrecidos y saqueados. Quiere una sociedad donde se privilegie a los más débiles, pobres y pequeños, a los que tienen carencias y problemas porque son los que más necesitan atención y ayuda.

Dios quiere reinar en los corazones y gobernar en la vida de las personas para que actúen como hijos y trabajen por una sociedad nueva donde todos vivamos como hermanos. Y eso que Dios quiere es lo que viene a hacer Jesús y lo que nos pide a sus seguidores. Por ello, seguir a Jesús es proseguir su misión hasta conseguir verdaderamente que Dios y su Amor reinen en el mundo. De ahí que no podemos justificar nuestra mediocridad apelando al amor de Dios: No importa cómo me comporte porque Dios me va a querer siempre. El seguimiento a Jesús implica coraje, determinación, responsabilidad para responder a su amor con amor y portarme como hijo, mucha fortaleza para caminar en contra de un mundo y una cultura que nos proponen el egoísmo, el consumismo, el poder como medios para encontrar la plenitud y la felicidad.

No hay la menor duda de que Jesús vivió por completo para el reino. En palabras de José Antonio Pagola *“podemos decir que la causa a la que Jesús dedica en adelante su tiempo, sus fuerzas y su vida entera es lo que él llama el ‘reino de Dios’. Es sin duda, el núcleo central de su predicación, su convicción más profunda, la pasión que anima toda su actividad. Todo lo que dice y hace está al servicio del reino de Dios. Todo*

adquiere su unidad, su verdadero significado y su fuerza apasionante desde esa realidad. El reino de Dios es la clave para captar el sentido que Jesús da a su vida y para entender el proyecto que quiere ver realizado en Galilea, en el pueblo de Israel y, en definitiva, en todos los pueblos. Lo dicen todas las fuentes. Jesús no enseña en Galilea una doctrina religiosa para que sus oyentes la aprendan bien. Anuncia un acontecimiento para que aquellas gentes lo acojan con gozo y con fe. Nadie ve en él a un maestro dedicado a explicar las tradiciones religiosas de Israel. Se encuentran con un profeta apasionado por una vida más digna para todos, que busca con todas sus fuerzas que Dios sea acogido y que su reinado de justicia y de misericordia se vaya extendiendo con alegría. Su objetivo no es perfeccionar la religión judía, sino contribuir a que se implante cuanto antes el tan añorado reino de Dios y, con él, la vida, la justicia y la paz”¹⁷.

Las palabras de Jesús encuentran un eco profundo en las aspiraciones de vida digna del pueblo maltratado y se entroncan con toda la tradición bíblica que había anunciado con insistencia la llegada definitiva de un Mesías que les libraría de toda injusticia y de toda explotación e inauguraría el reinado definitivo de Dios. Lo que anuncia Jesús sí es en verdad una Buena Noticia que pone a latir aceleradamente los corazones de pobres, enfermos y excluidos y los llena de alegría y de esperanza. Dios no es amigo de los poderosos, de los que explotan y maltratan, sino de los que no tienen nada ni a nadie. Dios va por fin a reinar en sus vidas y su reinado va a traer abundancia, alegría, fiesta. Si Dios viene a reinar no es para manifestar su poderío, sino su bondad y su misericordia. El reino de Dios es la respuesta definitiva al sufrimiento humano. Es como una fiesta o un gran banquete de bodas que abre sus puertas a los pobres, leprosos, viudas, mendigos, a todos los que siempre encontraron las puertas cerradas al banquete de la vida, los que siempre vieron negados sus derechos¹⁸. Así lo habían concebido y anunciado desde antaño los profetas. Porque “el reino de Dios es:

*Que corra el derecho como agua,
la justicia como una fuente que no se termina.
(Amós 5, 24).*

*Justicia y derecho, amor y compasión
(Oseas 2, 21).*

*Abrir las prisiones injustas,
desatar las amarras, los grillos y cadenas,*

¹⁷ José Antonio Pagola, **Jesús, Aproximación histórica**. PPC, Madrid, 2008, capítulo 4.

¹⁸ Ver Lucas, 14, 15-24)

*dejar libres a los oprimidos,
romper toda clase de yugo,
partir tu pan con el hambriento,
hospedar a los pobres sin techo,
vestir al que ves desnudo
y no encerrarte en tu egoísmo
(Isaías, 58,6-7).*

*Hacer justicia al huérfano y oprimido
y ya no nos dominarán hombres de barro
(Salmo 10, 18).*

*Librar al débil del más fuerte,
al pobre del explotador
(Salmo 35, 10).*

*Juzgará con justicia al bajo pueblo,
salvará a los hijos de los pobres,
pues al opresor aplastará
(...)*

*Librará al mendigo que a él clama,
al pequeño que de nadie tiene apoyo;
él se apiada del débil y del pobre,
él salvará la vida de los pobres;
de la opresión violenta rescata su vida,
y su sangre que es preciosa ante sus ojos.
(Salmo 72, 1-4; 12-14)*

*El su lealtad conserva siempre,
y su justicia da a los oprimidos,
proporciona su pan a los hambrientos.
El señor deja libres a los presos.*

*El Señor da la vista a los ciegos,
el Señor endereza a los encorvados,
el Señor ama a los justos;
da el Señor protección al forastero,
y reanima al huérfano y a la viuda,
mas desvía el camino de los malvados.
El Señor reina para siempre,
tu Dios, Sión, de generación en generación.
(Salmo 146, 6-10)*

*Practicar la justicia,
amar con ternura
y caminar humildemente con tu Dios
(Miqueas 6, 8).¹⁹*

Una de las meditaciones claves que coloca San Ignacio de Loyola en sus Ejercicios Espirituales es la invitación que hace Jesús a sus seguidores a militar bajo su bandera, es decir a responder con decisión el llamado de acompañarle en su misión de construir el reino. Jesús nos necesita y cuenta con nosotros. Como ya dijimos más arriba, mis talentos no son míos, son para que los ponga al servicio del reino. El seguimiento no es un privilegio, sino un compromiso. Seguir a Jesús va a suponer hacer nuestro su modo de vida: actuar en todo como actuó Jesús, mirar como miró Jesús, escuchar como escuchó Jesús, ser sus manos para bendecir y acariciar a los necesitados, sus pies para acudir en ayuda del herido y despreciado, su corazón para amar a todos.

En el corazón de Jesús reinó siempre la bondad, la misericordia, la sencillez, el amor. ¿Es eso lo que reina en los nuestros, o más bien reina el ansia de sobresalir, de ser más que los demás, la envidia, la agresividad, el afán de acaparar y consumir, el desprecio a los débiles y pequeños?

La madre Teresa de Calcuta decidió entregar su vida a seguir con radicalidad a Jesús en su empeño de establecer el reino de Dios. Por ello, trató de actuar en todo como Él. Y decía que, cuando acariciaba a un enfermo, quería que ese enfermo sintiera, a través de sus manos, la calidez y el cariño de Dios. Todo el que se entrega a hacer una vida más digna para todos, el que se opone a la explotación y la injusticia está trabajando por el reino. En consecuencia, es inconcebible un cristiano, es decir, un seguidor de Jesús, que no sienta compasión por sus hermanos y pasión por transformar el mundo.

Pero el reino de Dios no se impone desde fuera por la fuerza, sino que va naciendo en el interior, como en la noche oscura de la tierra el grano de trigo muere para transformarse en espiga. Es como la levadura que transforma y levanta la masa de la vida. Por ello, implica una profunda conversión para hacer nuestros los valores y criterios de Jesús. Y esos valores son los que salvan la vida de la trivialidad y la banalidad y la colman de alegría y de felicidad. Por ello, el reino es también como una perla o un tesoro oculto en un campo que cuando alguien lo halla vende todo lo que tiene porque ha encontrado algo que llena de alegría y sentido

¹⁹ Tomado de Ignacio Huarte, **Despertar a la vida diferente**. Estudios, Caracas, 2008, pág. 166 y ss.

su vida y en consecuencia, no le importa lo demás²⁰. El reino de Dios es un “estado de fiesta”, una fiesta interior que llena la vida de alegría y la libera de las ataduras y cadenas que la oprimen e impiden encontrar la verdadera felicidad.

Por todo esto, y como queda claramente reflejado en las parábolas, el reino de Dios es semejante a una perla, a un tesoro, a una mujer que hace pan, a las cosas más sencillas de la vida diaria. Jesús nos invita a convertir en reino los acontecimientos más simples de la vida diaria. A través de los relatos de las parábolas, Jesús nos enseña que el reino de Dios lo podemos empezar a construir aquí, en cada momento: al sembrar una semilla, al pescar con una red, al acudir a un banquete de bodas, al tratar a los demás, al cumplir con el trabajo, al acompañar a un amigo, al limpiar la casa, al estudiar, al amar, al realizar con cariño la rutina de cada día²¹.

En su obra “Los justos”, el filósofo y novelista Albert Camus nos presenta un diálogo entre Kaliayev, preso por atentar contra el régimen zarista, y Foka, preso común encargado de limpiar su celda. El diálogo evidencia esa concepción tan común en muchos filósofos ateos o antiteos que consideran que el reino de Dios impide entregarse a resolver los problemas concretos de la gente:

Kaliayev: Todos seremos hermanos y la justicia hará transparentes nuestros corazones. ¿Sabes de qué te hablo?

Foka: Sí, del reino de Dios (...)

Kaliayev: No hay que decir eso, hermano. Dios no puede nada. ¡La justicia es cosa nuestra! ¿No comprendes? ¿Conoces la leyenda de San Demetrio? (...) Tenía cita en la estepa con el mismo Dios, y allá iba de prisa cuando encontró a un campesino con el carro atascado. Entonces San Demetrio lo ayudó. El barro era espeso, el bache profundo. Hubo que luchar durante una hora. Y al terminar, San Demetrio corrió a la cita, pero Dios ya no estaba.

Foka: ¿Y entonces?

*Kaliayev: Y entonces están los que siempre llegarán tarde a la cita porque hay demasiadas carretas atascadas y demasiados humanos que socorrer.*²²

²⁰ Ver el capítulo 13 de Mateo donde el evangelista recoge una serie de parábolas del Reino.

²¹ Ver González, Alba Crsitina, **Orar con las parábolas del reino...para hacer divinos los caminos.**

Desclee de Brower, 2007.

²² Albert Camus, **Los Justos.** Alianza, 1950.

Lo que ignoraban Kaliayev y Camus era que el hombre no había llegado tarde a la cita con Dios, sino que se había encontrado con Él, precisamente cuando se dedicó a ayudar al hombre con la carreta atascada en el barro. Es lo que expresa con claridad esta historia titulada “Cita con Dios”:

Por fin el Buen Dios decidió complacer la petición de una entrevista a aquel piadoso artesano. ¡Se la había solicitado tantas veces y tan ardientemente...! “Te espero mañana a las tres en punto de la tarde en la capillita de la colina. No vayas a faltar” –así le mandó a decir el Buen Dios.

En toda la noche no pegó ojo el artesano por los nervios de encontrarse con Dios y por el miedo a quedarse dormido y llegar tarde. Antes de amanecer ya se estaba alistando para el viaje pues la capillita escogida por Dios para la cita quedaba lejos. Era preferible llegar temprano y esperar todo lo que hiciera falta a fallarle a Dios llegando tarde.

Se puso sus mejores ropas y emprendió su camino. Durante todo el viaje iba memorizando las palabras que le diría al Buen Dios. Al doblar un recodo, vio un campesino con el carro atascado en un barrizal. Por mucho que él se esforzaba y jalaban los bueyes, el carro no salía.

-Écheme una mano, buen hombre –le rogó el campesino-. Posiblemente, con su ayuda lograremos salir.

-Con gusto lo haría, pero temo que si me detengo, llegaré tarde a una cita con Dios que me mandó llamar. Usted comprenderá, no puedo hacer esperar a Dios. Además, me temo que si le ayudo, me mancharé la ropa y no quiero presentarme todo sucio ante Dios.

Prosiguió su camino y más adelante encontró un comerciante que había sido asaltado por unos bandidos que lo habían dejado medio muerto en el camino. El artesano temió que, si se detenía a ayudarlo, llegaría tarde a la cita con Dios. Además, si lo auxiliaba, la policía empezaría con sus preguntas y la cosa tal vez se complicara hasta el punto en que podrían dejarlo detenido para las averiguaciones. Por todo ello, aunque le dolió dejarlo desangrándose, siguió su camino.

Ya faltaba poco para llegar a la colina de la capillita donde Dios lo había citado, cuando, al pasar frente a una choza muy pobre, se encontró con una mujer que lloraba desconsoladamente:

-Se me muere el hijo, Señor. Ayúdeme, por favor. Vaya a la aldea cercana y me trae al médico.

-Tengo una cita con Dios y no puedo llegar tarde –se justificó el hombre y siguió su camino.

Llegó a la capillita con varias horas de adelanto. No importaba. Descansaría un rato y se asearía para presentarse bien arreglado y limpio ante Dios, y luego repasaría sus plegarias y propuestas. A medida que pasaban los minutos, se iba poniendo más y más nervioso. Llegó por fin la hora, las tres de la tarde, luego las tres y cinco, las tres y cuarto, tres y media, pero ni rastro de Dios.

El hombre no entendía cómo Dios podía faltar a su propia palabra y cuando iban a ser las cuatro y estaba pensando en marcharse, oyó una voz que le decía:

-En vez de esperarte aquí, decidí salir a tu encuentro. Tres veces te hablé pero no me reconociste. Yo era el campesino con la carreta atascada, el comerciante golpeado y la mujer que tenía su hijo enfermo²³.

Jesús vino a enseñarnos que a Dios sólo se llega a través del hermano y que la vida se salva cuando se entrega, cuando se dedica no a competir, dominar, ganar, sino a ayudar, compartir, servir. La grandeza de una vida se mide en último término no por los conocimientos que uno posee, ni por los títulos o bienes que ha acumulado, ni por el prestigio o éxito social, sino por la capacidad de servir y ayudar a los demás, a ayudarles a ser cada vez más humanos. Todo puede ser utilizado para el reino o puede terminar por utilizarnos a nosotros, como sucede cuando uno se vuelve esclavo de sus posesiones, de su poder, de sus títulos, de sus pasiones.

Para el mundo, lo importante es triunfar; para Jesús, lo importante es servir. Para el mundo es primero el que más tiene, para Jesús es primero el que más sirve con lo que tiene. Jesús no utilizó el poder para gobernar y mandar, sino para curar, para salvar. No ejerció nunca el poder sobre las personas, sino que lo orientó a humanizar la vida y aliviar los sufrimientos de la gente, para hacer crecer la libertad y la fraternidad. El poder suele ir acompañado de autoritarismo impositivo y no es capaz de cambiar los corazones. Jesús cree en el servicio humilde de los que buscan una

²³ Antonio Pérez Esclarín, **Educar valores y el valor de educar: Parábolas**. San Pablo, 11va reimpresión, Caracas, 2009.

sociedad mejor para todos. Por ello, “quien quiera ser el mayor, se ha de hacer su servidor”²⁴.

Jesús fue, en definitiva, un perfecto antirey, totalmente opuesto a los reyes de la tierra, que entró en Jerusalén montado en un burrito como los campesinos y no en un caballo brioso como los conquistadores, que resumió su vida poniéndose a lavar los pies de los discípulos y diciéndoles que así debían comportarse sus seguidores; un rey coronado de espinas cuyo cetro era una caña y su manto un trapo sucio, rey que triunfó no desde un palacio imperial sino desde la cruz de los condenados. Según sus propias palabras. “Los jefes de los pueblos los tiranizan y los grandes los oprimen. Pero no ha de ser así entre ustedes. El que quiera ser grande, sea su servidor”. De hecho, cuando tras la multiplicación de los panes, la gente pretendió proclamarlo rey, él huyó²⁵. Ser proclamado rey al estilo de los reyes poderosos de este mundo, era lo último que Jesús quería. Jesús se presentó como un mesías anti-rey. El reino de Dios es el antireino de los reyes de la tierra. Jesús fue el rey de la compasión, el rey del servicio, el rey de la entrega y del amor. Por ello, Jesús regañó a Pedro en Cesarea y hasta lo llamó “satanás”, cuando Pedro trató de convencerlo de que abandonara esa idea de un Mesías humilde y servidor, y retomara la idea de un Mesías glorioso, que triunfara por la fuerza sobre sus enemigos²⁶.

Luis Espinal fue un sacerdote jesuita boliviano que fue asesinado el 22 de marzo de 1980, por buscar en serio el reino de Dios y tratar de actuar como Jesús en defensa de los más desposeídos. Antes de morir, escribió: *“Pasan los años y, al mirar atrás, vemos que nuestra vida ha sido estéril. No la hemos pasado haciendo el bien. No hemos mejorado el mundo que nos legaron. No vamos a dejar huella. Hemos sido prudentes y nos hemos cuidado. ¿Para qué? Nuestro único ideal no puede ser llegar a viejos. Estamos ahorrando la vida por egoísmo, por cobardía. Sería terrible malgastar ese tesoro de amor que Dios nos ha dado”*

Orar “venga a nosotros tu reino” supone revisar a fondo nuestro seguimiento a Jesús y pedirle **coraje y fortaleza para entregarnos como Él a establecer un mundo donde reine la justicia, la fraternidad y el amor práctico a los demás.**

Actividades sugeridas

Podemos comenzar leyendo y comentando las siguientes historias:

²⁴ Ver Marcos 9, 25

²⁵ Ver Juan 6, 15

²⁶ Ver Mateo 16, 22-24

Había estado toda la tarde trabajando con la computadora en su casa y se sentía muy cansado. Decidió, antes de irse a la cama, dar una vuelta para airearse un poco. Al salir de su casa, vio en la calle un grupo de mendigos que estaban buscando desperdicios en los contenedores de basura. Más allá, en una esquina, una muchacha pintarrajeada y con una diminuta minifalda dispuesta a vender su cuerpo al primero que pasara. En la entrada de un edificio, había un grupo de niños oliendo pega sobre unos periódicos viejos para mitigar un poco las heridas de su hambre, frío y soledad. Entonces, el hombre levantó los puños al cielo y gritó: ¡Dios, ¿cómo puedes ser tan insensible? ¿Cómo es posible que ante tantos y tan graves problemas te quedes tranquilo en el cielo sin hacer nada?

Al rato, oyó en su corazón una voz que le decía: ¿Cómo puedes decirme que no hago nada? ¡Te hice a ti!

Cuando observo el campo sin arar: cuando los aperos de labranza están olvidados; cuando la tierra está quebrada y abandonada me preguntó: “¿Dónde estarán las manos de Dios?”.

Cuando observo la injusticia, la corrupción, el que explota al débil; cuando veo al prepotente enriquecerse del ignorante y del pobre, del obrero, del campesino carente de recursos para defender sus derechos, me pregunto: “¿Dónde estarán las manos de Dios?”.

Cuando contemplo a esa anciana olvidada; cuando su mirada es nostalgia y balbucea todavía algunas palabras de amor por el hijo que la abandonó, me pregunto: “¿Dónde estarán las manos de Dios?”

Cuando veo al moribundo en su agonía llena de dolor: cuando veo a su pareja deseando no verle sufrir; cuando el sufrimiento es intolerable y su lecho se convierte en un grito de súplica de paz, me pregunto: “¿Dónde estarán las manos de Dios?”.

Cuando miro a ese joven antes fuerte y decidido, ahora embrutecido por la droga y el alcohol; cuando veo titubeante lo que antes era una inteligencia brillante y ahora harapos, sin rumbo, ni destino, me pregunto: “¿Dónde estarán las manos de Dios?”

Cuando a esa chiquilla que debería soñar en fantasías, la veo arrastrar su existencia y en su rostro se refleja ya el hastío de vivir, y buscando

sobrevivir se pinta la boca, se ciñe el vestido y sale a vender su cuerpo, me pregunto: “¿Dónde estarán las manos de Dios?”.

Y me enfrento a Él y le pregunto: “¿Dónde están tus manos, Señor, para luchar por la justicia, para dar una caricia, un consuelo al abandonado, para rescatar a la juventud de las drogas, para dar amor y ternura a los olvidados?”

Después de un largo silencio escuché su voz que me reclamó: “¿No te das cuenta que tú eres mis manos? Atrévete a usarlas para lo que fueron hechas, para dar amor y alcanzar las estrellas”.

Y comprendí que las manos de Dios somos TU y YO, los que tenemos la voluntad, el conocimiento y el coraje de luchar por un mundo más humano y justo, aquellos que desafiando el dolor, la crítica y la blasfemia se dominan a sí mismos para ser las manos de Dios.

Señor, ahora me doy cuenta que mis manos están sin llenar, que no han dado lo que deberían dar. Te pido perdón por el amor que me diste y no he sabido compartir. En adelante, usaré mis manos para amar y conquistar la grandeza de la creación con el establecimiento de tu reino.

El mundo necesita de esas manos llenas de ideales, cuya obra magna sea contribuir día a día a forjar una nueva civilización que busque valores superiores, que compartan generosamente lo que Dios nos ha dado y puedan llegar al final habiendo entregado todo con amor. Y Dios seguramente dirá: ¡ESAS SON MIS MANOS!

¿Qué nos han dicho estos relatos? ¿Qué tienen que ver con el reino de Dios? ¿Nuestra conducta y modo de vida expresan que en verdad estamos trabajando por el reino de Dios o compartimos los valores de los reinos terrenales? ¿Estamos en verdad dispuestos a seguir a Jesús y a militar bajo su bandera? ¿Qué debemos cambiar en nuestras vidas para que nuestras manos sean las manos de Dios y trabajen por el reino?

Intercambiar las reflexiones personales en grupo y luego exponerlas en plenaria.

Podemos terminar leyendo juntos este bello texto de Luis Espinal. Si alguien lo desea, puede también hacer algún breve comentario:

Jesucristo dijo: ‘Quien quiera guardar su vida, la perderá y quien la gastare por mí, la recobrará en su vida eterna’. A pesar de todo, tenemos

miedo a gastar la vida y entregarla sin reservas. Un terrible instinto de conservación nos lleva al egoísmo y nos atormenta cuando hemos de jugarla la vida. Pagamos seguros por todas partes para evitar los riesgos. Y además de todo eso está la cobardía... Señor Jesucristo, nos da miedo gastar la vida. Sin embargo, tú nos diste la vida para gastarla. No podemos reservárnosla en un estéril egoísmo. Gastar la vida es trabajar por los demás, aunque no nos paguen; hacer un favor a quien nada puede darnos a cambio; gastar la vida es arriesgarse incluso al inevitable fracaso, sin falsas prudencias; es quemar las naves en bien del prójimo. Somos antorchas y sólo tenemos sentido cuando nos quemamos; sólo entonces seremos luz. Líbranos de la prudencia cobarde, la que nos hace eludir el sacrificio y buscar seguridad. Gastar la vida no es algo que se haga con gestos extravagantes y falsa teatralidad. La vida se entrega sencillamente, sin publicidad, como el agua de la fuente, como la madre que da el pecho a su hijito, como el sudor humilde del sembrador. Enséñanos, Señor, a lanzarnos a lo imposible, porque detrás de lo imposible está tu gracia y tu presencia; no podemos caer en el vacío. El futuro es un enigma, nuestro camino se pierde en la niebla; con todo, queremos seguir dándonos, porque Tú estás esperando en la noche con mil ojos humanos que se deshacen en lágrimas”.

8.-HÁGASE TU VOLUNTAD

Si Dios es Abbá, que nos ama a todos y cada uno entrañablemente, su voluntad, su deseo más ferviente no puede ser otro que vernos felices a todos. ¿No es eso acaso lo que desean para sus hijos todas las madres?

La voluntad de Dios es un proyecto amoroso que quiere que lo compartamos: su proyecto del reino. Es voluntad de vida, paz, felicidad y libertad para toda la humanidad. Y esto debe nutrir nuestra esperanza y alimentar nuestra entrega y nuestro compromiso, aunque tengamos que sufrir, como lo hizo Jesús que hizo suya por completo la voluntad del Padre, los embates de los enemigos del reino que no quieren que reine el amor y la felicidad sino que siga reinando la violencia, la explotación y la injusticia. Seguir a Jesús es ir contracorriente de una cultura y un mundo que nos prometen la felicidad con el poder, el dinero, el placer, el consumo. Y para ir contracorriente se necesita coraje, valor, determinación. La felicidad no es para pusilánimes ni cobardes. Dios no nos negará nunca su amor y estará más pendiente de ayudarnos cuanto más graves sean los problemas y dificultades que tengamos que enfrentar. Él sabe, mucho mejor que nosotros, lo que nos conviene:

*Yo pedí fuerza
y Dios me dio dificultades
para hacerme fuerte.
Yo pedí sabiduría
y Dios me dio problemas por resolver.
Yo pedí prosperidad
y Dios me dio inteligencia y músculos
para trabajar.
Yo pedí coraje
y Dios me dio obstáculos para superar.
Yo pedí amor
y Dios me dio personas con problemas
a quienes ayudar.
Yo pedí favores
y Dios me dio oportunidades.
Yo no recibí nada de lo que pedí
pero he recibido todo lo que necesitaba.*

En su extraordinaria novela “Los hermanos Karamazov”, el gran escritor ruso Dostoiveski hace decir al monje Zosima “Los hombres son creados para la felicidad, y quien es plenamente feliz tiene en verdad el derecho de decirse: ‘He cumplido la voluntad de Dios en esta tierra’. Todos los justos,

todos los santos, todos los mártires, todos han sido felices”. Y más adelante, cuando Dimitri es condenado injustamente, redescubre la verdadera alegría, “sin la cual el ser humano no puede vivir, ni puede Dios existir, pues Dios da la alegría, es su gran privilegio”.

Lo que pasa es que la mayoría de nosotros seguimos todavía demasiado influenciados por esa teología del sacrificio y de la sangre que equipara la voluntad de Dios con el sufrimiento. Gianni Vattimo, filósofo de la postmodernidad, en su reencuentro con la fe cristiana, se pregunta con aguda ironía: “¿Por qué la constante de decir ‘que sea lo que Dios quiera’ sólo cuando algo va verdaderamente mal y no, por ejemplo, cuando se gana la lotería?”. ¿No seguimos identificando la voluntad de Dios con todo aquello del “destierro” y del “valle de lágrimas” como si el Padre no tolerara la felicidad, la alegría y lo suyo fuera el sufrimiento, el dolor, la sangre? ¿No es verdad que tradicionalmente nos han pintado un Jesús demasiado serio hasta el punto que algunos teólogos de la Edad Media defendían con determinación que Jesús nunca había reído? A un Jesús así no lo habrían seguido ilusionadas las multitudes, ni se le hubieran acercado los niños, ni, por supuesto, sería camino a la vida plena.

Para aclararnos sobre nuestra idea y nuestra vivencia de Dios, puede ayudarnos reflexionar esta historia:

Un ermitaño muy santo que vivía solo en las montañas, bajaba todos los domingos a la misa del pueblo y, terminada la misa, se quedaba un buen rato jugando con los niños. Les daba volteretas, los arrojaba al aire, competía con ellos en carreras. Cada domingo tenía nuevos juegos y ocurrencias. Los niños lo adoraban.

Un día, se le acercó el maestro para preguntarle cuál era su magia para que todos los niños del pueblo le quisieran tanto.

-Les enseñé los juegos que, durante la semana, practico con Dios –le dijo el ermitaño.

Como el maestro le miró con asombro, el ermitaño continuó mirándolo con sus ojos mansos y profundos.

-Sí, yo me la paso jugando con Dios. ¿Acaso no es él nuestro padre? ¿Y qué padre bueno no juega con sus hijos? Todos llamamos a Dios Padre, pero, por el modo con que lo tratamos, no parecemos muy convencidos de

*que en realidad lo sea. A no ser que pensemos que Dios es un Padre muy serio, fastidioso, regañón, que no quiere vernos contentos.*²⁷

Todos buscamos la felicidad, pero “*¿no consistirá nuestra felicidad –como se pregunta Jacques Lancelot²⁸– en que hagamos lo que Dios quiere... Dios no viene a suplantar nuestra voluntad. El quiere que, en el diálogo, nuestra voluntad pueda sintonizar con la suya, como sintonizan al afinarse las cuerdas de una guitarra. El Dios de los cristianos, nuestro Padre, no es un rival de nuestra voluntad, ni un tirano que imponga la suya, sino que es Aquel que intenta vivir el encuentro de nuestras voluntades; la suya y la nuestra*”.

Teilhard de Chardin fue un sacerdote jesuita, eminente paleontólogo, filósofo y también hombre de una profunda espiritualidad. A él le debemos este extraordinario texto sobre la confianza en Dios:

No te inquietes por las dificultades de la vida, por sus altibajos, por sus decepciones, por su porvenir más o menos sombrío...

¡Quiere... lo que Dios quiere para ti!

Ofrécele, en medio de inquietudes y dificultades, el sacrificio de tu alma sencilla que, pese a todo, acepta los designios de la Providencia...

Poco importa que te consideren un frustrado, si Dios te considera plenamente realizado a su gusto...

Su Plan Divino para ti es perfecto...

Despreocúpate, confiando ciegamente en ese Dios que te quiere para sí, y que está en ti aunque jamás lo veas.

Piensa que estás en sus manos, tanto más firmemente agarrado cuanto más decaído y triste te encuentres.

¡Vive feliz! ¡Te lo suplico!

Que nada sea capaz de quitarte tu paz,

ni la fatiga psíquica,

ni tus fallas morales.

Conserva siempre sobre tu rostro una dulce sonrisa, reflejo de la que el Señor continuamente te dirige.

Y en el fondo de tu alma, coloca, antes que nada, como fuente de energía y criterio de verdad, todo aquello que te llene de la PAZ DE DIOS.

Recuerda: cuanto te reprime o inquieta es FALSO y desaparecerá...Es PASAJERO...Te lo aseguro en nombre de las Leyes de la Vida y de las Promesas de Dios.

Por eso, cuando te sientas apesadumbrado y triste,

²⁷ Cfr. Antonio Pérez Esclarín, **Nuevas parábolas para vivir valores** (7ma. reimpresión), San Pablo, Caracas, 2010, pág. 107

²⁸ Jacques Lancelot, **El Padrenuestro, reflexionado y meditado**. Sal Terrae, Santander, 2007, pág. 72

¡Sólo adora y confía!

Dios nos pone pruebas para purificarnos y probarnos a nosotros mismos de todo lo que somos capaces... como Hijos Benditos de Dios

¡Así que amemos lo que Dios ha querido hoy para nosotros!

Algo semejante piensa el teólogo Schillebeeckx, cuando nos propone que tenemos que presentar un Dios “Anti-mal”, un Dios fuente de felicidad, que da un no radical a todo lo que provoca el dolor, y la desintegración del ser humano. Sólo tiene sentido la fe si nos hace vivir con más paz, con más entusiasmo, con más alegría. Porque Dios quiere nuestro bien y nuestra felicidad se opone al pecado, que nos enferma, nos esclaviza, causa sufrimiento. Con el pecado no estamos ofendiendo a Dios, sino que nos estamos dañando a nosotros y a nuestros hermanos, estamos atentando contra el proyecto de felicidad de Dios. Por todo ello, y como he propuesto en otras oportunidades, necesitamos pasar de esa religión que produce alergia, sobre todo a los jóvenes, a la religión que produce alegría, una religión que se perciba como invitación a vivir, a disfrutar la vida. Muchos perciben, viven y por ello terminan abandonando una religión como carga y no como liberación. Para demasiadas personas, la religión no es fuerza, vida, alegría para vivir. Y ciertamente, si no lo es, no tiene sentido.

Necesitamos con urgencia una nueva evangelización que nos libere de una vez de ese Dios serrote, impasible y aburrido, y nos asome a un Dios cercano, maternal, que quiere nuestra felicidad. Seguir a Jesús tiene que ser una invitación a la alegría. Nietzsche no podía entender cómo los cristianos, si en verdad creían en su Salvador, manifestaban en su vida tan poca alegría y entusiasmo. Decía que para tomar en serio su fe “tendrían que cantarme cantos más alegres. Sería necesario que tuvieran rostros de salvados para que creyera en su Salvador”.

El evangelio es un llamado a la paz y la verdadera alegría, que brota siempre de adentro, cuando se aprende a vivir en la verdad y en el amor. La paz y la alegría se asocian siempre a la llegada de Jesús. Es anuncio a los pastores y don de Jesús resucitado. Con ellas la vida recobra su sentido. Jesús es el gran regalo de Dios a los seres humanos para enseñarnos el camino a la felicidad. Las Bienaventuranzas nos abren a la sabiduría de Dios y nos ofrecen una apuesta radical para encontrar la felicidad por el camino de Jesús, radicalmente distinto a los caminos que nos propone el mundo:

Jesús, al ver toda aquella multitud, subió al monte. Se sentó y sus discípulos se reunieron a su alrededor. Entonces comenzó a hablar y les enseñaba diciendo:

Felices los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Felices los que lloran, porque recibirán consuelo.

Felices los mansos, porque recibirán la tierra en herencia.

Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Felices los compasivos, porque obtendrán misericordia.

Felices los de corazón limpio porque verán a Dios.

Felices los que trabajan por la paz, porque serán reconocidos como hijos de Dios.

Felices los que son perseguidos por causa del bien, porque de ellos es el reino de los cielos.

Felices ustedes, cuando por causa mía los insulten, los persigan y les levanten toda clase de calumnias. Alégrense y muéstrense contentos, porque será grande la recompensa que recibirán en el cielo.

(Mateo, 5, 12).

Las bienaventuranzas no son preceptos, leyes que hay que cumplir. Ni tampoco Jesús idealiza en ellas a un determinado tipo de personas (los pobres, los que sufren, los tranquilos...), sino que, más bien, suponen una opción de vida, para elegir la austeridad, la mansedumbre, la sencillez, frente al consumismo, la violencia, la arrogancia. Las bienaventuranzas son la concreción de lo que significa seguir en serio a Jesús, vivir para el reino.

Las bienaventuranzas fascinaban, entre otros muchos, a Ghandi y a Francisco de Asís, que comprendieron muy bien que, con ellas, Jesús ponía la felicidad cabeza abajo. Para el mundo, son dichosos los que tienen mucho dinero, poder, fama; los que nadan en la abundancia y pueden darse todos los caprichos; los que ríen y disfrutan la vida sin pensar en los demás; los que acaparan las páginas de las revistas de moda y las pantallas de los televisores. Jesús, en cambio, propone como felices, como personas plenamente realizadas, a todos aquellos que optan por la sencillez y austeridad, por la voluntad de combatir la injusticia en vez de ocasionarla, los que eligen vivir pobremente en vez de enriquecerse a costa de los otros, que rechazan la voluntad de poder, la violencia, y son capaces de llevar hasta las últimas consecuencias esta opción.

Lucas completa las bienaventuranzas con unas maldiciones con la que nos alerta a no poner el corazón en los placeres, poderes y riquezas de este mundo. A la luz del reino de Dios se manifiesta el fracaso de todos los que vivieron para acaparar poder, para amontonar riquezas, prestigio, gloria y,

para lograr esto, se dedicaron a vivir de espaldas a los demás e incluso a oprimir y destruir la vida de los otros²⁹.

En las bienaventuranzas, Jesús nos ofrece su propia opción de vida y nos revela el camino del Padre para que logremos la plenitud y la felicidad. El propio Jesús vivió las Bienaventuranzas hasta las últimas consecuencias: eligió ser pobre, misericordioso, pacífico, sufrió y lloró con las víctimas de la injusticia, y fue perseguido y matado por ser fiel a su misión. Si en verdad queremos ser felices, debemos escuchar a Jesús, tomar en serio sus palabras, creer en ellas y arriesgarnos con valor a vivirlas³⁰ :

Felices los pobres: Según Jesús, son felices los que no tienen el corazón apegado al dinero; los que no permiten que sus posesiones y sus ansias de tener y amontonar se adueñen de sus vidas; los que han aprendido a desprenderse y desamarrarse de la atracción de las cosas para poder ser auténticamente libres y así estar disponibles para los demás. Son felices los que viven con austeridad, sin esclavizarse al lujo y al consumismo, y son capaces de compartir; los que no ostentan ni derrochan; los que están dispuestos a trabajar por un mundo donde no haya pobres; los que reconocen con humildad que todo lo que tienen es don, es regalo, y por ello son capaces de agradecer y de dar y recibir con humildad.

Felices los que lloran y tienen hambre y sed de justicia: Según Jesús, son felices los que no aceptan tanto dolor y tanto sufrimiento; los que se solidarizan con los perdedores, con las víctimas de tanta injusticia, tanta explotación y tanta exclusión; los que hacen suyo su dolor, no claudican ante él y se esfuerzan por combatirlo y eliminarlo; los que trabajan por un mundo donde vayan disminuyendo la pobreza, la injusticia y la exclusión que ocasionan tanto llanto y tanto sufrimiento.

Felices los mansos, los misericordiosos, los compasivos, los limpios de corazón: Según Jesús, son felices los que tienen el corazón en paz, los que no guardan rencor; los que trabajan por un mundo mejor sin recurrir a la violencia; los que son capaces de perdonar y amar a todos, incluso a los enemigos, porque no los ven como enemigos, sino como hermanos; los que no devuelven mal por mal, no son vengativos, ni buscan aplastar o humillar al rival; los que defienden los derechos de todos hasta el punto de estar dispuestos a perder todos los suyos. Son felices los que tienen un corazón puro, con las puertas abiertas a todos, sensible a la miseria; los que se compadecen del que sufre y corren a aliviarlo.

²⁹ Ver Lucas, 6, 17-26.

³⁰ Ver de Antonio Pérez Esclarín, **Jesús Maestro Y Pedagogo**, San Pablo, Caracas, 2006, pág 89 y ss; y **Decide tu vida, elige ser feliz**. San Pablo, Caracas, 2008, pág. 191.

Felices los que trabajan por la paz y son perseguidos por ello y por ser fieles a Jesús: Según Jesús, son felices los que no aceptan una falsa paz, levantada sobre la exclusión, la desigualdad y la injusticia y dedican su vida a construir la civilización del amor, aun a riesgo de no ser comprendidos y ser calumniados y perseguidos por ello. Felices los valientes que no claudican por miedo a los poderosos; los que siguen con radicalidad a Jesús y testimonian con la vida su fe.

Los hombres y mujeres de fe profunda han sabido arrojarse en los brazos de Dios, como hizo el propio Jesús, en momentos sumamente difíciles, cuando pareciera que languidece la esperanza y la aparente ausencia de Dios llena el corazón de angustia y de dolor. Dietrich Bonhöffer, fue un pastor alemán luterano que por oponerse radicalmente al régimen de Hitler, fue apresado y ejecutado por los nazis el 9 de abril de 1943. El Papa Juan Pablo II incluyó a Bonhöffer entre los 20.000 “testigos de la fe”, mártires del cristianismo del siglo XX. Estando en prisión escribió esta oración:

¿Quién soy yo? Ellos me dicen a menudo que saldré de mi celda con calma, alegre, con firmeza, como un propietario de su hacienda.

¿Quién soy yo? Ellos me dicen a menudo que hablaré con mis guardianes con libertad, de forma amistosa y con franqueza, como si fuera yo quien mandara sobre ellos.

¿Quién soy yo? Ellos me dicen también que llevaré estos días de desgracia con equidad, sonriente, orgulloso, como el que está acostumbrado a ganar. ¿Soy de verdad lo que los demás me dicen, o soy lo que sé de mí mismo, un hombre sin sosiego, con nostalgia y enfermo, como un pájaro en su jaula, luchando por respirar, como si unas manos atenazaran mi garganta, ansioso por ver los colores, las flores, los cantos de los pájaros, sediento de palabras amables, de la vecindad, temblando de rabia ante el despotismo y la humillación intolerantes, agitándome en espera de grandes acontecimientos, temblando impotente pensando en los amigos lejanos, triste y vacío al rezar, al pensar, al actuar, débil y preparado a decir adiós a todo eso?

¿Quién soy yo? ¿Esto o lo otro? ¿Soy hoy una persona, y mañana, otra? ¿Soy las dos cosas a la vez? ¿Un hipócrita ante los demás, y ante mí mismo un despreciable angustiado enfermizo? ¿O hay algo dentro de mí todavía como un ejército vencedor, que huye en desorden de la victoria ya conseguida?

¿Quién soy? Se burlan de mí estas preguntas solitarias.

QUIENQUIERA QUE SEA, TÚ SABES, OH DIOS, QUE SOY TUYO³¹

Aceptar en todo la voluntad de Dios supone cultivar los valores de la **confianza y la indiferencia**, es decir, arrojarse en los brazos amorosos del Padre y ver su cariño en todo lo que nos sucede, sea salud o enfermedad, éxito o fracaso, alegrías o tristezas. Supone también repensar en serio nuestro concepto de **felicidad**, para ver si compartimos la propuesta de Jesús.

Actividades sugeridas

Podríamos iniciar una conversación sobre cómo concebimos la felicidad. Después, podemos leer el Credo que nos propone José Enrique Ruiz de Galarreta y comentar si en verdad estamos o no de acuerdo en lo que se afirma en él, razonando los porqués del acuerdo o del desacuerdo, confrontando el credo con nuestra concepción de felicidad. Si decimos que estamos de acuerdo con Ruiz de Galarreta, proponer algunos cambios en nuestra vida para que sea más coherente con la fe que decimos proclamar:

*Creo que son felices los que comparten,
los que viven con poco,
los que no viven esclavos de sus deseos.*

*Creo que son felices los que saben sufrir,
encuentran en Ti y en tus hermanos el consuelo
y saben dar consuelo a los que sufren.*

*Creo que son felices los que saben perdonar,
los que se dejan perdonar por sus hermanos,
los que viven con gozo tu perdón.*

*Creo que son felices los de corazón limpio,
los que ven lo mejor de los demás,
los que viven en sinceridad y en verdad.*

*Creo que son felices los que siembran la paz,
los que tratan a todos como a tus hijos,
los que siembran el respeto y la concordia.*

³¹ Tomado de la página web de Solidaridad (www.solidaridad.net), 2005-01-01.

*Creo que son felices los que trabajan
por un mundo más justo y más santo,
y que son más felices
si tienen que sufrir por conseguirlo.*

*Creo que son felices los que no guardan en su granero
el trigo de esta vida que termina,
sino que lo siembran, sin medida,
para que dé fruto de Vida que no acaba.*

*Y creo todo esto porque creo
en Jesús de Nazaret, el Hijo,
el hombre lleno del Espíritu,
Jesucristo, el Señor.*

Podría ayudar también que cada uno redactara su credo de la felicidad y el que lo desee, lo comparte con los demás.

Terminar orando todos juntos esta bellísima oración de Charles de Foucauld:

*Padre,
me pongo en tus manos.
Haz de mí lo que quieras.
Sea lo que sea, te doy las gracias.*

*Estoy dispuesto a todo.
Lo acepto todo,
con tal que tu plan vaya adelante
en toda la humanidad y en mí.*

*Ilumina mi vida con la luz de Jesús.
No vino a ser servido,
vino a servir.
Que mi vida sea como la de él: servir.
Grano de trigo
que muere en el surco del mundo.
Que sea así de verdad, Padre.*

*Te confío mi vida.
Te la doy.
Condúceme.*

*Envíame aquel Espíritu que movía a Jesús.
Me pongo en tus manos,
enteramente,
sin reservas,
con una confianza absoluta
porque tú eres...
MI PADRE.*

Si lo preferimos, podríamos orar también la siguiente oración de Ignacio de Loyola:

*Toma, Señor, y recibe
toda mi libertad,
mi memoria, mi entendimiento
y toda mi voluntad;
todo lo que soy y poseo,
tú me lo diste,
yo te lo devuelvo.
Todo es tuyo,
dispón de ello como te parezca .
Dame tu amor y tu gracia
que con ello me basta.*

También podría ser muy provechoso que incorporáramos esta breve oración del mismo Ignacio de Loyola al comienzo de cada actividad que emprendamos:

“Que todas mis intenciones (deseos, planes, intereses, proyectos), acciones y operaciones (estudiar, orar, comer, trabajar, descansar) sean puramente encaminadas a hacer tu voluntad”.

9.- DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA

En la segunda parte del Padrenuestro, pasamos del Tu (tu nombre, tu reino, tu voluntad) al Nos, y se recogen cuatro peticiones (danos el pan, perdónanos, no nos dejes caer en tentación, líbranos del mal) que muestran lo que debemos pedir para nosotros de modo que seamos capaces de vivir como verdaderos hijos del Padre y hermanos de todos.

La primera petición es bien concreta: Danos pan. En esta palabra se recogen, en primer lugar, las necesidades primarias de la persona (alimento, vestido, salud, vivienda...), pero también otras necesidades esenciales para disfrutar la vida y vivir con la dignidad de los hijos de Dios. Pan es todo lo que contribuye a que la persona pueda desarrollarse en plenitud: trabajo, educación, seguridad, paz, justicia, tiempo libre, y sobre todo amor, que es lo que nos constituye y nos afirma como personas auténticas. Si uno lo tiene todo, pero le falta amor, es un fracasado. El sentido de la vida es el amor y sin amor la vida no tiene sentido. El amor es fuente de vida y de alegría. Hoy, sin embargo, hay demasiadas personas hartas de cosas y hambrientas de cariño; personas que tienen las neveras repletas pero el corazón vacío, que necesitan sentirse amadas para así superar el terrible sufrimiento de la soledad. No olvidemos nunca que, como le gustaba repetir a la Madre Teresa, “la peor pobreza es la soledad, la falta de amor”, y que nunca pesa más un corazón que cuando está vacío

Su Santidad Benedicto XVI, escribe en su libro Jesús de Nazaret:

La cuarta petición del Padrenuestro nos parece la más “humana” de todas: el Señor, que orienta nuestra mirada hacia lo esencial, a lo “único necesario”, sabe también de nuestras necesidades terrenales y las tiene en cuenta. El, que dice a sus apóstoles: “No estéis agobiados por la vida pensando qué vais a comer” (Mt. 6,25), nos invita no obstante a pedir nuestra comida y a transmitir a Dios esta preocupación nuestra. El pan es “fruto de la tierra y del trabajo del hombre”, pero la tierra no da fruto si no recibe desde arriba el sol y la lluvia. Esta combinación de las fuerzas cósmicas que escapa de nuestras manos se contrapone a la tentación de nuestro orgullo, de pensar que podemos darnos la vida por nosotros mismos o sólo con nuestras fuerzas. Este orgullo nos hace violentos y fríos. Termina por destruir la tierra; no puede ser de otro modo, pues contrasta con la verdad, es decir, que los seres humanos estamos llamados a superarnos y que sólo abriéndonos a Dios nos hacemos grandes y libres, llegamos a ser nosotros mismos. Podemos y debemos pedir. Ya lo sabemos: si los padres terrenales dan cosas buenas a los hijos cuando las piden, Dios no nos va a negar los bienes que sólo él puede dar (cf. Lucas 11).

En su explicación de la oración del Señor, san Cipriano llama la atención sobre dos aspectos importantes de esta petición. Así como en la invocación “Padre nuestro” había subrayado la palabra “nuestro” en todo su alcance, también aquí destaca que se habla de “nuestro” pan. También aquí oramos en la comunión de los discípulos, en la comunión de los hijos de Dios, y por eso nadie puede pensar sólo en sí mismo. De esto se deriva un segundo aspecto: nosotros pedimos nuestro pan, es decir, también el pan de los demás. El que tiene pan abundante está llamado a compartir. San Juan Crisóstomo, en su comentario a la Primera Carta a los corintios –a propósito del escándalo que daban los cristianos en Corinto- subraya “que cada pedazo de pan es de algún modo un trozo de pan que es de todos, del pan del mundo”. El padre Kolvenbach añade. “¿Cómo puede alguien, invocando al Padre nuestro en la mesa del Señor, y durante la celebración eucarística en su conjunto, eximirse de manifestar su firme voluntad de ayudar a todos los hombres, sus hermanos, a obtener el pan de cada día? Cuando pedimos “nuestro” pan, el Señor nos dice también: “Dadles vosotros de comer” (Mc. 6,37)³²

Si en verdad nuestro Dios es un Dios de vida, un Padre amoroso que cuida a cada uno de sus hijos, especialmente a los más necesitados y pequeños, no puede dejarnos sin el alimento necesario, los bienes materiales, culturales y espirituales que necesitamos para vivir dignamente.

Ahora bien, como expresa con claridad Su Santidad Benedicto XVI, no pedimos “mi pan”, sino “nuestro” pan. Los bienes de la tierra son de todos y todos debemos disfrutar de ellos. De ahí que, a la luz de esta petición, nuestro actual mundo donde cada día mueren miles de personas de hambre y las grandes mayorías viven en condiciones inhumanas mientras una minoría despilfarra los recursos que son de todos, aparece totalmente opuesto a los designios y deseos de Dios.

El inmenso poder creador de los seres humanos no está al servicio de la vida³³. Por eso, a pesar de tanto desarrollo científico y tecnológico, la vida gime herida de muerte y el mundo resulta para las mayorías cada vez más inhumano y más cruel. De la salvación por la fe, pasamos a la salvación por la ciencia y el progreso, y hoy pareciera que hubiéramos llegado al “sálvese el que pueda”. Impera el darwinismo social, es decir, la sobrevivencia de los más fuertes o mejor dotados. De conquistar la tierra

³² S.S. Benedicto XVI, **Jesús de Nazaret**.

³³ Ver Antonio Pérez Esclarín, **Educación para humanizar**, Narcea y Estudios, Caracas, 2007; **Decide tu vida, elige ser feliz**, San Pablo, Caracas, 2008, y **Educación es enseñar a amar**, San Pablo, Caracas, 2009.

hemos pasado a destruirla y, de seguir así, a destruirnos nosotros con ella. Algunos presagian que nuestra civilización acabará suicidándose. Observadores como C.S. Lewis piensan que cada nuevo poder que logra el hombre se convierte en “poder sobre el hombre” y que la conquista final del hombre moderno será la “abolición del hombre”. Otros como Birch nos advierten que la tecnología actual en manos de un hombre que no sabe exactamente lo que quiere “tiende a crear más problemas que los que puede resolver”.

El mundo de comienzos del Siglo XXI funciona para unos pocos y contra muchos. Las desigualdades se agigantan de un modo vertiginoso entre países y entre grupos dentro de cada país. Las 500 personas más ricas del mundo tienen más ingresos que los 416 millones de ciudadanos más pobres. En cualquier partido de fútbol europeo hay un presupuesto dos veces superior al de Chad, un país africano de siete millones y medio de habitantes. América Latina tiene el poco honroso privilegio de ser el continente de mayor inequidad. La distancia entre el 10 por ciento de mayores ingresos y el diez por ciento de menores es de 50 a 1. En España es de 10 a 1, y en Noruega de 6 a 1. Coexisten por ello, lo postmoderno con lo premoderno y hasta feudal, e incluso con formas de neoesclavitud como en las maquilas, las universidades de excelencia con el analfabetismo, el derroche y el lujo con el hambre y la marginalidad, las fortunas incontables con la miseria más atroz. Hoy se habla de infopobres e inforicos y la brecha digital, es decir, el tener o no acceso a las nuevas tecnologías, agudiza las diferencias. Mientras en los países más desarrollados el 93% de la población tiene acceso a Internet, en los países más pobres el acceso sólo alcanza al 0,2% de la población. Vivimos en la misma ciudad, en la misma cuadra, pero a siglos de distancia.

Mientras una vaca europea es subvencionada con tres o cuatro dólares diarios, mil doscientos millones de personas deben sobrevivir cada día con menos de un dólar. En los aeropuertos de las grandes ciudades hay hoteles para perros y mascotas a 170 dólares por noche. El gasto militar en el mundo, según la ONU, asciende a más de un billón, es decir, un millón de millones (1.000.000.000.000) al año. Aumenta el gasto militar y aumenta la miseria. Hay mucho dinero para destruirnos unos a otros, pero no hay dinero para proteger las vidas de los pobres. Cuantas más armas inteligentes se producen, más brutos e inhumanos nos volvemos. Con tan sólo lo que se gasta en armas en diez días, se podría proteger a todos los niños del mundo. La fabricación de armas es la industria más próspera a nivel mundial y, como las armas hay que comprarlas, se promueven guerras y se fomenta la carrera armamentista entre países, carrera que sólo lleva siempre hacia la destrucción y la muerte. El precio de un tanque moderno

equivale al presupuesto anual de la FAO. Con el valor de un caza supersónico se podrían poner en funcionamiento 40.000 consultorios de salud. Bastaría el precio de un avión B-2 para salvar a los trece millones de africanos que están condenados a morir de hambre. “Cada cañón que construimos, cada barco de guerra que se bota, cada cohete que lanzamos, no es otra cosa que un robo a aquellos que están hambrientos” (Eisenhower). El adiestramiento de un soldado de guerra cuesta al año 64 veces más que educar a un niño en edad escolar, y la cuarta parte de los científicos del mundo se dedican a la investigación militar, mientras escasean los que se dedican a encontrar curas contra enfermedades hasta ahora incurables como el sida, que está despoblando a algunos de los países más pobres de África. Se calcula que una bala cuesta lo mismo que un vaso de leche, y cuanto más abundan en los barrios las balas, más escasea la leche.

Después de la industria armamentista, es el narcotráfico, que mueve 500.000 millones de dólares al año, quien mejor engrasa las economías mundiales. En los últimos 20 años hemos pasado de 23 a más de 400 millones de niños esclavos, que malviven o mueren en minas o maquilas, se prostituyen en las calles, son reclutados como soldados o sicarios, limpian vidrios en los semáforos, son obligados a mendigar, con frecuencia mutilados para que su deformidad impresione a la gente, o son asesinados para proveer el mercado negro del tráfico de órganos. Un hígado o un riñón, que se vende en países muy pobres por unos 30 dólares, puede alcanzar los 35.000 dólares en el mercado negro. Un millón de niños y de niñas entra cada año en el infierno de la esclavitud sexual y hay ya cien millones de menores atrapados en las redes de la explotación sexual. Según la Organización Mundial del Turismo, el 20% de los 700 millones de viajes que se producen al año en el mundo tienen como motivación principal las aventuras sexuales, y de esos, el 3% el sexo con niños, aberración de un mundo que ha perdido todo vestigio de moralidad y de dignidad.

Aire, mares y ríos están heridos de muerte. Se calcula que hay ya mil millones de personas que no tienen acceso a agua potable y se anuncia que las guerras del futuro serán por la posesión y el dominio del agua. La tierra languidece y se rebela ante tanta violencia y tanto maltrato. El clima del mundo se altera cada vez más: se derriten los glaciares y crecen en el mundo los desiertos. El agujero en la capa de ozono alcanza ya el tamaño de toda Europa. La mitad de los bosques húmedos que una vez cubrieron la tierra han desaparecido. Hoy, como todos los días del año, desaparecerán 50.000 hectáreas de bosque húmedo. Cada hora es arrasada un área equivalente a unos 600 estadios de fútbol.

Peor aún que estos datos es la creciente insensibilidad de la mayoría ante esta realidad. A la cruda y espantosa miseria de miles de millones de personas, habría que añadir la creciente miseria humana y espiritual de los derrochadores e irresponsables y muchos de ellos se consideran cristianos. Miles de millones de personas se deshumanizan al tener que vivir y morir en condiciones inhumanas, otros se deshumanizan al volverse insensibles ante la miseria y el dolor de los demás. La pobreza, la miseria y la violencia, la muerte por hambre o por enfermedades hace ya tiempo derrotables, es un paisaje cotidiano al que nos estamos acostumbrando y ya no nos causa ni desconcierto ni indignación. Pero, si somos dignos deberíamos indignarnos y comprometernos en cambiar el rumbo de nuestra cultura y del modo de entender el desarrollo y el progreso.

Es urgente que aprendamos a mirar la realidad desde las víctimas, como hizo Jesús. La responsabilidad por los demás y por nuestro planeta es una obligación ética y condición de posibilidad de vida futura: o nos salvamos todos o no hay salvación posible. La autorrealización implica afirmar al otro y a la naturaleza. No podemos asegurar nuestra vida destruyendo la vida del otro. El asesinato y también el ecocidio son formas de suicidio. El deseo de ser grandes dominando a otros no proviene de la fuerza que uno posee, sino precisamente de la debilidad y el vacío personal.

Los bienes y riquezas del mundo, por su origen y naturaleza, según la voluntad del Creador, son para servir al bienestar de todos. La ciencia y la técnica, los recursos del mundo deben ponerse al servicio del amor, para que todos los seres humanos lleguemos a ser personas y podamos vivir como tales. La finalidad del desarrollo no puede ser sólo el crecimiento económico y ni siquiera el cambio de estructuras, sino el desarrollo humano integral. Para decirlo con las palabras de la Encíclica *Populorum Progressio*, “el verdadero desarrollo es el paso para cada uno y para todos de condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas”. Desarrollo, en consecuencia, orientado a remediar las carencias materiales y las carencias morales, que se sustentan en estructuras opresoras que provienen del abuso del poder o del abuso del tener.

Una fe sin obras es fe muerta. Una religión de espaldas a las necesidades del prójimo es una religión anticristiana. Como ya dijimos más arriba, seguir hoy a Jesús es continuar su proyecto de establecer un reino de fraternidad, justicia y amor. La fe, es decir, el seguimiento a Jesús, debe convertirse en compromiso radical de combatir los falsos dioses o ídolos de la muerte: egoísmo, prepotencia, violencia, explotación, consumismo, corrupción, y trabajar sin descanso para garantizar a todos, sin exclusión de

ningún tipo, vida en abundancia. La religión de Jesús es servicio al necesitado, quien quiera que sea, como queda bien claro en la Parábola del Buen Samaritano. Es por ello urgente que le devolvamos al evangelio su ternura y su radicalidad. Dios busca la felicidad de todos, en eso pone su empeño, y a esa misión nos convoca. No puede ser posible, como se quejaba el teólogo Karl Rahner, que los cristianos nos hayamos instalado en un “egoísmo que sabe comportarse decentemente”.

De ahí que orar el Padrenuestro, especialmente la petición de “Danos hoy nuestro pan de cada día”, debe convertirse en compromiso de trabajar por un mundo donde no haya miseria, exclusión, explotación, guerras, racismo..., todo lo que impide que las personas vivamos con la dignidad de verdaderos hijos. Por ello, cuando pedimos pan, pedimos también el pan del valor, el pan del coraje, el pan de la fortaleza. En definitiva, esta petición nos compromete a trabajar para que se hagan realidad las peticiones anteriores del Padrenuestro, de modo que el nombre de Dios sea respetado por todos, se establezca su reinado y todos vivamos según su voluntad.

El pan es fruto del trabajo del hombre, un trabajo asumido con responsabilidad y dignidad. Dios nos hizo creadores y dejó el mundo en nuestras manos. Nos dotó de inteligencia para que seamos capaces de crear pan en abundancia y sepamos compartirlo y repartirlo entre todos. Por ello, debemos “orar y trabajar” sin descanso por una sociedad donde no se repartan, como limosna, migajas a los más pobres, sino donde todos tengan acceso a un trabajo debidamente remunerado que les posibilite satisfacer sus necesidades esenciales. Como planteaba San Benito, debemos orar como si todo dependiese de Dios y trabajar como si todo dependiese de nosotros.

Es un terrible error orar “danos el pan” y no hacer nada, esperando que Dios acabe con el hambre en el mundo de una forma milagrosa. Como lo expresó con meridiana claridad Martin Luther King, *“la idea de que el hombre espera que Dios lo haga todo, conduce inevitablemente a un mal uso, perverso, de la plegaria. Porque, si Dios lo hace todo, entonces el hombre lo pide todo y Dios se convierte en algo parecido a ‘un servidor cósmico’ a quien llamamos por cualquier necesidad, incluso las más triviales...Dios, que nos ha dado la inteligencia para pensar y el cuerpo para trabajar, traicionaría su propio propósito, si nos permitiese obtener por medio de la plegaria lo que podemos ganar con el trabajo y la inteligencia. En su marcha por el desierto, ‘Dios dijo a Moisés: Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha’ (Ex 14, 15). Hay que marchar, no debemos tener nunca la sensación de que Dios, valiéndose de cualquier*

milagro o de un solo movimiento de su mano, eliminará el mal del mundo. Mientras creamos esto rezaremos oraciones que no tendrán respuesta y rogaremos a Dios que haga cosas que no veremos realizar nunca. La creencia de que Dios lo hará todo en lugar del hombre es tan insostenible como lo es creer que el hombre puede hacerlo todo por sí mismo... También es una señal de falta de fe; esperar que Dios lo haga todo, mientras nosotros no hacemos nada, no es fe, sino superstición”³⁴.

Garantizar el pan a todos, va a suponer también combatir la cultura de ese consumismo desenfrenado y tan extendido que confunde caprichos con necesidades, destruye el planeta y siembra la violencia; cultura del derroche, el parasitismo, el egoísmo, la indiferencia, la explotación de los que amasan sus fortunas sobre las espaldas de los otros. Supone también cultivar la austeridad, la sencillez, la solidaridad y el compromiso de vivir para los demás.

Por ello, junto al pan, hay que pedir también hambre y sed: hambre y sed de justicia, hambre y sed de sensibilidad, hambre y sed de solidaridad, únicos modos de poder garantizar pan abundante a todos. Hambre y sed sobre todo de Jesús que se hizo pan para alimentar nuestro espíritu y dotarnos de la fortaleza necesaria para ser coherentes con la fe que proclamamos y vivir construyendo fraternidad. Jesús es el Pan de Vida que sacia las hambres más profundas del ser humano. Quien se alimenta de Jesús debe, a su vez, convertirse en alimento para los demás. Jesús es también Agua Viva que calma toda sed. Quien bebe de esa agua se transforma en fuente que vive calmando la sed, refrescando corazones, lavando cansancios, suprimiendo sufrimientos. Comulgar es alimentarnos de Jesús para que nuestro espíritu se muestre fuerte, saludable. Nuestras eucaristías deben ser fuentes de vida para fortalecer nuestra decisión de servir a los demás y entregarnos por entero al proyecto de Jesús de humanizar el mundo, de modo que todos puedan disfrutar del pan físico, el pan de la palabra, el pan del amor.

Orar “Danos hoy nuestro pan de cada día” supone cultivar los valores de la **justicia, solidaridad, austeridad y servicio.**

Actividades sugeridas

Leer y comentar la siguiente historia:

³⁴ Martin Lutehr King, **La fuerza de amar**. Ed. Aymjá, Barcelona, 1963.

La comunidad de aquel monasterio estaba reunida en oración. Cada monje fue desgranando su súplica: “Señor, te pido...”, “Señor te pido...”, “Señor te pido...”

Cuando todos concluyeron sus súplicas, tomó la palabra el Abad y dijo:

-Ya conoces nuestras peticiones. Ahora, Señor, dinos en qué podemos ayudarte. Te escuchamos en silencio.

Al cabo de un rato, tomó de nuevo la palabra el Abad y concluyó:

-Gracias, Padre, porque nos necesitas y quieres contar con nosotros.

-Amén –respondieron todos los monjes.

Esfuézate tú también, como los monjes, por escuchar a Dios: ¿Para qué crees que te necesita? ¿Qué te está pidiendo? ¿Qué vas a hacer ante sus peticiones?

Si lo desean, pueden compartir las peticiones que les hace Dios.

Leer, reflexionar y comentar la siguiente historia:

Las manchas de la luna

En lo profundo del bosque vivían cuatro animales: un conejo, un mono, un chacal y una nutria. Se querían mucho, se ayudaban en todo lo que podían y, por ello, vivían muy felices. Eran también muy piadosos y, cada vez que había luna llena, los cuatro animales guardaban un día de ayuno, pues así lo estipulaban los preceptos de su religión

-Recuerden que mañana es luna llena –les dijo el conejo- y que no podemos comer nada.

-¿Y si llegara un peregrino y nos pidiera algo de comer? –preguntó intranquila la nutria-. ¿Cómo podríamos cumplir al mismo tiempo el precepto del ayuno y el de la hospitalidad?

Los cuatro animales se pusieron a pensar hasta que el conejo encontró la solución:

-Mañana, antes de que salga el sol, iremos a buscar el alimento diario, pero no lo comeremos, sino que lo guardaremos bien por si llega algún peregrino o caminante.

Así acordaron hacerlo y se fueron a descansar tranquilos. Al amanecer del día siguiente, iniciaron su jornada: la nutria se zambulló en el río y al cabo de un rato, había pescado cinco peces que resplandecían a la luz de la luna. Los guardó en un buen sitio e inició su jornada de ayuno y oración. El mono se trepó a un árbol cargado de fruta y recogió la suficiente para agasajar a algunos posibles caminantes que pasaran por allí. Hecho esto, inició sus oraciones. También el chacal cumplió bien con su tarea: se acercó sigilosamente a la tienda de unos pescadores que descansaban a la orilla del río y les agarró parte de las provisiones que tenían.

Sólo el conejo inició sus oraciones sin buscar alimento alguno.

Y sucedió que el Dios de los animales quiso comprobar la fe de sus criaturas y, disfrazado de peregrino, se presentó en el claro del bosque que habitaban los cuatro animales.

El primero en notar su presencia fue el mono, a quien el menor ruido solía distraer cuando se hallaba en oración. Salió a su encuentro y le dijo:

-Amigo caminante, hoy es nuestro día de ayuno, pero tengo unas frutas frescas y jugosas que recogí para ti. Te ruego que aceptes mi hospitalidad.

El Dios de los animales quedó gratamente sorprendido. Después, fingiendo que iba al río a lavarse las manos, se acercó a la nutria y le dijo:

-Amiga nutria, vengo de muy lejos y llevo casi dos días sin probar bocado. ¿No tendrías algo que ofrecer a este pobre peregrino?

-La nutria le ofreció con gusto los cinco peces que había pescado. Mientras se acercaba al lugar donde se encontraba el chacal, el Dios de los animales iba admirando su devoción ya que cumplían a la perfección el precepto del ayuno sin romper para nada el precepto de la hospitalidad.. También el chacal le ofreció la comida que había arrebatado a los pescadores.

Sólo le faltaba comprobar la devoción del conejo y, sin poder imaginar qué le podría brindar, el Dios de los animales se acercó a su madriguera.

Como estaba absorto en sus oraciones, el Dios de los animales tuvo que gritar para que advirtiera su presencia.

-Hermano conejo, ¿no tendrás algo que comer para este pobre peregrino hambriento?

-Por supuesto que sí –le contestó el conejo-, te daré un buen trozo de carne fresca con la que podrás saciar tu hambre. Enciende una fogata y cuando las brasas estén listas, yo te traeré la carne.

Cuando la brasa estaba en su punto para una parrilla, apareció el conejo y se arrojó al fuego diciéndole al peregrino:

-La carne que quiero ofrecerte es mi propio cuerpo. Aliméntate conmigo y sigue reconfortado tu camino.

Fue entonces cuando el Dios de los animales, conmovido ante tanta generosidad, retomó su verdadera apariencia y se transformó en un hermoso joven que brillaba como si estuviera hecho de luz. Tomó entonces las cenizas en que se había convertido el conejo y volando por encima de bosques y montañas, llegó hasta la luna y depositó las cenizas en su cara inmensa y pálida

-Deseo –dijo el Dios de los animales- que siempre que haya luna llena, todo el mundo recuerde la historia del conejo y no olvide nunca que la generosidad más sublime no consiste en dar cosas, sino en ser capaz de darse para el bien de los demás.

Por ello, desde ese día, siempre que hay luna llena, pueden verse sus manchas en forma de conejo.

¿Has observado alguna vez la luna llena y te parece ver en ella la imagen de un conejo? ¿Qué te dice esta historia? ¿Encuentras en ella alguna semejanza con el texto anterior en el que se hablaba de Jesús como pan y de hacerse alimento de los demás? ¿A qué te invita esta historia?

Si lo desean, pueden compartir las reflexiones.

Terminar orando este poema-oración de Heriberto Bravo SS.CC.:

*Si llegaras a vernos pordioseros,
arrastrando nuestra alma por la vía,
entre espinos y cardos traicioneros:*

DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA.

*Si la ausencia de amor nos ha enfermado
de una pálida y gris melancolía
y si no brilla el sol de nuestro lado:
DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA.*

*Si vivimos ajenos a tus dones
e ignoramos tu gracia todavía,
nunca, nunca, Señor, nos abandones:
DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA.*

*Si las penas llegaran a inquietarnos
hasta el punto del llanto y con la impía
desazón de la angustia y a postrarnos:
DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA.*

*No nos dejes, Señor. No te separes
de nosotros. Sin ti no hay alegría.
Son oscuros sin ti nuestros lugares:
DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA-*

*Sé paciente con estas tus criaturas
cuyo amor sin tu amor se perdería.
No podemos vivir sin fe y a oscuras:
DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA.*

*No podemos vivir entre rencores
y entre envidias, sin paz, sin armonía
que tan sólo producen sinsabores:
DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA.*

*Sin tu amor, en la mar de lo ordinario
nuestra pobre barquilla se hundiría.
Tú bien sabes cuando eres necesario:
DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA.*

*En la póstuma noche, al acercarnos
al momento fatal de la agonía,
no permitas, Señor, desesperarnos:
DANOS SIEMPRE TU PAN DE CADA DÍA.*

10.- PERDÓNANOS NUESTRAS OFENSAS COMO TAMBIEN PERDONAMOS NOSOTROS

Afortunadamente, nadie es perfecto y todos cometemos errores y causamos ofensas y heridas incluso a personas que queremos mucho y que nos quieren. Los que se creen perfectos se convierten en unos verdaderos tiranos, que andan censurando a los demás y censurándose a sí mismos, y suelen ser personas escrupulosas y enfermizas, rígidas consigo mismas y con los demás. Por eso, los verdaderos santos se reconocen pecadores, lo mismo que los auténticos sabios afirman su ignorancia y aprenden de sus errores, a diferencia de los torpes que se pasan la vida disculpándolos o echando la culpa a los demás. Sólo quien reconoce sus debilidades y acepta que necesita de la comprensión, el perdón y el cariño de los demás, podrá comprender, podrá perdonar y podrá amar.

Sería bueno recordar aquí la historia del Monje Perfeccionista:

Había una vez un monje que en todo buscaba la perfección. No soportaba el menor desafino en los cánticos religiosos, una arruga en la ropa, un plato mal lavado, una palabra mal dicha, un error o equivocación, por insignificante que fuera. Le resultaba intolerable si algún compañero bostezaba en los oficios religiosos o si veía una mota de polvo en los bancos de la iglesia.

Sufría mucho con sus compañeros en el monasterio por considerarlos muy mediocres y, convencido de que allí no le iba a ser posible encontrar la perfección, pidió permiso al abad para irse a vivir completamente solo. Se llevó lo imprescindible: algunas ropas, sus libros de rezos y un cántaro para agarrar agua del río.

Eligió para su morada un lugar muy bello, pasó la noche en oración, y cuando irradió el amanecer y se despertaron los pájaros y las flores, pensó agradecido que allí sí, por fin, encontraría la perfección y con ella la paz de su espíritu.

A media mañana tuvo sed, fue al río a buscar agua, y al cargar el cántaro se le derramó un poco. No aceptó esa mínima imperfección, arrojó el agua con despecho y se le mojaron y embarraron los pies con el polvo acumulado del camino. Volvió a agarrar agua de nuevo y otra vez se le

volvió a derramar. Repitió la operación inquieto y, a la tercera vez, lleno de cólera, arrojó con ira el cántaro contra el suelo y lo quebró.

“La causa de mi cólera no está en los demás –se dijo cuando al rato comenzó a calmarse-, el enemigo está aquí adentro”.

Regresó al monasterio, pidió perdón y desde aquel día empezó a ver con ojos comprensivos y cariñosos a sus compañeros.

En consecuencia, todos necesitamos perdonarnos, ser perdonados y perdonar. Sabemos bien que somos débiles, que como se quejaba Pablo, “con frecuencia hacemos el mal que no queremos”. Pero también tenemos plena seguridad de que el Padre nos perdona siempre, sin condiciones, que nos espera con los brazos abiertos para celebrar juntos el reencuentro. Por eso, al sacramento de la penitencia o reconciliación deberíamos llamarlo más bien sacramento del abrazo amoroso, de la fiesta del perdón. El sacramento no es para que Dios me perdone, sino para celebrar que Dios me perdona. En consecuencia, más que ansiedad, escrúpulos o miedo, debe provocarnos alegría. Es una fiesta porque Dios es así y mis pecados no le hacen quererme menos, sino más. Cuando pecamos, Dios no se pone bravo, sino preocupadísimo pues sabe bien que lo que hacemos nos va a traer problemas y nos va a apartar de la verdadera alegría. Así les sucede a las mamás cuando ven que sus hijos andan por caminos peligrosos.

Mari Patxi Ayerra, nos recuerda que “un viejo rabino contaba que cada uno de nosotros estamos unidos a Dios por un hilo. Cuando cometes una falta, el hilo se rompe. Pero en cuanto te arrepientes de ello, Dios hace un nudo con el hilo. Entonces el hilo se acorta y el pecador está un poco más cerca de Dios. Así ocurre después del arrepentimiento de cada fallo; de nudo en nudo, nos vamos acercando siempre más a Dios. Resulta entonces que cada pecado hace acortar la cuerda anudada, y nos acerca más rápidamente al corazón de Dios³⁵.

Si Dios perdona nuestras ofensas, quiere que también perdonemos a los que nos ofenden, es decir, que siempre nos comportemos como hermanos. No podemos ser como aquel malvado empleado al que el rey le perdonó diez mil monedas de oro y “apenas salió de la presencia del rey, se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien monedas. Lo agarró del cuello y casi lo ahogaba, gritándole: ‘Págame lo que me debes’. El compañero se echó a sus pies y le rogaba: ‘Dame un poco de tiempo, y yo

³⁵ Mari Patxi Ayerra, *Así vivo yo como cristiana. Cartas a un amigo que quiere ser cristiano*. Edit. CCC.

te lo pagaré todo'. Pero el otro no aceptó, sino que lo mandó a la cárcel hasta que le pagara toda la deuda”³⁶.

Aprender a pedir perdón y a perdonar puede ayudarnos en gran medida y es fundamental para reestablecer las buenas relaciones y para recuperar e incluso ahondar el cariño de las personas que nos quieren. No hay convivencia humana sin perdón. Un error o incluso una ofensa, asumidos con comprensión y madurez, puede ser una excelente oportunidad para ahondar en el conocimiento y el afecto de otra persona. El espíritu del perdón rompe el círculo diabólico de la revancha: purifica la atmósfera y nos permite a los humanos, siempre heridos e hirientes, una sana convivencia. Por eso, si bien es necesaria la justicia, nunca será suficiente. Necesitamos también el perdón que es la expresión más sublime del amor.

Amor y perdón son lo mismo, el que es capaz de amar es capaz de perdonar. El perdón y el amor comienzan por uno mismo. Para poder amar primero tienes que amarte; para poder perdonar, primero tienes que perdonarte. Cuanto más te ames, más fácil será perdonarte, y cuanto más te perdones, más podrás perdonar a los demás. Perdonarse significa hacer las paces con uno mismo, sosegar el alma irritada, aceptar los errores y debilidades, no enfadarse consigo, tratarse con delicadeza, ser tierno incluso con lo que contradice la imagen ideal que uno tiene de sí. Para poder ser misericordiosos con los demás, debemos aprender primero a tratarnos con misericordia a nosotros mismos. La palabra misericordia significa “corazón abierto a las miserias”, corazón para lo débil y huérfano que hay en nosotros. Sólo si estás reconciliado contigo, si perdonas tus miserias, puedes pensar en reconciliarte con las personas y perdonarlas. Muchas veces nos tratamos a nosotros mismos en forma inmisericorde. Nos condenamos cuando cometemos una falla, nos recriminamos si fallamos. Tenemos en nosotros un juez implacable, un superyó cruel que juzga todos nuestros pensamientos y acciones, que nos castiga si no respondemos a sus exigencias. Necesitamos de un espíritu de la misericordia que desarme el juez interior y llene nuestro corazón de amor misericordioso. Si nos tratamos con misericordia a nosotros mismos, podremos aprender a tratar con misericordia a los demás. Si quieres amar al otro de corazón, si quieres tener corazón para él o para ella, debes entrar primero en contacto con tu corazón, debes orientar primero tu corazón a lo pobre y desdichado que hay en ti.

Por supuesto que perdonarse y perdonar no significa justificar un comportamiento dañino para uno mismo o para otras personas. Tampoco

³⁶ Ver Mateo 18, 23-35.

significa que uno no sienta pesar por el dolor causado. Más bien, el sentir ese pesar expresa la sinceridad del perdón y forma parte del proceso de curación. No olvidemos que el objetivo del perdón es robustecer el amor y mejorar como persona. Por ello, implica la decisión de no seguir haciendo o haciéndose daño o, como decía el viejo catecismo, “el propósito de la enmienda”.

Hemos ya dicho que no es posible amar sin perdonar, que quien no sabe perdonar, no sabe amar. El perdón es, en definitiva un acto de amor a sí mismo y al otro. El amor muestra su máxima profundidad en el perdón y así crea nueva vida. Como dice Serafín Alarcón, “el amor es una planta que se riega con paciencia y con perdón”, o para decirlo con las palabras de Werner Bergengruen, “el perdón es una profunda forma de amar. Ciertamente, el amor se prueba en la fidelidad, pero se completa en el perdón. El perdón es también disposición para sufrir por el prójimo, de modo que el perdón propio lo sane”³⁷

El perdón es uno de los mejores regalos que uno puede hacerse. Para perdonar, uno debe valorarse. Si la víctima no acepta el valor que tiene como persona, no se respetará a sí misma y no podrá perdonar. En palabras de Mark Twain, “el perdón es la fragancia que la violeta suelta cuando se levanta el zapato que la aplastó”. Perdonar es la única forma de ser libre pues destruye las cadenas del rencor, la rabia, el enojo y el ansia de venganza que envilecen y consumen. Si no perdonas, te conviertes en prisionero de los que te ofendieron. Es lo que nos recuerda Paulo Coelho con la siguiente historia:

Dos expresos políticos argentinos se encontraron, después de muchos años sin haber estado en contacto. Se sentaron en un bar de la Avenida de Mayo y comenzaron a recordar los años negros de la represión, cuando la gente desaparecía sin dejar rastros. A cierta altura, uno le preguntó al otro:

-¿Cuánto tiempo estuviste preso?

-Dos años –fue la respuesta-. Sufrí torturas que jamás imaginé. Vi cómo violaban a mi mujer delante de mí. Pero los responsables ya están presos y condenados.

-Estupendo, ¿y tu alma ya los perdonó?

³⁷ En Piet van Breemen, **Lo que cuenta es el amor. Ejercicios espirituales en la vida**. Sal Terrae, Santander, 2000, p. 126.

-¡Claro que no!

-Entonces, todavía seguís siendo su prisionero.

Perdonar es sanar la herida y recuperar la paz interior. Perdonar no es olvidar: es recordar sin amargura, sin dolor, sin respirar por la herida. Si no perdonas, siempre que recuerdas, volverás a sufrir. El perdón transforma el resentimiento en alegría, el odio en ternura. Si no perdonamos, seguimos encadenados al odio, al deseo de venganza, a la tristeza. No somos, en consecuencia, ni libres ni sanos. Mientras no perdones, tendrás atormentado el corazón con un dolor o un rencor que te devora el alma y no te permite encontrar la paz ni la felicidad. Guardar rencor es como si uno tomara veneno y esperara que otro se muriese. Mientras no perdones, seguirás viendo a las personas y al mundo desde tus heridas. Al perdonar, en cierto modo, dejas de sufrir. Te libras del dolor y libras al otro de la culpa y de la capacidad de seguirte haciendo daño. En palabras de Henri Lacordaire: “¿Quieres ser feliz un instante? Véngate. ¿Quieres ser feliz toda la vida? Perdona”.

Los discípulos le pedían a un monje tibetano que les enseñara qué era el perdón. Un día, el maestro les pidió que para el día siguiente, cada uno llevara un morral, una piedra de tres kilos, un kilo de carne de vaca y tres tomates grandes maduros pues les iba a enseñar qué era el perdón.

Cuando al día siguiente llegaron con lo que les había pedido, les dijo que acomodaran la piedra, la carne y los tomates en el morral.

-Ahora, carguen sus morrales y vayan a hacer lo que hacen siempre, pero no se quiten nunca el morral. Después de diez días vuelvan de nuevo aquí.

A los diez días llegaron sucios, cansados, hediondos, maltrechos y muy disgustados consigo mismos y con todos los demás.

-¿Comprenden ahora lo que es el perdón? Perdonar es quitarse los morrales y andar sin peso y sin hediondez.

Jesús nos enseñó que las claves del amor son el perdón y la misericordia. El perdón es el deseo de hacer hermanos y no de destruir enemigos. Por eso insistió que había que perdonar siempre (“setenta veces siete”, Mateo 18, 21-35), y toda su vida fue un prolongado acto de amor y de perdón. Murió no sólo perdonando a los que lo mataban y se burlaban de sus sufrimientos y afrentas, sino que murió pidiéndole al Padre que los perdonara, excusándoles de su culpa, pues no sabían lo que estaban haciendo, obraban

sin verdadera maldad, movidos por el error y la equivocación: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”³⁸. Por ello, se apresuró también a perdonar a uno de los ladrones crucificados a su lado quien, admirado por el modo en que moría, descubrió en él al Mesías esperado y le imploró su misericordia³⁹.

Para cerrar este ya largo capítulo del perdón, les regalo esta larga y bellísima cita de Piet van Breemen⁴⁰, que resume y complementa de un modo extraordinario todo lo que llevamos dicho:

“El ‘Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen’ es una súplica nacida del amor. El perdón humano significa que el que perdona ha superado su odio y su rencor. El corazón se distiende y se siente libre... El odio provoca y justifica la violencia y la violencia a su vez provoca el odio. Es un círculo vicioso. El perdón lo rompe. Nuestro mundo necesita perdón. Sin perdón el mundo carece de rostro humano y deja de ser reflejo de la creación.

Perdonar no es olvidar, ni borrar. Perdonar significa deshacerse de esa decepción y ese rencor a los que uno tiene derecho. Ofrezco a Dios mi rencor. Eso es perdón. En el perdón soy capaz de dar al otro más amor del que merece. Si alimento el rencor, arruino mi vida y destruyo mi felicidad... Perdonar significa optar por la vida, y no perdonar significa optar por la muerte, por pequeñas muertes sin felicidad ni bendición. Perdonar puede significar la renovación para un ser humano, para una comunidad e incluso para un pueblo. Perdonar es un acto de valentía de la persona consciente que quiere deshacer la fascinación del mal e incluso liberar al enemigo de la esterilidad y el aislamiento. Así el perdón abre de nuevo el futuro para mí y para el otro. No perdonar conduce a la ausencia de relaciones y a la frialdad en la vida. Doy vueltas en un frío cálculo hecho de rencor, autocompasión y desprecio. No perdonar conduce a la no comunicación, al autoencapsulamiento. Se pierde el contacto con los semejantes y con la realidad. La justicia suprema no consiste en aniquilar, en matar al malhechor –mediante la pena de muerte-, sino en liberarlo de sus deseos destructivos y en darle la posibilidad de iniciar una relación nueva. Sólo el perdón puede abrir un futuro auténtico y generar nuevas relaciones. La violencia no puede hacerlo... Perdonar es un acto de libertad que no hace suya la lógica de la rivalidad. Puede ser duro; pero no perdonar es igualmente duro, tal vez más aún. Un refrán chino dice: ‘El

³⁸ Ver Lucas, 23, 34.

³⁹ Ver Lucas 23, 39-42.

⁴⁰ Piet van Breemen, **Lo que cuenta es el amor, Ejercicios espirituales en la vida**. Sal Terrae, Santander, 2000, pág 126 y ss.

que busca venganza debe cavar dos fosas'. La venganza, el enojo, el rencor y el odio envenenan la vida. Perdonar es una liberación. El perdón es fruto del amor... 'La caridad no toma en cuenta el mal...todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta' (I Cor. 13, 5-7). Quien realmente quiere perdonar tiene que bajarse de un trono. De lo contrario, el perdón será una acusación al otro...Perdonar en libertad y amor requiere sinceridad y una buena dosis de humildad. A veces, lo que impide el perdón no es la obstinación del otro, sino nuestra propia arrogancia...sólo en el perdón brota nueva vida. Perdonar puede ser un largo proceso; no es algo que se haga de una vez para siempre. Exige coraje y determinación”.

Actividades Sugeridas

No siempre es fácil perdonar, sobre todo si las ofensas son graves. Sin embargo, para ser libres y vivir en paz es necesario aprender a perdonar. Para ello, proponemos la siguiente actividad:

-Ponte en la presencia de Dios y agradécele por las numerosas veces que Él te ha perdonado. Pídele la gracia para perdonar como Él lo hace.

-Haz la lista de las personas que te han herido, hecho daño, o causado sufrimiento hace mucho tiempo o recientemente.

-Pon delante de ti imaginariamente a cada una de esas personas. Puedes desahogarte reclamándoles, expresando tu rabia hasta que te sientas más tranquilo (para poder perdonar tienes que permitirte expresar el dolor que el otro te ha causado. El perdón está siempre al final de la cólera y no al principio).

-Pregúntale y pregúntate: ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué circunstancias te llevaron a ello? ¿Qué grado de información tenías, de libertad, de formación, de motivación? Pregúntate qué hubieras hecho tú en esas mismas circunstancias, con esos condicionamientos...

-Ahora comienza a perdonarlo resaltando los motivos o circunstancias que llevaron a esa persona a hacer lo que te hizo. Si no entiendes o no encuentras motivos suficientes para exculparla, aplícale tu capacidad de compasión suponiendo que hay motivos y situaciones que tú ignoras.

-Imaginariamente dale un abrazo muy fuerte de perdón, de aceptación y de compasión.

-Pídele a Dios que colme de gracias y bendiciones a esa persona que te ofendió.

Tal vez tienes personas que, aunque no te han causado algún daño en especial, te caen mal y no las soportas. Para comenzar a aceptarlas puedes seguir los siguientes pasos:

- Recorre con la imaginación los distintos grupos con los que convives (familia, vecinos, compañeros de trabajo...) y ubica a alguna persona que rechazas.
- Detente con cada una de ellas y recuerda la etiqueta que le has puesto (el defecto que le atribuyes, la causa por la que te cae mal).
- Piensa en cualidades positivas, por pequeñas que sean, de esa persona.
- Date cuenta de lo inconveniente e injusto que es ponerle a una persona una etiqueta que te lleva a ignorar sus cualidades positivas.
- Piensa en el defecto de esa persona y dile en tu imaginación: “Aun con ese defecto te respeto, te quiero; si me parece que debo hacerlo trataré con cariño de hacerte ver ese defecto para que lo superes; si no lo superas, te querré igual. Cuenta conmigo”.
- Haz el esfuerzo de quitarle la etiqueta y de cultivar en este momento hacia esa persona una actitud de respeto, interés, cariño.
- Pídele a Dios que le conceda muchas gracias y bendiciones a esa persona que te cae mal.
- Repite el ejercicio con otras personas que rechazas.

Leer y comentar la siguiente parábola:

El árbol de pañuelos

Julio caminaba lentamente por las calles de la ciudad. Con frecuencia, miraba hacia atrás por si alguien lo seguía. Tenía miedo de todo, de encontrarse con algún conocido, con la policía o con algún ladrón. Se sentía mal y tenía hambre y frío. Diciembre avanzaba a pasos agigantados y pronto llegaría la Navidad. ¿Qué iba a hacer? En el bolsillo no le quedaba ni una moneda, y en todos los lugares donde había solicitado trabajo, le habían dicho que por ahora era imposible, que volviera en enero, que tal vez si las cosas mejoraban...

Para saciar su hambre, se había ofrecido en un restaurant a lavar los platos a cambio de comida, pero cuando lo vieron sucio y con la barba de varios días, imaginaron que era un mendigo o un malandro, y le dijeron de malas maneras que ya tenían quien lavara los platos, que no lo necesitaban, que si no se iba de allí, mandarían llamar a la policía.

Julio había llegado a la ciudad con bastante dinero, y empezó a despilfarrarlo sin pensar en el mañana. Mientras tuvo dinero, le sobraron

los amigos, pero cuando lo vieron sin nada y medio enfermo, le fueron dando la espalda y lo dejaron solo. Cuando caminaba sin rumbo por las calles de la ciudad, que ahora le parecía tan inhumana y tan hostil, se acordaba mucho de sus padres y hermanos: ¡Qué felices debían estar en el pueblito! ¿Se acordarían mucho de él? ¿Qué pensarían cuando se enteraran de que había despilfarrado todo el dinero que le habían dado para que él estudiara? Tanto sacrificio, tanto trabajo, tanta ilusión de que él sí iba a echar pa'lante y allí estaba, solo y desolado, sin amigos, sin dinero, sin estudios, con el terrible peso en su corazón de sentir que había engañado a la familia y que había destrozado sus ilusiones. ¿Podrían perdonarlo?

Enfrentaría las dudas y les escribiría una carta. Les contaría la verdad de todo y cómo vagaba por las calles hambriento y sin tener donde dormir. Si lo perdonaban, volvería a la casa y trabajaría sin descanso para reponer todo el mal que había hecho. ¿Y si no lo perdonaban? Esta idea martirizaba a Julio y no le dejaba descansar. Bueno, si no lo perdonaban, se echaría a rodar por la vida, o se la quitaría. ¿Para qué seguir viviendo sin nadie que lo quisiera, sin ideales, sin horizontes, sin esperanza?

El padre de Julio volvía agotado del trabajo del campo. Le pesaban mucho ya los años y cada día se cansaba más.

-Papá, papá, Julio ha escrito una carta. Léela papá, que no aguantamos las ganas de saber cómo le va.

Los ojos del padre se iluminaron de ilusión: “Por fin, se decidió a escribirnos el hijo. Seguro que esperó a que comenzaran las clases para tener algo importante que decirnos”. El padre se lavó las manos, se sentó en la mesa de la cocina y abrió la carta con manos temblorosas. A mitad de la lectura, levantó hacia su mujer unos ojos llorosos, cargados de dolor.

-María, María...-y la voz se le quebró.

-¿Qué pasa, Antonio? ¿Le ha sucedido algo malo a Julio? ¿Está enfermo? Dínoslo ya, Antonio, sea lo que sea, que no aguanto las ganas de llorar.

El padre empezó a leer con voz ahogada por la emoción y el sufrimiento: “Queridos padres y hermanos: Quiero pedirles perdón por lo mal que me he portado con todos ustedes, por los enormes disgustos y el dolor que van a sentir al leer esta carta, por no haber pensado en ustedes, por no haber cumplido ni un solo día con mi obligación de estudiante, de hijo y hermano, por haber botado y malgastado todo el dinero que me dieron para que estudiara y pudiera conseguir un buen futuro. Estoy enfermo, sin

un centavo, solo, hambriento, desesperado, sin saber qué hacer ni a dónde ir”.

Antonio dejó de leer y colgó sus ojos de los de su mujer y los hijos que escuchaban atónitos. Tragó saliva y continuó con la lectura: “Si ustedes me perdonan y están dispuestos a recibirme, pongan un pañuelo blanco en el árbol que hay frente a la casa. Yo pasaré en el autobús la víspera de Navidad. Si veo el pañuelo en el árbol, bajaré e iré hacia la casa. Si no, comprenderé y proseguiré mi viaje, aunque no sepa a dónde ir”.

A medida que el autobús se acercaba al pueblito, Julio se iba muriendo de los nervios: ¿Estaría colgado el pañuelo? ¿Serían los padres y hermanos capaces de perdonarlo? Pronto lo sabría: el autobús estaba dando la última vuelta antes de enfilarse por la calle principal del pueblo. Entonces, vio el árbol: ¡estaba tan lleno de pañuelos blancos que parecía que hubiera nevado!

Cuando el autobús se detuvo en la estación y Julio descendió con los ojos y el corazón atravesados de emoción y de llanto, encontró que toda la familia estaba allí, sonriente, feliz, ansiosa de abrazarle.

Pueden concluir con la siguiente oración:

*Jesús, sólo en tu mirada encuentro el perdón...
porque tú no me juzgas, no me rechazas, ni me exiges nada...
Sólo me esperas a la puerta, para que cuando regrese, siempre la encuentre abierta...*

*Jesús, sólo en tu mirada encuentro el perdón...
porque sólo el que ama y recibe al otro,
perdona de verdad...
y tú me aceptas y me quieres tal como soy...*

*Jesús, sólo en tu mirada encuentro el perdón...
y en ella sana la herida de mi alma...
porque tus ojos cicatrizan las huellas de mis culpas y debilidades...*

*Jesús, sólo en tu mirada encuentro el perdón...,
porque te colocas junto a mí,
junto a mis heridas, junto a mi dolor...*

*Jesús, sólo en tu mirada encuentro amor, compasión,
calor que quema y apaga mi culpa y mi dolor...*

*Jesús, sólo en tu mirada encuentro perdón...
palabra de aliento...,
caricia de brisa suave...,
abrazo de comprensión...*

*Jesús tu mirada me libera
del peso de mi culpabilidad...,
de la condena de mis faltas...,
del rechazo de mis maldades...*

*Jesús, tu mirada me purifica
y tu corazón me santifica y me sana...
Jesús, sólo en tu mirada encuentro el perdón...⁴¹*

También podrían recitar el siguiente salmo de Pedro Trigo:

Dios enteramente bueno

*Señor, Dios nuestro, hoy te queremos dar gracias
porque en Jesús te has revelado como un Dios enteramente bueno.
Tú amas todo lo que has creado,
Tú has establecido con nosotros una alianza eterna
y nada podrá quebrantarla.*

*Por eso no te enfureces con nuestros pecados
ni tomas venganza de los que obran mal,
no matas a los que matan sino que los proteges,
como a Caín, de sus vengadores.*

*Porque eres enteramente bueno
haces salir el sol sobre justos y pecadores,
es que amas a cada uno
y no quieres la muerte del pecador,
sino que se convierta y viva.
A todos nos perdonas los pecados
y haces sentar a la misma mesa
al que llegó a última hora
y al que trabajó desde el amanecer.*

Te damos gracias porque en todo esto

⁴¹ M.J. Fernández. Tomado de Ignacio Huarte, **Despertar a la vida diferente**. S.A. de Educación y Cultura Religiosa, Caracas, 2008, pág. 137.

te revelas como enteramente bueno.

*Estás tan apartado del mal,
estás tan ajeno a todos los mecanismos del mal,
que ni siquiera castigas a los transgresores
para no añadir violencia a nuestras violencias.*

*Tú no tienes el poder de matar
porque ese no es un poder divino.
Tu poder es amar sin medida,
crear, sanar, perdonar
y hasta triunfar de la muerte.*

*Tu justicia no es tasar y medir
sino hacernos justos
y reconciliarnos, por fin, en esa justicia de vida.
Dios nuestro, estamos contentos
de que Tú seas nuestro Señor
y, puesto que nos hiciste a tu medida,
danos un corazón generoso como el tuyo⁴²*

⁴² Tomado de Ignacio Huarte, **Despertar a la vida diferente. Op.cit.** pág. 298.

11.- NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN

Esta petición llega a la raíz de la anterior (“perdónanos”), porque nuestras ofensas y pecados son consecuencia de la tentación. En ella pedimos que no nos deje apartarnos del camino que conduce a la vida; que no nos dejemos deslumbrar y seducir por la apariencia de bienes que en definitiva llevan las raíces del mal.

El propio Jesús fue tentado⁴³ y tuvo que luchar con fuerza para superar la invitación a una vida materialista, de prestigios mundanos y a un ejercicio egoísta del poder, para preferir el camino de la sencillez, la bondad y el poder como servicio. Jesús venció las tentaciones que pretendían desviarlo de su misión y permaneció fiel hasta en los momentos más difíciles al proyecto del Padre. El supo ser el perfecto “indiferente”, en el sentido ignaciano del término; es decir, para Jesús todo tenía o no sentido si contribuía o no a acercar el reino de Dios.

Sin duda alguna, la tentación más fuerte que debió enfrentar Jesús durante toda su vida fue la tentación de asumirse como ese Mesías Davídico que esperaba el pueblo judío, que lo conduciría por la fuerza a la victoria sobre sus enemigos y dotaría a Israel de un esplendor mundano y un poder sobre las demás naciones. Por ello y como ya anotamos más arriba, regañó con dureza a Pedro, y hasta lo llamó Tentador, cuando en Cesarea intentó apartarlo de la cruz y pretendió disuadir a Jesús de su firme decisión de subir a Jerusalén a sufrir las consecuencias del camino de servicio y sufrimiento que había elegido en fidelidad al Padre⁴⁴. La tentación de abandonar ese camino regresará con especial virulencia en Getsemaní que incluso le llevó a sudar sangre: “Entró en agonía, y oraba con más insistencia. Su sudor se convirtió en gotas de sangre que caían hasta el suelo”⁴⁵. Pero, fortalecido siempre con la oración y la ayuda del Padre, fue capaz de pasar en la cruz del grito desgarrador del “¿Por qué me has abandonado?”, a la confianza total del “Padre, en tus manos entrego mi espíritu”,

Las tentaciones nos evidencian la condición plenamente humana de Jesús. Y si El fue tentado y tuvo que enfrentar con mucha fortaleza y coraje las tendencias que le invitaban a apartarse del camino del Padre, también nosotros seremos tentados permanentemente. De hecho, todos experimentamos que seguir a Jesús no es nada fácil pues continuamente somos bombardeados por falsas promesas de plenitud y felicidad, que

⁴³ Ver Mt. 4, 1-11. Mc. 1,12-15.

⁴⁴ Ver Mt. 16, 21-23.

⁴⁵ Ver Luc. 22, 44

pretenden alejarnos del camino que Él nos propone. La vida es elección, batalla, enfrentamiento permanente: Frente a la propuesta e invitación que nos hace Jesús a seguirle y acompañarle en su misión de construir el reino, se alzan las propuestas tentadoras de los espíritus malignos que se esfuerzan por llevarnos por caminos radicalmente distintos. Y si permanecemos firmes en nuestra decisión de seguir a Jesús, debemos estar preparados para ser perseguidos y maltratados, como Él lo fue, por el poder, el dinero, los ídolos. Lo que pasa es que nuestro seguimiento a Jesús es tibio y blandengue: por eso el mundo no nos ve peligrosos como vieron a Jesús, que puso de cabeza todos los supuestos valores.

Dijimos que dentro de nosotros se enfrentan fuerzas que nos impulsan hacia la bondad, la generosidad, el servicio, el amor y fuerzas que nos invitan al egoísmo, a la violencia, a la venganza, a la envidia, a la mediocridad; que, en definitiva, pretenden apartarnos del amor a Dios y del amor a los hermanos. Ser humano es evidenciar dentro de nosotros una batalla permanente entre fuerzas opuestas. Y debemos elegir, conscientes de que, como pecadores, no siempre elegimos lo que nos conduce a la vida. El apóstol Pablo supo adentrarse en lo hondo de su condición humana y describió con maestría las luchas que se daban en su interior: *“Sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy hombre de carne y vendido al pecado. No entiendo mis propios actos: no hago lo que quiero y hago las cosas que detesto... Puedo querer hacer el bien, pero hacerlo, no. De hecho no hago el bien que quiero, sino el mal que aborrezco. Por lo tanto, si hago lo que no quiero, eso ya no es obra mía, sino del pecado que habita en mí. Ahí me encuentro con una ley: cuando quiero hacer el bien, el mal se me adelanta. En mí el hombre interior se siente muy de acuerdo con la Ley de Dios, pero advierto en mis miembros otra ley que lucha contra la ley de mi espíritu, y paso a ser esclavo de esa ley del pecado que está en mis miembros”*⁴⁶

Para superar las tentaciones debemos estar vigilantes y orar mucho como les repitió una y otra vez Jesús a sus amigos en el huerto de Getsemaní: “Velad y orad para no caer en tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es débil”⁴⁷. Jesús oró y salió fortalecido para enfrentar a los que venían a apresarlo y luego lo conducirían a la muerte. Sus apóstoles que, en vez de orar, se durmieron, huyeron cuando apresaron a Jesús e incluso Pedro lo negó tres veces.

En la oración debemos pedir sabiduría y fortaleza. Sabiduría para saber discernir los distintos movimientos que se enfrentan en nuestro corazón pues con frecuencia el mal se presenta con apariencia de bien, que más que

⁴⁶ Romanos, 7, 14-24.

⁴⁷ Ver Mateo 26, 41; Mc. 14, 38; Lc. 22, 40

a la vida, nos conduce a la muerte; y fortaleza para mantenernos firmes en la decisión tomada.

El discernimiento es una pedagogía de la decisión para buscar en todo la voluntad de Dios; es un camino hacia la verdadera libertad. Ignacio de Loyola fue un extraordinario maestro del discernimiento espiritual. En el comienzo de su conversión, cuando convalecía de su herida en la defensa de Pamplona, Ignacio experimentó con fuerza en si mismo, la tensión entre mociones distintas que le llevaban a preferir cosas totalmente opuestas: Cuando pensaba en seguir entregado a las cosas del mundo y amontonar cada vez más honores y prestigios, “se deleitaba mucho”; sin embargo, cuando dejaba de hacerlo, se sentía “seco y descontento”. Cuando imaginaba ir a Jerusalén descalzo, comer solamente hierbas y practicar todos los rigores que practicaron otros santos, no solamente se sentía consolado con tales pensamientos, sino que “quedaba contento y alegre”.

Reflexionando su propia experiencia, dedujo que unos pensamientos lo dejaban triste y otros alegre, y poco a poco acabó conociendo la diversidad de los espíritus que lo agitaban, unos del demonio, otros de Dios.

Ignacio continuó durante toda su vida tras ese filón espiritual que descubrió al comienzo de su conversión, perfeccionando su metodología del discernimiento. En Manresa, verdadero noviciado de Ignacio, las luchas interiores fueron tan fuertes que casi lo llevaron al suicidio. Estando en Manresa, en uno de sus paseos de oración y meditación, se sentó en una piedra junto al río Cardoner y tuvo una experiencia mística que le trajo una gran iluminación y paz espiritual. De allí habrá de nacer su obra maestra de la Espiritualidad: Los Ejercicios Espirituales, un camino para “quitar las afecciones desordenadas y, después de quitadas, para buscar y hallar la voluntad divina”. En palabras de C.M. Alfonso de Jesús Marín González, *“para Ignacio, buscar la voluntad divina es buscar un camino práctico de la libertad humana para llevarla a su sentido más pleno. Buscar la voluntad de Dios es percibir cuál es el verdadero llamado que Dios nos dirige en el momento presente, en el contexto presente de nuestra vida. Supone una interpretación de la situación concreta, para descubrir en ella la palabra de Dios, como los antiguos profetas interpretaban la palabra de Dios hacia el pueblo escogido, en los acontecimientos de su historia”*⁴⁸.

En definitiva, el discernimiento es un método que ayuda a distinguir entre el buen espíritu, origen de los movimientos interiores que provienen de

⁴⁸ C.M. Alfonso de Jesús Marín González, “Sobre el discernimiento espiritual en San Ignacio de Loyola”.
Www..

Dios, y el maligno, que milita en su contra. Si lo que estoy discerniendo me lleva a obrar con justicia, solidaridad y amor, me estoy dejando llevar por un espíritu que proviene de Dios. Si me lleva a la soberbia, la vanidad, el egoísmo, estoy siendo movido por un espíritu del mal o del maligno.

Actividades sugeridas

Leer y comentar la siguiente historia:

Un anciano indio describió así sus luchas y conflictos interiores:

-Dentro de mí existen dos cachorros. Uno de ellos es cruel y malvado; el otro es dócil y bueno. Los dos están siempre luchando.

-¿Cuál de ellos es el que ganará? –le preguntaron.

El sabio indio guardó silencio un instante, y después de haber pensado unos segundos, respondió:

-Aquel al que yo alimento.

¿Cuáles son nuestros cachorros? ¿A cuál alimentamos más? ¿Cómo podríamos alimentar más al cachorro bueno?

A continuación, podemos orar la siguientes oración:

*Hoy te pedimos que acompañes nuestro caminar
para que no caigamos en la tentación:
la tentación de sentirnos superiores a otros;
la tentación de despreciar a otros por su raza, religión,
aspecto físico, pensamiento político o condición social;
la tentación de querer tener de todo y vivir a la moda;
la tentación de acumular y consumir a manos llenas;
la tentación de la mediocridad y de no permanecer firmes en tu
seguimiento;
la tentación de olvidarnos del prójimo y vivir sólo pendientes de nosotros;
la tentación de no comprometernos en la transformación del mundo;
la tentación de la cobardía, la pereza y la lujuria;
la tentación de las drogas;
la tentación de una vida trivial, hueca y vacía;
la tentación de malgastar la vida
en vez de vivirla a tu manera;
la tentación de una religiosidad sin prójimo,*

*y de una fe sin compromiso;
la tentación de resolver los problemas con violencia;
la tentación del engaño, el chisme y la mentira*

Dar unos minutos de silencio y luego, el participante que lo desee añade en voz alta la tentación en la que pide no caer.

Para finalizar, oran todos juntos la siguiente oración:

*Señor Jesús que escrutas nuestros corazones
y conoces nuestras fragilidades y debilidades,
sostenenos en las pruebas que encontramos en el camino de la fe.
Sabemos que con tu ayuda podremos resistir las tentaciones.
Concédenos creer siempre que estás cerca de nosotros,
a fin de que no nos sintamos nunca solos
y perseveremos en la esperanza.
Haz que no disminuya en nosotros
la certeza de que Dios es fiel
y no permitas que seamos tentados
por encima de nuestras fuerzas.
Nos sabemos débiles, pecadores,
pero contamos siempre con tu perdón, tu ayuda y tu cariño.*

12.- LÍBRANOS DEL MAL

Con esta petición, con la que concluye el Padrenuestro, le pedimos a Dios que, en coherencia con la anterior, nos libere de todo aquello que nos aparta de Él y nos impide vivir con dignidad. Viene a ser como un postrer grito de auxilio para desamarrarnos de todo lo que nos esclaviza y poder disfrutar de la verdadera libertad de los hijos de Dios.

Para ser libres, debemos empezar por reconocer nuestras cadenas, pero el problema es que con demasiada frecuencia nos gustan las cadenas. Nos encanta vivir encadenados a la flojera, a la rutina, al consumismo, al dinero, a nuestros aparatos electrónicos, a la lujuria, a las drogas, y nos da miedo emprender el vuelo de nuestra libertad, de modo que nada ni nadie se adueñe de nuestro corazón. Libre no es el que hace lo que quiere, sino el que quiere lo que hace; el que actúa de modo que nada ni nadie tenga poder sobre él. Ser libre es no necesitar, no servir a lo que se tiene, no depender de nadie ni generar relaciones de dependencia, ser dueño de las cosas y saberlas utilizar al servicio del proyecto del reino. Libre es quien es capaz de hacer lo que debe, lo que le conviene, y no lo que le apetece. Libre es quien se responsabiliza de sus palabras, actos y vida.

Hoy se habla mucho de libertad y muy poco de responsabilidad, y hasta algunos las consideran contradictorias, pues confunden la libertad con la esclavitud, con las cadenas. Piensan que son libres porque se han librado de normas y principios éticos, porque hacen lo que quieren, “lo que les da la gana”, porque viven rodeados de guardaespaldas y matones, porque pueden comprar todo, hasta las personas y las conciencias, sin caer en la cuenta de que viven encadenados a sus caprichos, sus miedos, su egoísmo, su ambición de poder, de tener, o de placer.

La irresponsabilidad es enemiga de la libertad y en consecuencia del amor, pues no es posible amar sin libertad. Libertad y responsabilidad se implican mutuamente y vienen a ser como las dos caras de una misma moneda: Es imposible la libertad sin responsabilidad, y nadie es responsable de sus actos si no es libre. En este sentido, ni los animales, ni los locos, ni los niños pequeños son responsables de sus actos. El que en nombre de su libertad no asume su responsabilidad como padre o madre, como esposo o esposa, como vecino, como profesional, como estudiante, como ciudadano, no tiene la menor idea de en qué consiste la libertad.

Víctor Frankl señaló una vez que la excelente obra iniciada con la Estatua de la Libertad en Nueva York debía completarse con la Estatua de la Responsabilidad en Los Ángeles, con lo que pretendía subrayar la

necesidad de no desligar nunca la libertad de la responsabilidad. Una acción libre es siempre una acción responsable: Libertad sin responsabilidad es libertinaje, capricho, dominación. Son bien evidentes los estragos en todos los ámbitos que ocasiona un mal uso de la libertad. Sólo un ser dueño, al menos parcialmente, de sus deseos y de sus actos, puede ser considerado como responsable y es capaz de amar. El grado de su libertad será estrictamente proporcional al grado de su responsabilidad. Si la libertad consistiera en dar rienda suelta a nuestras pasiones y a nuestros instintos, los animales serían absolutamente libres.

El que es libre ni ofende ni teme. El libre respeta, se responsabiliza de sus palabras y sus actos, actúa con coherencia. Libertad es superación del egoísmo y la violencia, es pertenecer a la vida. *El miedo a la libertad*, tituló Erich Fromm uno de sus libros más famosos y pertinentes, en el que señala que la mayor parte de las personas le tienen miedo a la libertad. En verdad, para ser hoy libres, hace falta mucho valor, sacudirse los miedos y levantarse con decisión a la conquista de sí mismo, lo que implica coraje para recorrer un camino de esfuerzo y vencimiento, en contra del egoísmo, el rebaño o la manada. Hace falta hoy mucho valor para decir sí cuando uno cree que debe decirlo, para mantenerse firme y coherente con ese sí, cuando la mayoría a nuestro alrededor dice no y confunde la libertad con el capricho o con seguir los dictados de los caudillos, las costumbres o las modas.

Una vida sin libertad no merece ser vivida. Pero una supuesta libertad que no respeta la vida y llena al mundo de cadenas es opresión y barbarie. No es concebible una supuesta libertad que no respeta los derechos del otro, que engaña y causa sufrimiento. La libertad se ejerce en consecuencia, como liberación. Para ser auténticamente libres debemos analizar a qué estamos encadenados: poder, miedos, objetos, dinero, flojera, títulos, alcohol, lujuria, violencia...y emprender el camino arduo y exigente de irse liberando de esas cadenas o ataduras. En definitiva, no es libre el que hace lo que quiere, sino el que hace lo que debe. Por ello, en nuestro mundo que tanto vocea y defiende la libertad, cada día escasean más y más las personas auténticamente libres.

El Dios de Jesús, en coherencia con todo el pensamiento profético anterior, es un Dios que libera de toda esclavitud, interna o externa. No olvidemos que en los sucesos que se narran en Éxodo, que llevaron al pueblo judío de la esclavitud egipcia a la libertad, fue donde nació la fe de ese pueblo en un Dios Liberador. Posteriormente, los profetas presentarán siempre a un Dios Liberador de todo tipo de cadenas que humillan, excluyen u oprimen, amante de la misericordia y la justicia, cercano a los huérfanos, viudas y

todos los que sufren algún tipo de discriminación o explotación. El propio Jesús entendió su misión como un llamado a la libertad y la liberación. Un día, estando en Nazaret, entró Jesús en la sinagoga y, citando a Isaías (61, 1), resumió ante los asistentes su misión: *“El Espíritu del Señor está sobre mí y me ha consagrado para dar la Buena Noticia a los pobres. Me ha ungido para prometer la libertad a los encadenados y dar vista a los ciegos. Para poner en libertad a los oprimidos y anunciar el año de la gracia del Señor. Todos los presentes tenían los ojos fijos en él. Entonces él les dijo: Hoy mismo estas palabras empiezan a ser realidad”* (Lc. 4. 18-21).

En la respuesta que Jesús da a los enviados de Juan el Bautista que se acercan a preguntarle si es él el anunciado mesías o deben esperar a otro, se limita a anunciar una serie de hechos liberadores: *“los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan sanos, los sordos oyen, los muertos resucitan, se predica la Buena Noticia a los desdichados”* (Mat. 11, 4-6). Es decir, la implantación del reino se expresa siempre en hechos que liberan de opresiones concretas.

Ser cristiano es ser libre de toda coacción exterior: libre para seguir a Jesús, libre para en “todo amar y servir”, libre para liberar, para ayudar a las personas a asumir la vida como un caminar que va de la esclavitud hacia la libertad humanizadora. Libre, al estilo de Jesús, el hombre que supo liberarse de todo lo que le impedía entregarse por completo a su misión:

Fue libre frente al dinero: Fue pobre y durante toda su vida vivió como pobre. Nunca utilizó su prestigio y su poder para hacer fortuna y acaparar riquezas. Cuando un maestro de la ley se le acercó y le dijo que estaba dispuesto a seguirle donde quiera que fuese, Jesús le dejó bien claro que *“los zorros tienen cuevas y las aves tienen nidos, pero el Hijo del Hombre ni siquiera tiene dónde recostar la cabeza”* (Mateo 8, 19-20), lo que evidencia una vida desinstalada, sin posesiones, dependiente de las atenciones y limosnas de los demás. Jesús comía donde le daban de comer y dormía en la casa donde lo acogían. De hecho, cuando envía a los Doce, *“les ordenó que no llevaran nada para el camino, fuera de un bastón: ni pan, ni morral, ni dinero; que llevaran calzado corriente y un solo manto”* (Marcos 6,8-9). Mateo incluso dirá que no lleven bastón, ni sandalias (Mateo 10, 9-10).

Con radical claridad expresará que *“Nadie puede servir a dos patronos: necesariamente odiará a uno y amará al otro, o bien cuidará al primero y despreciará al otro. Ustedes no pueden servir al mismo tiempo a Dios y al Dinero”* (Mateo 6, 24). Es decir, si uno tiene el corazón atrapado por sus

posiciones y riquezas, lo tiene cerrado a las necesidades de sus hermanos y lo tiene cerrado a Dios, pues el único modo de servir a Dios es atendiendo las necesidades de sus hijos.

Libre frente a su familia: Resulta muy dura y hasta incomprensible la respuesta que Jesús le dio a su madre, cuando le reclamó por qué se había quedado en el templo, siendo todavía un niño de doce años, mientras ella y José lo buscaban desesperados y llenos de angustia por todas partes. El evangelista añade que María “guardaba todas esas cosas en su corazón”, es decir, las rumiaba, las aceptaba aunque no terminaba de entenderlas ⁴⁹.

Hay otro texto, más desconcertante todavía, que expresa que Jesús supera los estrechos márgenes de la familia para abrirse a la gran familia de los hijos de Dios, la fraternidad universal que quiere el Padre: “*Entonces llegaron su madre y sus hermanos, se quedaron afuera y lo mandaron a llamar. Como era mucha la gente sentada en torno a Jesús, le transmitieron este recado: ‘Tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y preguntan por ti’. Él les contestó: ‘¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?’ Y mirando a los que estaban sentados a su alrededor, dijo: ‘Estos son mi madre y mis hermanos. Porque todo el que hace la voluntad de Dios es hermano mío y hermana y madre’*” (Marcos, 3, 31-35).

Libre frente a las normas, las apariencias y el qué dirán: En una sociedad llena de minuciosas normas que asfixiaban la vida y de barreras religiosas, económicas y sociales, Jesús manifestó una increíble libertad para superar los viejos esquemas y una extraordinaria creatividad para establecer un mundo de nuevas relaciones inclusivas: Se reunía y comía con pecadores y publicanos e incluso llamó a uno de ellos, Mateo, a su seguimiento; se dejó besar los pies por una prostituta, salvó de la muerte a pedradas a una adúltera y conversó largamente y a solas con la samaritana, un verdadero escándalo, por mujer, por no-judía, y por ser además de muy baja reputación.. Tocó y curó a los leprosos, considerados impuros y prefirió siempre a los más necesitados, rechazados, alejados pues, como El mismo decía, “*son los enfermos y no los sanos los que necesitan de médico*” (Mateo 9, 12).

Jesús rompió esquemas, moldes, tradiciones; hacía cosas insólitas que escandalizaban a los fariseos y a las gentes piadosas; acabó con todo un mundo de prejuicios y exclusiones. Nadie era indigno de relacionarse con

⁴⁹ Ver Lucas 2, 41-50.

Él, por malo que hubiera sido su pasado. Sus palabras y su vida fueron un llamado permanente a la osadía y la libertad creadora.

Libre frente al poder: Huyó cuando, después de la multiplicación de los panes, lo quisieron nombrar rey; rechazó sin el menor titubeo, y como ya dijimos, la figura de Mesías Glorioso y tan esperado que libraría a su pueblo de la tiranía de Roma y lo llevaría a conquistar militarmente otras naciones. A las peticiones de los Zebedeos, que le pedían cargos honoríficos en el reino, la contraoferta de Jesús fue una invitación a “beber su cáliz”, es decir, a acompañarle en su camino de servicio, humillación y sufrimiento. Recordemos que entró en Jerusalén montado en un burrito, como los pobres y los sencillos, y no sobre un brioso caballo como los guerreros y los poderosos. Mantuvo su dignidad ante los Sumos Sacerdotes, Herodes y Pilatos, sin amilanarse, sin prestarse a sus juegos, sin dejarse utilizar. El, que era tan agudo, podía haberlos destrozado con sus argumentos, pero prefirió callarse. No intentó defenderse con su elocuencia de lo que había hecho y enseñado. No le interesaban las discusiones meramente académicas. Los derrotó con su silencio. No se acobardó, no imploró clemencia, no intentó justificarse ni excusarse.

Libre frente a la ley. Tal vez sea aquí donde mejor se expresa la increíble libertad de Jesús, que supo combinar de un modo extraordinario la humildad y la tolerancia con la osadía y la creatividad. La ley era lo más sagrado de los judíos. La perfección y la santidad consistían precisamente en el cumplimiento riguroso de la ley. Por eso, los fariseos que eran estrictos cumplidores de la ley, se consideraban superiores y mejores que los demás.

Para Jesús servía de muy poco el cumplimiento de la ley si olvidaba a los hermanos. Lo importante era la persona, no la ley, que siempre debía estar al servicio del hombre. Por ello, había incluso que quebrantarla si se usaba como excusa para esclavizar y como medio de ganarse la voluntad de Dios.

Para que no cupiera la menor duda de su concepción de la ley, adoptó actitudes claramente provocativas: en varias ocasiones curó en sábado, a un paralítico⁵⁰, a una mujer poseída por un mal espíritu⁵¹ y a un ciego de nacimiento⁵², lo cual estaba totalmente prohibido. Los evangelistas subrayan que el paralítico llevaba treinta y ocho años enfermo, la mujer dieciocho y el ciego lo era desde su nacimiento. Cualquiera menos “conflictivo” que Jesús, para no buscarse problemas, hubiera esperado que

⁵⁰ Ver Juan 5,1-15

⁵¹ Ver Lucas 13, 10-16

⁵² Ver Juan 9, 1-41

pasara el sábado y los hubiera curado sin necesidad de quebrantar la ley. Total, si llevaban tanto tiempo en esa situación, no les hubiera importado esperar unas pocas horas más. Eso es precisamente lo que no pueden comprender ni aceptar los celosos cumplidores de la ley: *“hay seis días de trabajo en la semana, por qué no ser curado en cualquiera de esos días para así no transgredir la ley”* (Lucas, 13, 14).

Es que no se trataba sólo de curar. Jesús quería desmontar toda esa falsa estructura que absolutizaba la ley sobre las personas y que, en consecuencia, ya no se utilizaba para liberar sino para oprimir. Por eso, y ante el gravísimo enojo y escándalo de los fieles cumplidores de la ley (todos los evangelistas se cuidan de subrayar bien esto), Jesús la quebranta para sanar y deja bien claro que toda ley debe estar al servicio de la liberación de las personas, pues *“El sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado”* (Marcos 2, 28).

Esta actitud valiente de Jesús que enfrentó con decisión y sin miedo una ley que no estaba al servicio de las personas, va a ser, en consecuencia, lo que le ocasionó la muerte. *“Tenemos una ley, y según esa ley, debe morir”* (Juan 19,7), le dirán sus enemigos a Pilatos para justificar y exigir su condena a muerte.

En definitiva, Jesús asumió y ejerció su libertad creativa para liberar de todo tipo de ataduras que impiden a las personas alcanzar su plenitud. Fue enteramente libre para liberar, para amar, para servir, para cumplir el proyecto del Padre que quiere establecer su reino de justicia y fraternidad.

Orar “líbranos del mal” supone cultivar los valores de **la libertad, y también del coraje y la fortaleza** pues hoy hace falta mucho valor para emprender el camino de la libertad fuera del rebaño y la manada y de una cultura que nos programa para manipularnos y decidir por nosotros qué tenemos que vestir, qué tenemos que comer, qué debemos comprar, qué aparatos debemos utilizar, cómo debemos divertirnos y hasta cómo debemos hablar y pensar.

Actividades sugeridas.

A la luz de lo que hemos dicho sobre la libertad de Jesús, ¿cómo concebimos la libertad? ¿La libertad se opone a la responsabilidad o se exigen mutuamente?

Dijimos más arriba que Erich Fromm escribió un libro titulado “El miedo a la libertad”, en el que aseguraba que a las personas nos da miedo ser libres. ¿Qué piensan de eso? ¿Ustedes le tienen miedo a la libertad? ¿Por qué?

Leer y comentar la historia del águila que se convirtió en gallina:

Hace ya algún tiempo, un campesino alemán agarró un pichón de águila, lo llevó a su granja, y lo crió con sus gallinas. El águila creció como gallina, actuaba como gallina, en todo semejaba una gallina.

Un día, visitó la granja un naturalista que se había especializado en las costumbres y hábitos de las águilas. Cuando vio al águila en medio de las gallinas, le dijo al campesino:

-¿Has caído en la cuenta de que hay un águila entre tus gallinas?

El campesino le respondió sonriendo:

-Parece águila, pero es gallina. Nació águila, pero lo crié como gallina y se transformó en gallina.

El naturalista se revolvía de indignación:

-No es posible que conviertas un águila en una gallina. El águila nació para volar en las alturas y erguirse sobre las montañas. Las gallinas se las pasan escarbando basuras y sólo son capaces de miserables vuelos rastreros.

Como el campesino seguía insistiendo en que ya no era águila, sino que era una gallina pues la había criado como tal, le dijo el naturalista apasionadamente:

-No vuela ahora, pero ella tiene en los ojos la dirección del sol y en su pecho el llamado de las alturas. Ya verás cómo ella es capaz de volar.

Una mañana, el campesino y el naturalista salieron muy temprano rumbo a la montaña llevando consigo el águila convertida en gallina. Cuando llegaron a la cumbre, el sol nacía. El naturalista agarró con fuerza al águila-gallina, dirigió sus ojos hacia el sol, y la lanzó a lo alto.

El águila-gallina empezó a agitar las alas con desesperación, pero sintió el llamado apasionante de la altura, despertó en su corazón su vocación de

cumbre, sus alas consiguieron firmeza, y se fue perdiendo en un vuelo pleno y cada vez más seguro y libre en el azul infinito del cielo.

¿Qué nos ha dicho la historia? ¿Cuáles son las cadenas que no nos dejan emprender el vuelo de la libertad? ¿Queremos ser águilas o gallinas? ¿Qué refleja el estilo de nuestras vidas que somos? ¿Qué nos proponemos hacer para emprender el vuelo de nuestra libertad?

Finalizar con la siguiente oración:

*Señor, queremos ser libres como lo fue Jesús.
Libres para cumplir tu voluntad
Y en todo amar y servir a todos.*

*Pero nos sabemos cargados de cadenas
y experimentamos con frecuencia que nos gustan las cadenas.*

*Por ello, tú que eres El Libertador,
líbranos de los miedos que nos paralizan,
líbranos de la cobardía y el acomodo,
líbranos de la mediocridad que nos lleva a servir a dos señores,
líbranos de la superficialidad que nos aleja de una vida plena,
líbranos del rencor y de la envidia que no nos dejan ser hermanos,
líbranos del temor al qué dirán que nos impide ser tus testigos valientes*

A continuación, cada uno puede libremente ir añadiendo una petición de algo que le pide al señor ser liberado.

Concluir con un firme:

AMEN,

Sí, Padre,

Así lo queremos.

Así lo pedimos.

Así lo esperamos.

Así lo deseamos.

Todo lo dejamos en tus manos de Padre maternal.

A pesar de nuestra cobardía y debilidad

¡Cuenta con nosotros!

Apéndice

1.- El padrenuestro del educador

Padre nuestro que estás en el cielo, y también en nosotros; comenzamos en tu presencia esta jornada de trabajo, con espíritu fraternal porque tú eres nuestro Padre. Tú nos acompañas como el sol sobre el horizonte de este día nuevo, que nos entregas y confías para que seamos luz en el camino de tus hijos, y descubramos con ellos que el cielo ya está en nosotros.

Santificado sea tu nombre. Que te alaben nuestros alumnos y te bendigan al ver nuestras buenas obras. Que te descubran y se reconozcan hijos tuyos al sentirse alcanzados por tu amor de Padre, revelado en nuestro amor de hermanos. Que tu nombre de Padre se haga visible en la convivencia familiar de nuestra comunidad educativa.

Venga tu Reino. El que Jesús anunció y comenzó; el reino de la paz en el amor, en la justicia y en la libertad. El reino cuya maduración nos confiaste a cada uno de nosotros. Que nuestras aulas sean la antesala de una sociedad renovada por la convivencia en la fraternidad.

Hágase tu voluntad, en la tierra como en el cielo. Que la descubran todos los hombres y la realicen en todas partes. Que nosotros llenemos sus exigencias, conviviendo y colaborando fraternalmente en nuestra comunidad educativa, compartiendo solidarios las cargas con nuestros compañeros de trabajo y caminando como pedagogos con tus hijos por los caminos de la libertad comprometida en el amor.

Danos hoy nuestro pan de cada día: el pan de la mesa familiar, el pan de la verdad y la amistad, el pan de la justicia y la libertad, el pan de los ideales y los valores que le dan sentido a la vida, el pan de la responsabilidad creadora; para que lo compartamos cada día con los alumnos que nos confiaste, y así crezcamos con ellos hasta la madurez del Hombre Nuevo.

Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. Perdónanos nuestras mediocridades y nuestras limitaciones culpables, porque con ellas empobrecemos a nuestros alumnos. Perdónanos nuestros desalientos y nuestras impaciencias, que miden la pobreza de nuestra fe, de nuestro amor y de nuestra esperanza. Y que nosotros comprendamos y perdonemos a nuestros alumnos, como tú nos comprendes y perdonas a nosotros. Que los aceptemos como son para que lleguen a ser mejores. Que los ayudemos a crecer con un amor lleno de

exigencias y totalmente libre de impaciencias, como tú lo haces con nosotros.

No nos dejes caer en la tentación de hacer de nuestra vocación una mercancía que se vende y que se compra; de olvidar a los marginados de la cultura y de nuestras estructuras educativas; de reducirnos a ser funcionarios al servicio de una enseñanza no comprometida con la vida; de callar por miedo, cuando debemos hablar para defender los derechos de nuestros alumnos, de nuestros compañeros de trabajo y de cualquier persona; de desalentarnos ante el peso y las dificultades de cada día; de perder la confianza en nuestros alumnos, porque tú tienes puesta en ellos tu esperanza creadora de Padre.

Y líbranos del mal del paternalismo que aliena y no deja crecer y del autoritarismo que domestica, borrando la originalidad de cada alumno. Líbranos del mal de sentirnos dueños, cuando tú nos quieres servidores de los que son tus hijos y hermanos nuestros. Líbranos del mal terrible de no amar a nuestros alumnos, dañando la vida de la niñez y de la juventud, porque en ellos está la esperanza de la patria y del mundo de mañana.

Amén. Sí, Padre. Así lo queremos. Así lo pedimos. Así lo prometemos. Así lo esperamos, porque Tú también lo quieres y juntos lo haremos posible.

2.- El padrenuestro del educador (versión abreviada).

Padre Nuestro que estás en el cielo, y también con nosotros, comenzamos en tu presencia nuestro trabajo, con espíritu fraternal porque tú eres nuestro Padre.

Santificado sea tu nombre: que te alaben nuestros alumnos y te bendigan al ver nuestras obras. Que tu nombre de Padre se haga visible en la convivencia familiar de nuestra comunidad educativa.

Venga tu Reino, el que Jesús anunció y comenzó, el reino cuya maduración nos confiaste a cada uno de nosotros. Que nuestras aulas sean la antesala de una sociedad renovada.

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Que nosotros llenemos sus exigencias: conviviendo y colaborando fraternalmente en nuestra comunidad educativa, y caminando como pedagogos con tus hijos por los caminos de la libertad.

Danos hoy nuestro pan de cada día, el pan de la mesa familiar, el pan de la verdad y la amistad, el pan de la justicia y la libertad, el pan de los ideales y los valores para que lo compartamos cada día con los alumnos que nos confiaste.

Perdona nuestras ofensas, como nosotros perdonamos, y nuestras limitaciones culpables porque en ellas empobrecemos a nuestros alumnos. Perdónanos nuestros desalientos y nuestras impaciencias. Y que nosotros comprendamos y perdonemos a nuestros alumnos.

No nos dejes caer en la tentación de hacer de nuestra vocación una mercancía que se vende y que se compra; de olvidar a los marginados de la cultura y de nuestras estructuras educacionales, de reducirnos a ser funcionarios al servicio de una enseñanza no comprometida con la vida.

Y líbranos del mal del paternalismo que aliena y no deja crecer. Líbranos del autoritarismo que domestica, borrando la originalidad de cada alumno. Y líbranos del mal terrible de no amar a cada alumno.

Amén

3.- Padrenuestro ecológico

Padre nuestro

que estás en el bosque,
en el mar, en el desierto y en la ciudad.

Santificada sea tu creación,
pletórica de desarrollo, fuerza y vida.

Venga a nosotros tu sabiduría,
para proteger y desarrollar la belleza que nos has dado,
que está en la flor y el arco iris, en el agua,
y en la fértil madre tierra, en el cálido aliento del sol,
y en la fresca oscuridad del descanso.

Hágase, Señor, tu voluntad,
para que seamos personas humanas
a tu imagen y semejanza, y asumamos el reto
de mantener el proceso vital de tu creación.

Danos hoy el verdor de cada día,
en el prado y en el monte,
en el jardín y en la tierra que agoniza.

Perdona nuestra irresponsabilidad,
al no cuidar lo que nos has dado,
como nosotros, por el amor,
perdonamos a los contaminadores.
Y les instamos con vehemencia a que abandonen
su trabajo de destrucción.

Y no nos dejes caer en la desertización
que a la muerte conduce,
que niega tu obra y aniquila la vida.

Y líbranos del conformismo,
para que se transformen nuestras vidas,
en fuerza dinámica, que reproduce la vida.

Amén

(Noe Morales-Rodríguez)

4.- Padrenuestro de la paz

Padre que miras por igual a todos tus hijos que ves enfrentados.

Nuestro, de todos. De los cerca de 7.000 millones de personas que poblamos la tierra, sea cual sea nuestra edad, color, religión o lugar de nacimiento.

Que estés en los cielos, y en la tierra, en cada hombre, en los humildes y en los que sufren.

Santificado sea tu nombre, pero no con el estruendo de las armas, sino con el susurro del corazón.

Venga a nosotros tu reino, el de la paz, el del amor. Y aleja de nosotros los reinos de la tiranía y la explotación.

Hágase tu voluntad siempre y en todas partes. En el cielo y en la tierra. Que tus deseos no sean obstaculizados por los hijos del poder.

Danos hoy porque mañana puede ser tarde: “la guerra amenaza y algún loco puede empezarla”.

Nuestro pan de cada día, que está amasado con paz, justicia y amor. Aleja de nosotros el pan de la cizaña que siembra envidia y división.

Perdónanos, no como nosotros perdonamos, sino como Tú perdonas, sin dar lugar al rencor ni la venganza.

No nos dejes caer en la tentación de almacenar lo que no nos diste, de acumular lo que otros necesitan, de mirar con recelo al de enfrente.

Libranos del mal que nos amenaza, de las armas, del poder, de la sociedad de consumo, de vivir montados en el gasto,

Porque somos muchos, Padre, lo que queremos vivir en paz.

5.- Padre y Madre nuestro

Padre y Madre nuestro,
que estás con nosotros y en nosotros;
glorificado sea tu nombre:
que cada ser humano esté lleno de vida.

Acontezca tu reinado,
que se realice tu voluntad
de vida plena, para todos
y cada uno de nosotros.

Ayúdanos a dar el pan
a cada uno de los que lo necesitan,
el pan material y el del afecto.

Perdón, cuando te hacemos sufrir.
Enséñanos a perdonar
a los que nos hacen sufrir.
No permitas que caigamos
en la tentación de no creer en la vida.

Amén.

6.- Padrenuestro de los padres

Padre Nuestro,
de todos nosotros que también somos padres,
que hemos dado vida a nuestros hijos
y que los amamos más que a todo.

Que estés en los cielos
y también en la tierra entre nosotros:
en las realidades de cada día,
en la intimidad de nuestro matrimonio
y en el corazón de cada uno de nuestros hijos.

Santificado sea tu nombre,
que reconozcamos que Tú eres Santo y Bueno;
que comprendamos que sólo eres Amor;
que creamos que Tú te enterneces cuando nos miras
como lo hacemos nosotros cuando miramos a nuestros hijos.

Venga a nosotros tu reino,
en el mundo y en nuestro hogar:
que reine un clima de paz, de estima, de alegría;
que estés presente en nuestros pensamientos y actuaciones,
en las dificultades y en el bienestar.

Hágase tu voluntad,
aunque no la entendamos, porque estamos seguros de tu amor,
y que nunca deseemos,
ni para nosotros ni para nuestros hijos,
nada que pueda perjudicar.

En la tierra como en el cielo,
en las cosas importantes y en las pequeñas,
en las cosas materiales y en las espirituales,
para que podamos ayudar a nuestros hijos
a empezar a vivir, ya en la tierra, pedacitos de cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día,
todo lo que nos tiene que dar fuerza:
tu Palabra y tu presencia;
aquello que nos es imprescindible para la vida de cada día:
esfuerzo, paciencia, ternura, capacidad de perdón...

Perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

Que creamos en tu perdón y que, como Tú, deseemos perdonar cada día a los que nos molestan o no nos comprenden, a los que se muestran desagradecidos o poco delicados, sobre todo a los de casa.

No nos dejes caer en la tentación
del desánimo, del cansancio,
de la desconfianza entre nosotros,
de la exigencia sin misericordia,
de la condescendencia sin firmeza.

Y líbranos del mal,
del mal y de hacer el mal,
de los desaciertos en la educación de los hijos,
de la incomprensión entre los esposos,
de la autosuficiencia, rigidez y tristeza,
para que podamos vivir en tu presencia
toda la familia unida y esperanzada,
ahora y siempre
¡y así no dejemos nunca de ser sal y luz para nuestros hijos!

7.- Padrenuestro de la Paz y el Pan

Padre nuestro
que estás en todas partes,
queremos que te conozcan y que te quieran.
Queremos vivir en ese reino que prometes
y que día a día preparamos,
reino de iguales y de libres
regidos por tu paz, tu luz y tu alegría.

Queremos repartirnos entre todos
el pan, las flores, el tiempo y el trabajo.
Y esperamos de ti el perdón tan necesario
para vivir serenos de cara hacia el futuro.

También nosotros queremos perdonarnos,
levantando a la vez un mundo derruido
por el odio egoísta, por la loca soberbia,
por la ciega violencia,
de todos los deseos desbocados
de dicha individual.
Tentaciones que día a día nos acosan
como a Jesús un día le acosaron.
Con su fuerza –que es la tuya-
queremos rechazarlas
y construir un mundo
lleno de paz y pan para toda la humanidad
y poder en unión cada día repetirte:
Padre nuestro.

8.- Padre nuestro, que estás en medio...

Padre nuestro que estás en medio
de millones de niños hambrientos.

Santificado sea tu nombre
en los pobres y en los humildes.

Venga a nosotros tu reino
de ternura, de amor, de fraternidad.

Hágase tu voluntad
que es liberación y evangelio
para proclamar a todo el mundo.

Danos hoy nuestro pan de cada día:
el pan de la casa, de la paz,
del saber, del trabajo,
de la salud, de tu Palabra.

Perdónanos, Señor,
por olvidar a nuestros hermanos.

Líbranos del mal
Y de la tentación de pensar
sólo en nosotros mismos.

Amén

(Infancia Misionera, 1999).

9.- Padre nuestro del cielo

Padre nuestro del cielo,
te llamamos los hombres,
los que nos sentimos hermanos de tu Hijo,
a Ti, que estás en el cielo y en todas partes,
pero sobre todo en nuestro interior.

Tú eres santo,
Y quieres que también nosotros lo seamos,
para que nos podamos llamar hijos tuyos.

Que llegue pronto tu reinado,
un reinado de paz y de justicia,
de verdad y de vida,
de amor y de libertad,
donde todos nos amemos,
donde todos seamos iguales.

Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo,
Tú eres el más fuerte,
pero nos has hecho libres,
y nos dejas vencer.
Nosotros queremos ser tuyos,
queremos cumplir tu palabra.
Que tu verdad sea fuerza en nosotros.

Danos nuestro pan de cada día,
danos amor sobre todo,
para saber compartir lo que tenemos.
Danos el Pan de tu Hijo,
para que nos mantenga unidos.

Perdónanos, que también nosotros perdonamos,
aunque con frecuencia nos cueste olvidar,
aunque a veces nos resistamos a la venganza.
Perdónanos, para que aprendamos a perdonar.

Y no nos dejes caer en la prueba,
sobre todo, no dejes que nos cansemos de levantarnos,
no permitas que nos acostumbremos al pecado.

Mas líbranos del mal,

de olvidarnos que nos amas
y de alejarnos de tus brazos amorosos
y de tu corazón de Padre
que siempre nos espera.

Amén

10.-Padrenuestro de Frei Betto (sacerdote brasileño)

Padre nuestro que estás en el cielo, y eres nuestra Madre en la Tierra, amorosa orgía trinitaria, creador de la aurora boreal y de los ojos enamorados que enternecen el corazón. Señor más allá del moralismo desvirtuado y guía de la trocha peregrina de las hormigas de mi jardín.

Santificado sea tu nombre grabado en los girasoles de inmensos ojos de oro, en el enlace de un abrazo y en la sonrisa cómplice, en las partículas elementales y en el candor de la abuela al servir la sopa.

Venga a nosotros tu reino para saciarnos el hambre de belleza y sembrar compartir donde hay acumulación, alegría donde irrumpió el dolor, sabor de fiesta donde campea la desolación.

Que se haga tu voluntad en los caminos desorientados de nuestros pasos, en los ríos profundos de nuestras intuiciones, en el vuelo suave de las garzas y en el beso voraz de los amantes, en la respiración jadeante de los afligidos y en la furia de los vientos convertidos en huracanes.

Así en la tierra como en el cielo, y también en la médula de la materia oscura y en la garganta abisal de los agujeros negros, en el grito inaudible de la mujer maltratada y en el prójimo mirado como desemejante, en los arsenales de la hipocresía y en las cárceles que congelan vidas.

Danos hoy el pan nuestro de cada día, y también el vino embriagador de la mística alucinada, el coraje de decir no al ego propio y el dominio vagabundo del tiempo, el cuidado de los desheredados y la valentía de los profetas.

Perdona nuestras ofensas y deudas, la altivez de la razón y la acidez de la lengua, la ambición desmesurada y la máscara con que cubrimos nuestra identidad, la indiferencia ofensiva y la adulación reverencial, la ceguera ante el horizonte desnudo de futuro y la inercia que nos impide hacerlo mejor.

Así como nosotros perdonamos a quien nos ha ofendido y a nuestros deudores, a los que nos escarban en el orgullo e imprimen envidia en nuestra tristeza de no poseer el bien ajeno, y a quien, ajeno a nuestra supuesta importancia, se cierra a una inconveniente intromisión.

Y no nos dejes caer en tentación ante el porte suntuoso de los tigres de nuestras cavernas interiores, las serpientes atentas a nuestras indecisiones, los buitres depredadores de la ética.

Pero líbranos del mal, del desaliento, de la desesperanza, del ego inflado y de la vanagloria insensata, de la insolidaridad y de la flacidez del carácter, de la noche sin luna de sueños y de la obesidad de convicciones demasiado seguras.

Amemos.

11.- Padrenuestro de José Antonio Pagola (teólogo y sacerdote español)⁵³

Padre nuestro que estás en el cielo. Tú eres el Padre de todos. No estás ligado a un lugar sagrado. No vives encerrado en los templos, mezquitas o sinagogas. Desde el “cielo” cuidas de todos tus hijos e hijas. No eres propiedad de ninguna religión. No eres sólo de los piadosos. Tú haces salir tu sol sobre buenos y malos. Por eso también yo te invoco como Padre.

Santificado sea tu nombre. Haz que tu nombre de “Padre” sea conocido y venerado. Que todos reconozcan la bondad y la fuerza salvadora que encierra ese nombre santo. Que nadie lo desprecie. Que nadie lo profane maltratando a tus hijos e hijas. Manifiesta ya tu poder salvador. Que sean desterrados los nombres de los dioses e ídolos que matan a tus pobres. Que todos bendigan tu nombre de Padre bueno. Que nadie haga daño en tu nombre.

Venga a nosotros tu reino. Que no reine en el mundo la violencia y el odio destructor. Que reine tu justicia, tu compasión y tu perdón. Que no reine el primer mundo sobre el tercero, ni los europeos sobre los africanos. Que los poderosos no abusen de los débiles ni los ricos de los pobres. Que los varones no dominen ni maltraten a las mujeres. Que se adueñe del mundo el amor y la solidaridad. Que sepamos abrir caminos a tu paz

Que se haga tu voluntad en la tierra como en el cielo. Que no encuentre tanto obstáculo y resistencia en nosotros. Que se haga tu voluntad y no la nuestra. Que se cumplan tus deseos, pues tú sólo quieres nuestro bien. Que en el mundo entero se haga tu voluntad y no lo que desean los poderosos de la tierra. Que veamos hecho realidad entre nosotros lo que tienes decidido en tu corazón de Padre.

Danos hoy el pan de cada día. Danos a todos el alimento que necesitamos para vivir. Que a nadie le falte pan. No te pedimos dinero ni bienestar abundante. No queremos riquezas para acumular. Sólo pan para todos. Que los hambrientos de la tierra puedan comer; que tus pobres dejen de llorar y empiecen a reír; que los podamos ver viviendo con dignidad. Que ese pan que un día podremos comer todos juntos, sentados a tu mesa, lo podamos gustar desde ahora.

⁵³ Tomado de Creer, ¿para qué? Conversaciones con alejados. PPC, Madrid, 2008, págs.. 94-95

Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Estamos en deuda contigo. No sabemos responder a tu amor de Padre. No entramos en tu reino. Necesitamos tu perdón y tu misericordia. Nuestra oración es sincera. Al pedirte perdón estamos perdonando a quienes están en deuda con nosotros. No deseamos alimentar en nuestro corazón resentimientos ni deseos de venganza contra nadie. Que tu perdón nos transforme y nos haga vivir perdonándonos mutuamente.

No nos dejes caer en la tentación. Somos seres débiles, expuestos a toda clase de peligros y riesgos que pueden arruinar nuestra vida, alejándonos para siempre de tu reino. El misterio del mal nos amenaza. No nos dejes caer en la tentación de rechazarte. No nos dejes caer derrotados en la prueba final. Que en medio de la tentación podamos contar con tu ayuda poderosa.

Líbranos del mal. Escucha nuestro grito de socorro. Líbranos del mal. Hemos nacido para vivir. Queremos conocer una vida diferente, plena, liberada. ¡Padre, arráncanos del mal!

Amén

12.- Padrenuestro de José Enrique Ruiz de Galarreta (teólogo y sacerdote español)⁵⁴

Porque hay a quien dirigirme. Porque mi vida no es una porquería entre la nada y la nada, una pasión inútil entre no-ser y no-ser. Porque estoy a cubierto. Porque existe el proyecto, el destino, el que sabe. Porque estás ahí y eres el que me quita el miedo. Porque dirigirme a Ti es levantar el corazón, no machacarlo, porque levanto mi mano y hay una Mano mayor que me la toma. Porque sé a quién dirigirme, a quién referirme, de quién fiarme. Porque Jesús, el Hijo, me informó de quién soy y de Quién eres. Por eso puedo levantar la vista, alzar la frente, mirarte a los ojos y decir: *PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO.*

Ésta es la vida eterna, que te conozcan, que te quieran. Si todos te conocieran ¡se acabarían tantas oscuridades! No te conocen, se han fijado en caricaturas de Ti. Por eso te ignoran, te niegan, blasfeman de Ti. Conocerme es amarte, pues no es posible sentirse querido y no querer. Bendito seas Tú, que creas porque necesitas Hijos, que nos sacas adelante, que preparas la mesa mientras llegamos. Bendito seas porque entregaste al mejor de tus Hijos para que todos te conozcamos. Bendito seas Señor, que todos los pueblos te conozcan y te quieran: *SANTIFICADO SEA TU NOMBRE.*

Tienes que reinar. Entre nosotros reina ahora la violencia, el exceso de los ricos, la humillación de los pobres, reina la necesidad de consumir, reina la locura contra el planeta entero. Reina la oscuridad. Eso es lo que ahora reina. Queremos que reine la libertad, que reine la confianza, que reine la solidaridad, que reine el perdón, que reine la dignidad de tus hijos. Queremos que reines Tú. Y lo esperamos, con esperanza cierta: sabemos que el Reino es tu obra, tu empeño, tu sueño. Nosotros sembramos, abonamos, podemos, regamos, pero Tú eres el que da la vida: *VENGA A NOSOTROS TU REINO.*

Sabemos cuál es tu voluntad, porque te conocemos: tu voluntad es que todas las personas sepan que son hijos, que todos vivan como hijos, que todos vivan para siempre. Esa es tu voluntad y tu proyecto, es la misión que encargaste a Jesús, es la misión que Jesús nos encargó a nosotros. Y, entretanto, este oscuro camino hacia la Patria, que no sabemos por qué lo hiciste tan oscuro, tan estrecho, tan llenos de peligros y de amargura. Si es así, lo habrás querido así y tenemos que aceptarlo, aunque no lo entendemos. En el cielo y en la tierra. Allí quedarán cumplidos tus planes;

⁵⁴ Tomado de los comentarios a la misa del Domingo 17-C- 25 de Julio de 2010, enviados por correo electrónico por el P. Ángel Martínez Munárriz.

aquí seguimos peleándonos con las tinieblas. Que se cumpla, Señor, tu voluntad, tu voluntad de que la tierra sea como el cielo, tu voluntad de que haya luz y desaparezcan las tinieblas: *HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.*

Tú sabes bien de qué barro nos hiciste. Nos consta que sabes lo que necesitamos. Yo tengo pan, muchos no tienen pan. Yo tengo el Pan de tu Palabra, muchos no lo tienen. Yo tengo el Pan de Jesús, muchos no lo tienen. Porque no vivimos sólo del pan que se mastica, sino también –y mucho más- del pan de la esperanza, del pan del perdón, del pan de la justicia. Hoy pensaré en la Eucaristía que me estás dando tu Pan y desearé que nunca me falte. Hoy me alimento del Pan de Jesús, tu Palabra hecha carne para mi alimento. Y pediré que nunca me falte. Y pensaré en el hambre de mis hermanos, faltos de Pan y de Palabra. Y pediré que te acuerdes de que te necesitamos. Que no nos falte, Señor, tu Pan: *DANOS HOY NUESTRO PAN DE CADA DÍA.*

Ofensas, fea palabra. Nunca ha pasado por mi mente ofenderte. Si alguien te ha ofendido es porque no te conoce. Sabes que no son ofensas, que son errores y esclavitudes. Yo sé que así lo sabes, pero es que necesito excusarme ante Ti, mi Padre, por ser tan poco hijo. Yo sé que vivo gracias a que Tú me conoces y me comprendes. Yo sé que esa manera tuya de comprender y perdonar está en mis hermanos, tus otros hijos. Sé que ellos me conocen y me comprenden, y me siento bien, conocido y comprendido. Quiero vivir en ese ambiente, quiero comprender y perdonar, quiero vivir perdonando y perdonado: *PERDONA NUESTRAS OFENSAS COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN.*

Tentación. Toda mi vida es una enorme tentación. Te confesaré que no me apetece el reino. Me tienta el dinero, me tienta la venganza, me tienta el prestigio, me tienta todo. Tu reino, tan fascinante, me atrae menos que muchas otras cosas, más cercanas, más tentadoras. El reino se me convierte en una puerta estrecha, en un camino empinado, en un ojo de aguja difícil de ensartar. No me abandones, no retires de mí tu Santo Espíritu, no permitas que mis ojos prefieran tesoros que roe la polilla, no me dejes servir a otros señores, no me dejes en manos de mí mismo. Que tu vara y tu cayado me conduzcan mientras camino por oscuras cañadas: *NO NOS DEJES CAER EN TENTACIÓN.*

¿Por qué has dejado suelto tanto mal? ¿Es que no sabes que el mal nos impide creer en Ti? ¿Es que no miras el dolor de tantos hijos? ¿Es que van a ser nuestros males más poderosos que Tú, es que nos van a impedir creer en Ti? Yo sueño con un mundo de hijos que no sufren. Yo sueño con un

mundo en que no haya que creer en Ti, un mundo en que seas evidente. Me parece que estamos atados, agobiados, sometidos, al poder de las tinieblas que nos impiden verte, al poder de la tierra que nos atrae mucho más que el cielo. Líbranos, Tú que eres poderoso, tú que pusiste a tu hijo el nombre de “El Libertador”, en esta vida y para siempre, líbranos: *Y LÍBRANOS DEL MAL.*

Bibliografía

- Ayerra, M. P. (2007): **Así vivo yo como cristiana. Cartas a un amigo que quiere ser cristiano.** Edit. CCC.
- Bazarra, c. (1999): **Muéstranos al Padre.** San Pablo, Caracas.
- Benedicto XVI (2006): **Deus Caritas est (Dios es amor)**, Carta Encíclica sobre el amor cristiano. Universidad Cecilio Acosta, Colección Documentos del Magisterio 4, Maracaibo.
- Benedicto XVI (2007): **Jesús de Nazaret.** Ed. La Esfera de Palabras.
- Breemen, Piet van (2000): **Lo que cuenta es el amor. Ejercicios espirituales en la vida.** Sal Terrae, Santander.
- Caravias, J.L.(1987): **El Dios de Jesús.** Paulinas, Bogotá.
- Casaldáliga, P. y Vigil, J.M.(1992): **Espiritualidad de la liberación .**Sal Terrae, Santander.
- Castillo, J.M. y Estrada, J. (1994): **El proyecto de Jesús.** Sígueme, Salamanca.
- Cury, A.J. (2003): **El Maestro de los maestros.** Paulinas, Bogotá.
- Chopra, D. (2001): **El perdón: cien reflexiones.** Norma, Bogotá.
- García-Rincón de Castro, C. (2006): **Educación la mirada.** Narcea, Madrid.
- González, A.C.:**Orar con las parábolas del Reino...para hacer divinos los Caminos.** Ed. Desclée de Brower, Bilbao.
- González Buelta, B. (2006): **Ver o perecer. Mística de ojos abiertos.** Sal Terrae, Santander.
- González, F.B. (1985): **Acercamiento a Jesús de Nazaret.** Paulinas, Madrid.
- Huarte, I. (2008): **Despertar a la vida diferente.** S.A. de Educación y Cultura Religiosa, Caracas.
- King, M.L. (1963): **La fuerza del amor.** Ed. Aymá, Barcelona.
- Lancelot, Jacques (2007): **El Padrenuestro reflexionado y meditado.** Sal Terrae, Santander.
- Leclerq, J. (1994): **De pie sobre el sol. El triunfo de la condición humana.** Narcea, Madrid.
- Martín Descalzo, J.L. (1996): **Vida y misterio de Jesús de Nazareth.** Sígueme, Salamanca.
- Mazariegos, E. (2004): **La aventura apasionante de orar.** San Pablo, Bogotá.
- Moingt, J. (1995): **El hombre que venía de Dios (dos tomos).** Desclée de Brower, Bilbao.

- Osset, R. (2008): **Orar las dimensiones de la vida y del amor**. Edit. Visión Net, Madrid.
- Pagola, J.A. (2003): **Padre nuestro: orar con el espíritu de Jesús**. PPC, Madrid.
- Pagola, J.A. (2007): **Jesús. Aproximación histórica**. PPC, Madrid.
- Pagola, J.A. (2008): **Creer, ¿para qué? Conversaciones con alejados**. PPC, Madrid.
- Pérez Esclarín, A. (1998): **Educar valores y el valor de educar. Parábolas**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (2000): **Nuevas parábolas para educar valores**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (2003): **Parábolas para vivir en plenitud**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (2004): **Educar para humanizar**. Narcea, Madrid y Estudios, Caracas .
- Pérez Esclarín, A. (2005): **Decide tu vida, elige ser feliz**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (2006): **Jesús Maestro y Pedagogo. Aportes a una cultura escolar desde los valores del evangelio**. San Pablo, Caracas.
- Pérez Esclarín, A. (2009), **Educar es enseñar a amar**. San Pablo, Caracas.
- Rojas, E. (1998): **El hombre light, una vida sin sentido**. Temas de hoy, Madrid.

Índice

Presentación.....	3
1.-Jesús, hombre de oración y de servicio.....	6
2.-¿Quién dicen ustedes que soy?.....	17
3.- Padre.....	24
4.- Nuestro.....	33
5.- Que estés en los cielos.....	39
6.- Santificado sea tu nombre.....	49
7.- Venga a nosotros tu reino.....	54
8.- Hágase tu voluntad.....	65
9.- Danos hoy nuestro pan de cada día.....	75
10.-Perdónanos nuestras ofensas como también perdonamos nosotros.....	86
11.- No nos dejes caer en la tentación.....	98
12.- Líbranos del mal.....	103
Apéndice	
1.-Padrenuestro del educador.....	111
2.-Padrenuestro del educador (versión resumida)	113
3.-Padrenuestro ecológico.....	114
4.-Padrenuestro de la paz.....	115
5.-Padre y Madre nuestro.....	116
6.-Padrenuestro de los padres.....	116
7.-Padrenuestro de la Paz y el Pan.....	119
8.-Padrenuestro que estés en medio.....	120
9.-Padrenuestro del cielo.....	121
10.-Padrenuestro de Frei Betto.....	123
11.-Padrenuestro de José Antonio Pagola.....	125
12.- Padrenuestro de José Enrique Ruiz de Galarreta.....	127